



Julio Verne

El Pueblo Aéreo

E LEJANDRIA



Julio Verne

El Pueblo Aéreo

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PUEBLO AÉREO

JULIO VERNE

PUBLICADO: 1901
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL PUEBLO AÉREO

CAPÍTULO I — DESPUÉS DE UNA LARGA ETAPA

—¿Y el Congo americano? —preguntó Max Huber—. ¿Es que todavía no se habla de ello?

—¿Para qué, querido Max? —respondió John Cort—. ¿Acaso nos faltan vastos espacios en los Estados Unidos? ¡Cuántas regiones vírgenes y desiertas por visitar entre Alaska y Texas! Antes de ir a colonizar fuera, más vale colonizar dentro, digo yo...

—¡Vamos, querido John, las naciones europeas acabarán repartiéndose África entera si las cosas siguen así, una superficie de unos tres mil millones de hectáreas! ¿Van a dejársela por completo los americanos a los ingleses, los alemanes, los holandeses, los portugueses, los franceses, los italianos, los españoles y los belgas?

—A los americanos eso no les incumbe, ni a los rusos tampoco —replicó John Cort—, y por la misma razón...

—¿Cuál?

—Que resulta inútil cansarse las piernas cuando basta con extender el brazo...

—¡Bah, querido John! El gobierno federal reclamará, un día u otro, su parte del pastel africano... Existe un Congo francés, un Congo belga, un Congo alemán, sin contar el Congo independiente, ¡y este último no espera sino la ocasión de sacrificar su independencia! Y todo este territorio que acabamos de recorrer durante tres meses...

—De curiosos, como simples curiosos, Max, no como conquistadores...

—La diferencia no es considerable, digno ciudadano de los Estados Unidos —declaró Max Huber—. Lo repito, en esta parte de África, la Unión podría tallarse una colonia soberbia... Se encuentran aquí territorios fértiles que no piden sino sacar provecho de su fertilidad, bajo la influencia de una irrigación generosa que la naturaleza ha costado por entero. Poseen una red fluvial que jamás se agota...

—Ni siquiera con este calor abominable —observó John Cort, enjugándose la frente calcinada por el sol tropical.

—¡Bah! ¡No hagamos caso! —prosiguió Max Huber—. ¿Es que no estamos ya aclimatados, diría yo negrificados, si no ve usted inconveniente, querido amigo? Estamos apenas en marzo, ¡y hábleme de las temperaturas de julio, de agosto, cuando los rayos del sol le perforan a uno la piel como barrenas de fuego!

—Con todo, Max, nos costará lo nuestro convertirnos en pahuinos o zanzibaritas, ¡con nuestra ligera epidermis de francés y de americano! Reconozco, sin embargo, que vamos a concluir una hermosa e interesante campaña que la buena fortuna ha favorecido... Pero me urge estar de vuelta en Libreville, reencontrar en nuestras factorías un poco de esa tranquilidad, de ese descanso que se les debe a los viajeros tras los tres meses de semejante travesía...

—De acuerdo, amigo John, esta aventurera expedición ha presentado cierto interés. No obstante, he de confesarlo, no me ha dado todo lo que esperaba de ella...

—¿Cómo, Max? Varios centenares de millas a través de un país desconocido, no pocos peligros afrontados entre tribus poco

acogedoras, disparos intercambiados en ocasiones contra lanzazos de azagayas y andanadas de flechas, cacerías que el león nómada y la pantera libia se dignaron honrar con su presencia, hecatombes de elefantes en beneficio de nuestro jefe Urdax, una cosecha de marfil de primera calidad que bastaría para proveer de teclas a todos los pianos del mundo entero... ¿Y no se declara usted satisfecho?

—Sí y no, John. Todo eso forma el menú ordinario de los exploradores de África central... Es lo que el lector encuentra en los relatos de los Barth, los Burton, los Speke, los Grant, los Du Chaillu, los Livingstone, los Stanley, los Serpa Pinto, los Anderson, los Cameron, los Mage, los Brazza, los Gallieni, los Dibowsky, los Lejean, los Massari, los Wissemann, los Buonfanti, los Maistre...

El choque del eje delantero del carro contra una piedra grande cortó de cuajo la nomenclatura de los conquistadores africanos que desgranaba Max Huber. John Cort lo aprovechó para decirle:

—Entonces, ¿contaba usted con encontrar otra cosa en el curso de nuestro viaje?

—Sí, querido John.

—¿Lo imprevisto?

—Mejor que lo imprevisto, que, lo reconozco gustosamente, no nos ha faltado...

—¿Lo extraordinario?

—Esa es la palabra, amigo mío, y ni una vez, ni una sola, he tenido ocasión de lanzar a los ecos de la vieja Libia esa enorme calificación de *portentosa Africa*, debida a los exagerados clásicos de la Antigüedad...

—Vamos, Max, veo que un alma francesa es más difícil de contentar...

—Que un alma americana... lo reconozco, John, si los recuerdos que se lleva de nuestra campaña le bastan...

—De sobra, Max.

—Y si vuelve contento...

—Contento... ¡sobre todo de volver!

—¿Y piensa usted que quienes leyeran el relato de este viaje exclamarían: «¡Diablo, esto sí que es curioso!»?

—¡Serían exigentes si no lo exclamasen!

—A mi juicio, no lo serían bastante...

—Y lo serían, sin duda —replicó John Cort—, si hubiéramos terminado nuestra expedición en el estómago de un león o en el vientre de un antropófago del Ubangui...

—No, John, no, y, sin llegar a ese tipo de desenlace que, por lo demás, no carece de cierto interés para los lectores e incluso para las lectoras, en su alma y conciencia, ante Dios y ante los hombres, ¿se atrevería usted a jurar que hayamos descubierto y observado más de lo que ya habían observado y descubierto nuestros predecesores en el África central?

—No, en efecto, Max.

—Pues bien, yo esperaba que la suerte nos fuese más propicia...

—¡Glotón, que pretende hacer virtud de su glotonería! —replicó John Cort—. Por mi parte, me declaro ahíto, y no esperaba de nuestra campaña más de lo que ha dado...

—Es decir, nada, John.

—Por lo demás, Max, el viaje aún no ha terminado, y, durante las cinco o seis semanas que exigirá el recorrido de aquí a Libreville...

—¡Vamos, hombre! —exclamó Max Huber—. Un simple desplazamiento de caravana..., el traqueteo habitual de las etapas..., un paseo en diligencia, como en los buenos tiempos...

—Quién sabe... —dijo John Cort.

Esta vez, el carro se detuvo para la parada vespertina al pie de un altozano coronado por cinco o seis hermosos árboles, los únicos que

se divisaban en aquella vasta llanura, iluminada entonces por los fuegos del sol poniente.

Eran las siete de la tarde. Gracias a la brevedad del crepúsculo bajo aquella latitud del noveno grado norte, la noche no tardaría en caer. La oscuridad sería incluso profunda, pues espesas nubes iban a velar el resplandor de las estrellas, y la media luna acababa de desaparecer en el horizonte del oeste.

El carro, destinado únicamente al transporte de los viajeros, no contenía ni mercancías ni provisiones. Imagínese una especie de vagón dispuesto sobre cuatro ruedas macizas y puesto en movimiento por un tiro de seis bueyes. En la parte delantera se abría una puerta. Iluminado por pequeñas ventanas laterales, el vagón se dividía en dos cámaras contiguas separadas por un tabique. La del fondo estaba reservada a dos jóvenes de veinticinco a veintiséis años, uno americano, John Cort, y otro francés, Max Huber. La de delante la ocupaban un traficante portugués llamado Urdax y el «foreloper» llamado Khamis. Este foreloper —es decir, el hombre que abre la marcha de una caravana— era un indígena del Camerún, muy versado en el difícil oficio de guía a través de los ardientes espacios del Ubangui.

Huelga decir que la construcción de aquel vagón-carro no dejaba nada que desear en cuanto a solidez. Después de las pruebas de aquella larga y penosa expedición, con su caja en buen estado, sus ruedas apenas gastadas en el cerco de la llanta, sus ejes ni hendidos ni torcidos, habríase dicho que regresaba de un simple paseo de quince a veinte leguas, cuando su recorrido se cifraba en más de dos mil kilómetros.

Tres meses antes, aquel vehículo había partido de Libreville, la capital del Congo francés. Desde allí, siguiendo la dirección del este, se había adentrado en las llanuras del Ubangui más allá del curso del Bahar-el-Abiad, uno de los tributarios que vierten sus aguas en el sur del lago Chad.

Es a uno de los principales afluentes de la orilla derecha del Congo o Zaire al que esta comarca debe su nombre. Se extiende al este del Camerún alemán, cuyo gobernador es el cónsul general de Alemania para el África occidental, y no podría ser delimitada actualmente con un trazo preciso en los mapas, ni siquiera en los más modernos. Si no es el desierto —un desierto de vegetación poderosa, que no guardaría ningún parecido con el Sahara—, es al menos una inmensa región en la que se diseminan aldeas a gran distancia unas de otras. Las tribus guerrearán sin cesar, se esclavizan o se exterminan mutuamente, y se alimentan aún de carne humana, como los mubutus, entre la cuenca del Nilo y la del Congo. Y, lo que es abominable, los niños sirven de ordinario para saciar estos instintos de canibalismo. Por ello, los misioneros se consagran a salvar a esas pequeñas criaturas, ya arrebatándolas por la fuerza, ya rescatándolas, y las educan cristianamente en las misiones establecidas a lo largo del río Siramba. No se olvide que estas misiones no tardarían en sucumbir por falta de recursos si la generosidad de los Estados europeos, la de Francia en particular, llegara a extinguirse.

Conviene incluso añadir que, en el Ubangui, los niños indígenas son considerados como moneda corriente para los intercambios comerciales. Se paga en niños y en niñas los artículos de consumo que los traficantes introducen hasta el centro del país. El indígena más rico es, por tanto, aquel cuya familia es más numerosa.

Pero si el portugués Urdax no se había aventurado a través de aquellas llanuras con un interés comercial, si no había tenido que traficar con las tribus ribereñas del Ubangui, si su único objetivo había sido procurarse cierta cantidad de marfil cazando al elefante, que abunda en aquella comarca, no dejaba de haber entrado en contacto con las feroces tribus congoleñas. En varios encuentros, incluso, tuvo que mantener a raya a bandas hostiles y convertir en armas defensivas contra los indígenas aquellas que destinaba a perseguir las manadas de paquidermos.

En total, una campaña afortunada y fructífera que no contaba una sola víctima entre el personal de la caravana.

Ahora bien, precisamente en las cercanías de una aldea, junto a las fuentes del Bahar-el-Abiad, John Cort y Max Huber habían podido arrancar a un niño del espantoso destino que le aguardaba y rescatarlo al precio de unas cuantas baratijas de vidrio. Era un chiquillo de unos diez años, de constitución robusta, fisonomía interesante y dulce, de rasgos negroides poco acentuados. Como sucede en algunas tribus, tenía la tez casi clara, el cabello rubio y no la lana crespada de los negros, la nariz aguileña y no aplastada, los labios finos y no gruesos. Sus ojos brillaban de inteligencia, y pronto sintió por sus salvadores una especie de amor filial. Aquel pobre ser, arrebatado a su tribu, si no a su familia, pues ya no tenía padre ni madre, se llamaba Llanga. Tras haber sido instruido durante algún tiempo por los misioneros, que le habían enseñado un poco de francés y de inglés, la mala suerte lo había hecho caer de nuevo en manos de los denkas, y qué destino le aguardaba es fácil de adivinar. Seducidos por su afecto cariñoso, por la gratitud que les testimoniaba, los dos amigos concibieron una viva simpatía por aquel niño; lo alimentaron, lo vistieron, lo educaron con gran provecho, tanta era la precocidad de su ingenio. Y, desde entonces, ¡qué diferencia para Llanga! En lugar de encontrarse, como los desdichados niños indígenas, en condición de mercancía viviente, viviría en las factorías de Libreville, convertido en hijo adoptivo de Max Huber y de John Cort... ¡Se habían hecho cargo de él y no lo abandonarían! Pese a su corta edad, comprendía todo aquello, se sentía querido, y una lágrima de felicidad asomaba a sus ojos cada vez que las manos de Max Huber o de John Cort se posaban sobre su cabeza.

Cuando el carro hizo alto, los bueyes, fatigados por una larga jornada a una temperatura abrasadora, se tumbaron en la pradera. Al instante, Llanga, que había caminado a pie durante una parte de la etapa, unas veces por delante, otras por detrás del tiro, acudió corriendo en el momento en que sus dos protectores descendían de la plataforma.

—¿No estás muy cansado, Llanga? —preguntó John Cort, tomando de la mano al chiquillo.

—¡No... no! Buenas piernas... y me gusta mucho correr — respondió Llanga, que sonreía con los labios y los ojos a John Cort como a Max Huber.

—Ahora es hora de comer —dijo este último.

—Comer... sí... imi amigo Max!

Después, tras besar las manos que le tendían, fue a mezclarse con los porteadores bajo la fronda de los grandes árboles del altozano.

Si aquel carro no servía más que para el transporte del portugués Urdax, de Khamis y de sus dos compañeros, era porque los bultos y las cargas de marfil estaban confiados al personal de la caravana: una cincuentena de hombres, la mayoría negros del Camerún. Habían depositado en el suelo los colmillos de elefante y las cajas que aseguraban la alimentación diaria, además de lo que proporcionaba la caza en aquellas tierras del Ubangui, tan ricas en piezas.

Estos negros no son sino mercenarios, curtidos en el oficio y pagados a un precio bastante elevado, que permite concederles el beneficio de aquellas fructuosas expediciones. Puede decirse incluso que nunca han «empollado sus huevos», según la expresión con que se designa a los indígenas sedentarios. Habitados a cargar desde la infancia, cargarán mientras las piernas no les fallen. Y, sin embargo, el oficio es rudo cuando hay que ejercerlo bajo semejante clima. Los hombros cargados con el pesado marfil o los voluminosos bultos de provisiones, la carne a menudo en vivo, los pies ensangrentados, el torso desollado por el filo de las hierbas, pues van poco menos que desnudos, caminan así entre el alba y las once de la mañana, y reemprenden la marcha hasta la noche cuando el gran calor ha pasado. Pero el interés de los traficantes manda pagarles bien, y les pagan bien; alimentarles bien, y los alimentan bien; no agotarles más allá de toda medida, y no los agotan. Muy reales son los peligros de aquellas cacerías de elefantes, sin contar el posible

encuentro con leones y panteras, y el jefe debe poder contar con su personal. Además, una vez concluida la recolección de la preciosa materia, importa que la caravana regrese felizmente y con prontitud a las factorías de la costa. Hay, pues, ventaja en que no se vea detenida ni por retrasos debidos a fatigas excesivas ni por enfermedades, entre otras la viruela, cuyos estragos son los más temibles. Así pues, imbuido de estos principios, servido por una vieja experiencia, el portugués Urdax, cuidando con esmero extremo de sus hombres, había logrado hasta entonces el éxito en aquellas lucrativas expediciones al centro del África ecuatorial.

Y tal era esta última, ya que le reportaba un considerable cargamento de marfil de bella calidad, traído de las regiones más allá del Bahar-el-Abiad, casi en el límite del Darfur.

Fue a la sombra de unos magníficos tamarindos donde se organizó el campamento, y, cuando John Cort, después de que los porteadores hubieron comenzado a desembalar las provisiones, interrogó al portugués, esta fue la respuesta que obtuvo, en esa lengua inglesa que Urdax hablaba con soltura:

—Creo, señor Cort, que el lugar del alto es conveniente, y la mesa está puesta para nuestros tiros.

—En efecto, tendrán ahí una hierba espesa y jugosa... —dijo John Cort.

—Y uno la pastaría de buena gana —añadió Max Huber— si poseyera la constitución de un rumiante y tres estómagos para digerirla.

—Gracias —replicó John Cort—, pero prefiero un cuarto de antílope asado sobre las brasas, la galleta de la que estamos ampliamente provistos y nuestros cuarterolas de madeira del Cabo...

—Al que se podrían añadir unas gotas de ese río límpido que corre a través de la llanura —observó el portugués.

Y señalaba un curso de agua —afluente del Ubangui, sin duda— que corría a un kilómetro del altozano.

El campamento se concluyó sin demora. El marfil fue apilado en montones junto al carro. Los tiros vagaron alrededor de los tamarindos. Fogatas se encendieron aquí y allá con la madera muerta caída de los árboles. El foreloper se aseguró de que los distintos grupos no carecían de nada. La carne de alce y de antílope, fresca o seca, abundaba. Los cazadores podían renovarla con facilidad. El aire se llenó del olor de las carnes a la brasa, y cada cual hizo gala de un apetito formidable, justificado por aquella media jornada de marcha.

Huelga decir que las armas y las municiones habían quedado en el carro: unas cuantas cajas de cartuchos, escopetas de caza, carabinas, revólveres, excelentes pertrechos del armamento moderno, a disposición del portugués, de Khamis, de John Cort y de Max Huber, en caso de alarma.

La cena habría de concluir una hora después. Con el estómago calmado y la fatiga como aliada, la caravana no tardaría en sumirse en un profundo sueño.

No obstante, el foreloper la confió a la vigilancia de algunos de sus hombres, que debían relevarse de dos en dos horas. En aquellas apartadas comarcas, siempre hay motivos para guardarse de seres malintencionados, tanto bípedos como cuadrúpedos. Así pues, Urdax no dejaba de tomar todas las medidas de prudencia. Con cincuenta años a sus espaldas, todavía vigoroso, muy versado en la conducción de expediciones de este tipo, era de una resistencia extraordinaria. Lo mismo Khamis, de treinta y cinco años, ágil, flexible, sólido también, de gran sangre fría y gran valor, ofrecía toda garantía para la dirección de caravanas a través de África.

Fue al pie de uno de los tamarindos donde los dos amigos y el portugués se sentaron para la cena, que les trajo el chiquillo y que acababa de preparar uno de los indígenas al que se le habían encomendado las funciones de cocinero.

Durante aquella comida, las lenguas no descansaron más que las mandíbulas. Comer no impide hablar, cuando no se pone demasiada

prisa. ¿De qué se trató? ¿De los incidentes de la expedición durante el trayecto hacia el noreste? En absoluto. Los que pudieran presentarse en el regreso revestían un interés más actual. El camino sería largo aún hasta las factorías de Libreville —más de dos mil kilómetros—, lo que exigiría de nueve a diez semanas de marcha. Ahora bien, en esta segunda parte del viaje, ¡quién sabe!, le había dicho John Cort a su compañero, al que le hacía falta algo más que lo imprevisto: lo extraordinario.

Hasta aquella última etapa, desde los confines del Darfur, la caravana había vuelto a descender hacia el Ubangui, tras haber cruzado los vados del Aukadebé y de sus múltiples afluentes. Aquel día acababa de detenerse aproximadamente en el punto donde se cruzan el vigésimo segundo meridiano y el noveno paralelo.

—Pero ahora —dijo Urdax— vamos a seguir la dirección del suroeste...

—Y eso es tanto más indicado —respondió John Cort— cuanto que, si mis ojos no me engañan, el horizonte al sur está cerrado por un bosque cuyo extremo límite no se divisa ni al este ni al oeste.

—Sí... ¡inmenso! —replicó el portugués—. Si nos viéramos obligados a rodearlo por el este, pasarían meses antes de que lo hubiésemos dejado atrás.

—Mientras que por el oeste...

—Por el oeste —respondió Urdax—, y sin alargar demasiado la ruta, siguiendo su linde, encontraremos el Ubangui en las cercanías de los rápidos de Zongo.

—¿Acaso atravesarlo no acortaría el viaje? —preguntó Max Huber.

—Sí... en una quincena de jornadas de marcha.

—Entonces... ¿por qué no lanzarnos a través de ese bosque?

—Porque es impenetrable.

—¡Oh! ¿Impenetrable? —replicó Max Huber con aire de duda.

—Para los peatones quizá no —observó el portugués—, y aun así no estoy seguro, puesto que nadie lo ha intentado. En cuanto a aventurar los tiros de bueyes, sería un empeño abocado al fracaso.

—¿Dice usted, Urdax, que nadie ha intentado jamás adentrarse en ese bosque?

—Intentado... no lo sé, señor Max, pero que lo hayan conseguido... no..., y, tanto en el Camerún como en el Congo, a nadie se le ocurriría intentarlo. ¿Quién pretendería pasar por donde no hay sendero alguno, en medio de zarzales espinosos y maleza? Ni siquiera sé si el fuego y el hacha lograrían despejar el camino, sin contar con los árboles muertos, que deben formar obstáculos insuperables...

—¿Insuperables, Urdax?

—Vamos a ver, querido amigo —intervino entonces John Cort—, no vaya usted a entusiasmarse con ese bosque, y estimémonos afortunados de no tener más que bordearlo. Confieso que no me haría ninguna gracia aventurarme a través de semejante laberinto de árboles...

—¿Ni siquiera para saber lo que encierra?

—¿Y qué quiere usted que se encuentre allí, Max? ¿Reinos desconocidos, ciudades encantadas, eldorados mitológicos, animales de especie nueva, carnívoros de cinco patas y seres humanos de tres piernas?

—¿Por qué no, John? ¡Y nada como ir a verlo por uno mismo!

Llanga, con sus grandes ojos atentos, su fisonomía despierta, parecía decir que, si Max Huber se arriesgaba bajo aquella arboleda, él no tendría miedo de seguirle.

—En cualquier caso —prosiguió John Cort—, puesto que Urdax no tiene intención de atravesarlo para alcanzar las orillas del Ubanguí...

—No, desde luego —replicó el portugués—. ¡Sería exponerse a no poder salir de él!

—Pues bien, querido Max, vamos a dormir un rato, y le está permitido buscar los misterios de ese bosque, arriesgarse por esos macizos impenetrables... solo en sueños, ¡y aun eso no es del todo prudente!

—¡Ríase, John, ríase de mí cuanto quiera! Pero me acuerdo de lo que dijo uno de nuestros poetas... ya no sé cuál:

Escarbar en lo ignoto para hallar lo nuevo.

—¿De veras, Max? ¿Y cuál es el verso que rima con ese?

—A fe mía... ¡lo he olvidado, John!

—Pues olvide el primero como ha olvidado el segundo, y vayamos a dormir.

Era, sin lugar a dudas, el partido más sensato, y sin necesidad de guarecerse en el carro. Una noche al pie del altozano, bajo aquellos amplios tamarindos cuya frescura templaba un tanto el calor ambiente, todavía intenso tras la puesta del sol, no era para inquietar a quienes estaban acostumbrados al «hotel de la Bella Estrella», cuando el tiempo lo permitía. Aquella noche, aunque las constelaciones estuviesen ocultas tras espesas nubes, como la lluvia no amenazaba, resultaba infinitamente preferible dormir al raso.

El joven indígena trajo unas mantas. Los dos amigos, bien envueltos, se tendieron entre las raíces de un tamarindo —un verdadero armazón de litera—, y Llanga se acurrucó a su lado, como un perro de guardia.

Antes de imitarlos, Urdax y Khamis quisieron hacer una última ronda por el campamento, asegurarse de que los bueyes trabados no podrían vagar por la llanura, de que los porteadores se hallaban en su puesto de vigía, de que las hogueras habían sido apagadas, pues una chispa habría bastado para incendiar las hierbas secas y la madera muerta. Luego ambos regresaron junto al altozano.

El sueño no tardó en apoderarse de ellos, un sueño tan profundo que no habrían oído tronar. Y quizá los vigías sucumbieron también a

él... En efecto, pasadas las diez, no hubo nadie para señalar ciertos fuegos sospechosos que se desplazaban en la linde del gran bosque.

CAPÍTULO II — LOS FUEGOS ERRANTES

Una distancia de dos kilómetros a lo sumo separaba el altozano de los sombríos macizos a cuyo pie iban y venían unas llamas fuliginosas y vacilantes. Se habrían podido contar una decena de ellas, unas veces reunidas, otras aisladas, agitadas a veces con una violencia que la calma de la atmósfera no justificaba. Que una partida de indígenas hubiese acampado en aquel lugar, que se hubiera instalado allí a la espera del día, cabía presumirlo. Sin embargo, aquellos fuegos no eran los de un campamento. Se paseaban con demasiado capricho a lo largo de un centenar de toesas, en lugar de concentrarse en un foco único propio de un alto nocturno.

No hay que olvidar que aquellas regiones del Ubangui son frecuentadas por tribus nómadas, llegadas del Adamawa o del Barguimi al oeste, o incluso del Uganda al este. Una caravana de traficantes no habría sido tan imprudente como para señalar su presencia con aquellos múltiples fuegos moviéndose en las tinieblas. Solo unos indígenas podían haberse detenido en aquel lugar. ¿Y quién sabe si no albergaban intenciones hostiles hacia la caravana dormida bajo la fronda de los tamarindos?

Fuera como fuere, si por ese motivo algún peligro la amenazaba, si varios centenares de pahuinos, de fundj, de chilucs, de baris, de denkas u otros no esperaban sino el momento de asaltarla con las ventajas de una superioridad numérica, nadie —al menos hasta las diez y media— había tomado ninguna medida defensiva. Todo el mundo dormía en el campamento, amos y sirvientes, y, lo que era

más grave, los porteadores encargados de relevarse en su puesto de vigilancia estaban sumidos en un pesado sueño.

Muy afortunadamente, el joven indígena se despertó. Pero no cabe duda de que sus ojos se habrían cerrado de nuevo al instante si no se hubieran dirigido hacia el horizonte del sur. Bajo sus párpados entrecerrados sintió la impresión de una luz que perforaba aquella noche muy oscura. Se desperezó, se frotó los ojos, miró con más detenimiento... ¡No! No se equivocaba: unos fuegos dispersos se movían por la linde del bosque.

A Llanga se le ocurrió que la caravana iba a ser atacada. Fue de su parte algo más instintivo que reflexionado. En efecto, los malhechores que se preparan para la matanza y el saqueo no ignoran que aumentan sus probabilidades cuando actúan por sorpresa. No se dejan ver de antemano, ¿y estos se habrían delatado?

El niño, sin querer despertar a Max Huber y a John Cort, reptó sin ruido hacia el carro. En cuanto llegó junto al foreloper, le puso la mano en el hombro, lo despertó y, con el dedo, le señaló los fuegos del horizonte.

Khamis se incorporó, observó durante un minuto aquellas llamas en movimiento y, con voz cuya rotundidad no se preocupó de suavizar:

—¡Urdax! —dijo.

El portugués, como hombre acostumbrado a desembarazarse rápidamente de los vapores del sueño, estuvo en pie en un instante.

—¿Qué ocurre, Khamis?

—¡Mire!

Y, con el brazo extendido, señalaba la linde iluminada a ras de la llanura.

—¡Alerta! —gritó el portugués a pleno pulmón.

En pocos segundos, el personal de la caravana estuvo en pie, y los ánimos quedaron tan impresionados por la gravedad de aquella situación que nadie pensó en recriminar a los vigías pillados en falta. Era seguro que, sin Llanga, el campamento habría sido invadido mientras dormían Urdax y sus compañeros.

Inútil mencionar que Max Huber y John Cort, apresurándose a abandonar el hueco entre las raíces, se habían reunido con el portugués y el foreloper.

Eran poco más de las diez y media. Una profunda oscuridad envolvía la llanura en las tres cuartas partes de su perímetro, al norte, al este y al oeste. Solo el sur se iluminaba con aquellas llamas mortecinas, que despedían vivos resplandores cuando se arremolinaban, y de las que se contaban ya no menos de una cincuentena.

—Debe de haber allí una concentración de indígenas —dijo Urdax—, probablemente de esos budjos que frecuentan las orillas del Congo y del Ubangui.

—Seguro —añadió Khamis—, esas llamas no se han encendido solas...

—Y —hizo observar John Cort— hay brazos que las sostienen y las desplazan.

—Pero —dijo Max Huber— esos brazos deben de estar unidos a unos hombros, esos hombros a unos cuerpos, ¡y de esos cuerpos no avistamos ni uno solo en medio de esa iluminación!

—Eso se debe a que están un poco más adentro de la linde, detrás de los árboles... —observó Khamis.

—Y observemos —prosiguió Max Huber— que no se trata de una partida en marcha por el contorno del bosque... ¡No! Si esos fuegos se apartan a derecha e izquierda, siempre vuelven al mismo punto...

—Donde debe de estar el campamento de esos indígenas —afirmó el foreloper.

—¿Su opinión? —preguntó John Cort a Urdax.

—Es que vamos a ser atacados —afirmó este— y que debemos, de inmediato, hacer nuestros preparativos de defensa...

—Pero ¿por qué esos indígenas no nos han asaltado antes de dejarse ver?

—Los negros no son blancos —declaró el portugués—. Sin embargo, por poco avisados que sean, no dejan de ser temibles por su número y sus instintos feroces...

—¡Panteras que nuestros misioneros tendrán mucho trabajo en transformar en corderos! —añadió Max Huber.

—¡Estemos preparados! —concluyó el portugués.

Sí, mantenerse preparados para la defensa, y defenderse hasta la muerte. No hay piedad alguna que esperar de aquellas tribus del Ubangui. Hasta qué punto son crueles resulta difícil de imaginar, y las tribus más salvajes de Australia, las Salomón, las Hébridas o Nueva Guinea sostendrían difícilmente la comparación con tales indígenas. Hacia el centro de la región no hay sino aldeas de caníbales, y los Padres de la Misión, que desafían la más espantosa de las muertes, no lo ignoran. Uno se sentiría tentado de clasificar a estos seres, fieras con rostro humano, en el rango de los animales, en esta África ecuatorial donde la debilidad es un crimen, donde la fuerza lo es todo. Y de hecho, incluso en la edad adulta, ¡cuántos de estos negros no poseen siquiera las nociones elementales de un niño de cinco o seis años!

Y lo que cabe afirmar —las pruebas abundan, los misioneros han sido a menudo testigos de tales escenas atroces— es que los sacrificios humanos son práctica habitual en el país. Se mata a los esclavos sobre la tumba de sus amos, y las cabezas, fijadas a una rama flexible, son lanzadas a lo lejos en cuanto el cuchillo del hechicero las ha cercenado. Entre los diez y los dieciséis años, los niños sirven de alimento en las ceremonias de aparato, y ciertos jefes no se alimentan más que de esa carne joven.

A estos instintos caníbales se une el instinto del pillaje. Los arrastra a veces a grandes distancias por el camino de las caravanas, a las que asaltan, despojan y destruyen. Si están peor armados que los traficantes y su personal, tienen el número de su parte, y millares de indígenas siempre acabarán venciendo a unos centenares de porteadores. Los forelopers no lo ignoran. Así pues, su principal preocupación es no internarse entre esas aldeas, como Ngombé Dara, Kalaka Taimo y otras comprendidas en la región del Aukadepé y del Bahar-el-Abiad, donde los misioneros no han hecho aún su aparición, pero donde penetrarán algún día. Ningún temor detiene la entrega de estos últimos cuando se trata de arrancar a pequeños seres de la muerte y de regenerar a esas razas salvajes por la influencia de la civilización cristiana.

Desde el comienzo de la expedición, el portugués Urdax no siempre había podido evitar el ataque de los indígenas, pero había salido sin gran perjuicio y traía de vuelta a su personal al completo. El regreso prometía realizarse en condiciones perfectas de seguridad. Una vez bordeado aquel bosque por el oeste, se alcanzaría la orilla derecha del Ubangui y se descendería por este río hasta su desembocadura en la margen derecha del Congo. A partir del Ubangui, el país es frecuentado por mercaderes, por misioneros. A partir de entonces habría menos que temer del contacto con las tribus nómadas que la iniciativa francesa, inglesa, portuguesa y alemana empuja poco a poco hacia las lejanas comarcas del Darfur.

Pero cuando unas pocas jornadas de marcha debían bastar para alcanzar el río, ¿no iba a verse detenida la caravana en aquella ruta, en lucha con un número tal de saqueadores que acabaría por sucumbir? Había motivos para temerlo. En todo caso, no perecería sin haberse defendido, y, a la voz del portugués, se tomaron todas las medidas para organizar la resistencia.

En un instante, Urdax, el foreloper, John Cort y Max Huber estuvieron armados, carabina en mano, revólveres al cinto, las cartucheras bien surtidas. El carro contenía una docena de fusiles y

pistolas que fueron confiados a algunos de los porteadores cuya fidelidad era conocida.

Al mismo tiempo, Urdax dio la orden a su personal de apostarse alrededor de los grandes tamarindos, a fin de resguardarse mejor de las flechas, cuya punta envenenada causa heridas mortales.

Se esperó. Ningún ruido atravesaba el espacio. No parecía que los indígenas se hubieran adelantado más allá del bosque. Los fuegos se veían incesantemente, y, aquí y allá, se agitaban largos penachos de humo amarillento.

—Son antorchas resinosas que pasean por la linde de los árboles...

—Sin duda —respondió Max Huber—, pero persisto en no comprender por qué esa gente lo hace, si tienen intención de atacarnos...

—Y yo tampoco lo comprendo —añadió John Cort—, si no tienen esa intención.

Era inexplicable, en efecto. Aunque, ¿de qué asombrarse, tratándose de aquellos brutos del alto Ubangui?

Transcurrió una media hora sin que se produjera cambio alguno en la situación. El campamento se mantenía en guardia. Las miradas escrutaban las sombras lejanas del este y del oeste. Mientras los fuegos brillaban al sur, un destacamento podía deslizarse lateralmente para atacar la caravana al amparo de la oscuridad.

En aquella dirección, la llanura estaba con toda certeza desierta. Por profunda que fuese la noche, una partida de agresores no habría podido sorprender al portugués y a sus compañeros antes de que estos hubieran hecho uso de sus armas.

Un poco después, hacia las once, Max Huber, adelantándose unos pasos del grupo que formaban Urdax, Khamis y John Cort, dijo con voz resuelta:

—Hay que ir a reconocer al enemigo...

—¿Es realmente necesario? —preguntó John Cort—. ¿La simple prudencia no nos ordena permanecer en observación hasta el amanecer?

—Esperar... esperar... —replicó Max Huber—, después de que nuestro sueño ha sido tan enojosamente interrumpido... ¡Esperar durante seis o siete horas más, con la mano en la culata del fusil! No, hay que saber cuanto antes a qué atenernos. Y, al fin y al cabo, si esos indígenas no albergan ninguna mala intención, ¡no me disgustaría volver a acurrucarme hasta la mañana en aquel lecho de raíces donde tenía unos sueños tan hermosos!

—¿Qué opina usted? —preguntó John Cort al portugués, que permanecía en silencio.

—Quizá la propuesta merezca ser aceptada —replicó este—, pero no actuemos sin precauciones...

—Me ofrezco para ir en descubierta —dijo Max Huber—, y fíese de mí...

—Le acompañaré —añadió el foreloper—, si el señor Urdax lo considera oportuno...

—Será desde luego mejor —aprobó el portugués.

—Yo también puedo unirme a ustedes... —propuso John Cort.

—No... quédese, querido amigo —insistió Max Huber—. Con dos bastaremos... Además, no iremos más lejos de lo necesario... Y, si descubrimos una partida dirigiéndose hacia aquí, regresaremos a toda prisa...

—Asegúrense de que sus armas están en condiciones... —recomendó John Cort.

—Hecho —respondió Khamis—, pero espero que no tengamos que usarlas durante esta exploración. Lo esencial es no dejarse ver...

—Es también mi opinión —declaró el portugués.

Max Huber y el foreloper, caminando uno junto al otro, no tardaron en rebasar el altozano de los tamarindos. Más allá, la

llanura era un poco menos oscura. Un hombre, sin embargo, no habría podido ser divisado a la distancia de un centenar de pasos. Apenas habían dado cincuenta cuando advirtieron a Llanga tras ellos. Sin decir nada, el niño los había seguido fuera del campamento.

—¡Eh! ¿Por qué has venido, pequeño? —dijo Khamis.

—Sí, Llanga —prosiguió Max Huber—, ¿por qué no te has quedado con los demás?

—Vamos... vuelve... —ordenó el foreloper.

—¡Oh! Señor Max —murmuró Llanga—, con usted... yo... con usted...

—Pero bien sabes que tu amigo John está allí...

—Sí... pero mi amigo Max... está aquí...

—¡No te necesitamos! —dijo Khamis con tono bastante duro.

—¡Dejémosle, ya que está aquí! —repuso Max Huber—. No nos estorbará, Khamis, y, con esos ojos de gato montés, quizá descubra en la sombra lo que nosotros no podríamos ver...

—Sí... yo miraré... iveré lejos! —aseguró el niño.

—¡Está bien! Quédate cerca de mí —dijo Max Huber— y abre los ojos.

Los tres se adelantaron. Un cuarto de hora después, se hallaban a mitad de camino entre el campamento y el gran bosque.

Los fuegos desplegaban siempre sus resplandores al pie de los macizos y, a menor distancia, se manifestaban con destellos más vivos. Pero por penetrante que fuese la vista del foreloper, por bueno que fuese el catalejo que Max Huber acababa de extraer de su funda, por agudas que fuesen las miradas del joven «gato montés», resultaba imposible divisar a quienes agitaban aquellas antorchas.

Esto confirmaba la opinión del portugués de que era al abrigo de los árboles, detrás de la espesa maleza y los anchos troncos, donde se movían aquellos resplandores. Con toda seguridad, los indígenas no habían sobrepasado el límite del bosque, y quizá ni siquiera pensaban hacerlo.

En realidad, la cosa era cada vez más inexplicable. Si no había allí más que una partida con intención de reemprender la marcha al despuntar el día, ¿a qué aquella iluminación de la linde? ¿Qué ceremonia nocturna los mantenía despiertos a aquellas horas?

—Y me pregunto incluso —hizo observar Max Huber— si habrán reconocido nuestra caravana, y si saben que está acampada alrededor de los tamarindos...

—En efecto —respondió Khamis—, es posible que no hayan llegado hasta la caída de la noche, cuando esta envolvía ya la llanura, y, como nuestras hogueras estaban apagadas, quizá ignoren que estamos acampados a corta distancia... Pero mañana, al alba, nos verán...

—A menos que hayamos partido ya, Khamis.

Max Huber y el foreloper reanudaron la marcha en silencio.

Se recorrió medio kilómetro, de modo que, en aquel momento, la distancia hasta el bosque se reducía a unos pocos centenares de metros.

Nada sospechoso en la superficie de aquel suelo, atravesado a veces por el largo haz de las antorchas. Ninguna silueta se recortaba en él, ni al sur, ni al levante, ni al poniente. Una agresión no parecía inminente. Además, por cerca que se encontrasen de la linde, ni Max Huber, ni Khamis, ni Llanga lograron descubrir a los seres que señalaban su presencia con aquellos múltiples fuegos.

—¿Debemos acercarnos más? —preguntó Max Huber, tras una pausa de unos instantes.

—¿Para qué? —respondió Khamis—. ¿No sería imprudente? Es posible, al fin y al cabo, que nuestra caravana no haya sido avistada,

y si levantamos el campo esta noche...

—¡Con todo, me habría gustado salir de dudas! —repitió Max Huber—. Esto se presenta en unas condiciones tan singulares...

Y no hacía falta más para excitar la viva imaginación de un francés.

—Volvamos al altozano —replicó el foreloper.

Sin embargo, se vio obligado a avanzar más aún, tras Max Huber, al que Llanga no había querido abandonar... Y quizá los tres se habrían llegado hasta la misma linde cuando Khamis se detuvo de forma definitiva.

—¡Ni un paso más! —dijo en voz baja.

¿Era, pues, ante un peligro inminente por lo que el foreloper y su compañero suspendieron su marcha? ¿Habían entrevisto un grupo de indígenas? ¿Iban a ser atacados? Lo que era cierto es que un brusco cambio acababa de producirse en la disposición de los fuegos al borde del bosque.

Por un momento, aquellos fuegos desaparecieron tras la cortina de los primeros árboles, confundidos en una oscuridad profunda.

—¡Atención! —dijo Max Huber.

—¡Atrás! —respondió Khamis.

¿Convenía retroceder por temor a una agresión inmediata? Quizá. En todo caso, más valía no batirse en retirada sin estar dispuestos a responder golpe por golpe. Las carabinas amartilladas volvieron al hombro, mientras las miradas no dejaban de escrutar los sombríos macizos de la linde.

De pronto, de aquella sombra no tardaron en brotar de nuevo los resplandores, en número de una veintena.

—¡Pardiez! —exclamó Max Huber—. ¡Esta vez, si no es extraordinario, al menos es bien extraño!

La palabra parecerá justificada por la razón de que las antorchas, tras haber brillado antes al nivel de la llanura, lanzaban ahora sus más vivos resplandores entre quince y treinta metros por encima del suelo.

En cuanto a los seres, cualesquiera que fuesen, que agitaban aquellas antorchas, unas veces en las ramas bajas, otras en las más altas, como si un viento de llamas hubiese atravesado aquel espeso follaje, ni Max Huber, ni el foreloper, ni Llanga lograron distinguir uno solo.

—¡Eh! —exclamó Max Huber—. ¿No serán simples fuegos fatuos jugando entre los árboles?

Khamis sacudió la cabeza. La explicación del fenómeno no lo satisfacía.

Que hubiera allí alguna expansión de hidrógeno en forma de exhalaciones inflamadas, una veintena de esos penachos que las tormentas cuelgan tanto de las ramas de los árboles como de la arboladura de un navío, no, desde luego, y aquellos fuegos no podían confundirse con los caprichosos fuegos de San Telmo. La atmósfera no estaba saturada de electricidad, y las nubes amenazaban más bien con resolverse en una de esas lluvias torrenciales que inundan con frecuencia la parte central del continente negro.

Pero entonces, ¿por qué los indígenas acampados al pie de los árboles se habían encaramado, unos hasta la horcadura, otros hasta las ramas más altas? ¿Y a santo de qué paseaban allí arriba aquellos tizones encendidos, aquellas teas de resina cuya deflagración se oía crepitar a aquella distancia?

—Avancemos... —dijo Max Huber.

—Inútil —respondió el foreloper—. No creo que nuestro campamento esté amenazado esta noche, y es preferible regresar para tranquilizar a nuestros compañeros...

—Estaremos más en condiciones de tranquilizarlos, Khamis, cuando sepamos a qué atenernos sobre la naturaleza de este fenómeno...

—No, señor Max, no nos aventuremos más lejos... Es seguro que una tribu está reunida en ese lugar... ¿Por qué razón esos nómadas agitan esas llamas? ¿Por qué se han refugiado en los árboles? ¿Será para ahuyentar a las fieras por lo que han mantenido esos fuegos?

—¿Fieras? —replicó Max Huber—. Pero panteras, hienas, bueyes salvajes, se les oiría rugir o mugir, y el único ruido que nos llega es el crepitar de esas resinas, ique amenazan con incendiar el bosque! Quiero saber...

Y Max Huber se adelantó unos pasos, seguido de Llanga, a quien Khamis llamaba en vano.

El foreloper vacilaba sobre lo que debía hacer, impotente para retener al impaciente francés. En fin, no queriendo dejarlo aventurarse solo, se disponía a acompañarlo hasta los macizos, aunque, a su juicio, aquello fuera una temeridad imperdonable.

De repente, se detuvo, en el mismo instante en que se detenían Max Huber y Llanga. Los tres se volvieron, de espaldas al bosque. Ya no eran los resplandores lo que atraía su atención. Además, como bajo el soplo de un súbito huracán, las antorchas acababan de apagarse, y unas tinieblas profundas envolvían el horizonte.

Del lado opuesto, un rumor lejano se propagaba a través del espacio, o más bien un concierto de bramidos prolongados, de resoplidos gangosos, como si un órgano gigantesco lanzara sus poderosas ondas sobre la superficie de la llanura.

¿Era acaso una tormenta que se alzaba en aquella parte del cielo, y cuyos primeros truenos perturbaban la atmósfera?

¡No! No se producía ninguno de esos meteoros que asolan tan a menudo el África ecuatorial de un litoral a otro. Aquellos bramidos característicos delataban su origen animal y no provenían de una repercusión de las descargas del rayo intercambiadas en las

profundidades del cielo. Debían de brotar más bien de fauces formidables, no de nubes eléctricas. Por lo demás, las zonas bajas no se acuchillaban con los fulminantes zigzags que se suceden a cortos intervalos. Ni un relámpago sobre el horizonte del norte, tan sombrío como el del sur. A través de los nubarrones acumulados, ni un trazo de fuego entre los cirros, apilados como fardos de vapor.

—¿Qué es eso, Khamis? —preguntó Max Huber.

—Al campamento... —respondió el foreloper.

—¿Será posible que...? —exclamó Max Huber.

Y, con el oído tendido en aquella dirección, percibía un clamoreo más nítido, estridente a veces como un silbato de locomotora, en medio de los anchos rumores que crecían al acercarse.

—Corramos —dijo el foreloper— ¡y al trote!

CAPÍTULO III — DISPERSIÓN

Max Huber, Llanga y Khamis no necesitaron ni diez minutos para recorrer los mil quinientos metros que los separaban del altozano. No se habían vuelto ni una sola vez, sin preocuparse por observar si los indígenas, tras haber apagado sus fuegos, trataban de perseguirlos. No, por cierto, y de aquel lado reinaba la calma, mientras que en el opuesto la llanura se llenaba de una agitación confusa y de sonoridades estridentes.

El campamento, cuando los dos hombres y el niño llegaron, era presa del espanto, un espanto justificado por la amenaza de un peligro contra el que el valor y la inteligencia nada podían. ¡Hacerle frente, imposible! ¿Huir? ¿Estaban aún a tiempo?

Max Huber y Khamis se habían reunido al instante con John Cort y Urdax, apostados a cincuenta pasos por delante del altozano.

—¡Una manada de elefantes! —dijo el foreloper.

—Sí —respondió el portugués—, y, en menos de un cuarto de hora, estarán sobre nosotros...

—Ganemos el bosque —dijo John Cort.

—No es el bosque lo que los detendrá... —replicó Khamis.

—¿Qué ha sido de los indígenas? —se informó John Cort.

—No hemos podido verlos... —respondió Max Huber.

—Sin embargo, ¡no deben de haber abandonado la linde!

—¡Seguro que no!

A lo lejos, a una media legua aproximadamente, se distinguía una amplia ondulación de sombras que se desplazaba sobre la extensión de un centenar de toesas. Era como una ola enorme cuyas volutas desmelenadas se desenrollasen con estrépito. Un pesado pataleo se propagaba a través de la capa elástica del suelo, y aquel temblor se sentía hasta en las raíces de los tamarindos. Al mismo tiempo, los bramidos adquirirían una intensidad formidable. Resoplidos estridentes, estallidos metálicos, escapaban de aquellos centenares de trompas, como otros tantos clarines soplados a pleno pulmón.

Los viajeros del África central han podido comparar con justeza aquel estruendo al que produciría un tren de artillería rodando a gran velocidad sobre un campo de batalla. ¡De acuerdo! Pero a condición de que las trompetas hubieran lanzado al aire sus notas desgarradoras. Imagínese el terror al que se abandonaba el personal de la caravana, iamenazado de ser aplastado por aquel tropel de elefantes!

Cazar a estos enormes animales presenta serios peligros. Cuando se logra sorprenderlos aislados, separar de la manada a la que pertenece a uno de esos paquidermos, cuando es posible dispararle en condiciones que aseguren el tiro, alcanzarlo entre el ojo y la oreja con una bala que lo mata casi instantáneamente, los peligros de esa caza se reducen mucho. Pero si la manada se compone siquiera de media docena de bestias, las más severas precauciones, la más extrema prudencia son indispensables. Ante cinco o seis parejas de elefantes enfurecidos, toda resistencia es imposible, ya que —como diría un matemático— su masa se multiplica por el cuadrado de su velocidad.

Y si es por centenares como esas bestias formidables se arrojan sobre un campamento, no se las puede detener en su empuje más de lo que se detendría una avalancha, o uno de esos mascaratas que arrastran los navíos tierra adentro a varios kilómetros del litoral.

Con todo, por numerosos que sean, la especie acabará por desaparecer. Como un elefante reporta aproximadamente cien francos de marfil, se los caza a mansalva.

Cada año, según los cálculos de Foa, no se matan menos de cuarenta mil en el continente africano, que producen setecientos cincuenta mil kilogramos de marfil expedidos a Inglaterra. Antes de medio siglo, no quedará ni uno, a pesar de que su longevidad es considerable. ¿No sería más sensato sacar provecho de estos preciosos animales mediante la domesticación, dado que un elefante es capaz de llevar la carga de treinta y dos hombres y de recorrer cuatro veces más camino que un peatón? Y además, estando domesticados, valdrían, como en la India, de mil quinientos a dos mil francos, en lugar de los cien francos que se obtienen de su muerte.

El elefante africano forma, junto con el elefante asiático, las dos únicas especies existentes. Se han establecido ciertas diferencias entre ellas. Si los primeros son inferiores en tamaño a sus congéneres asiáticos, si su piel es más oscura, su frente más convexa, tienen las orejas más anchas, los colmillos más largos y muestran un carácter más fiero, casi irreductible.

Durante esta expedición, el portugués no había tenido sino motivos de satisfacción, y también los dos aficionados a este deporte. Repetimos que los paquidermos son todavía numerosos en tierra libia. Las regiones del Ubangui ofrecen un hábitat que estos buscan, bosques y llanuras pantanosas que les son gratas. Viven en ellas en manadas, de ordinario vigiladas por un viejo macho. Atrayéndolos a recintos de empalizadas, preparándoles trampas, atacándolos cuando estaban aislados, Urdax y sus compañeros habían hecho una buena campaña, sin accidentes, aunque no sin peligros ni fatigas. Pero en aquel camino de regreso, ¿no parecía que la manada furiosa, cuyos gritos llenaban el espacio, iba a aplastar a su paso a toda la caravana?

Si el portugués había tenido tiempo de organizar la defensa cuando creía en una agresión de los indígenas acampados al borde del bosque, ¿qué haría contra aquella irrupción? ¡Del campamento

no quedarían pronto más que escombros y polvo! Toda la cuestión se reducía a esto: ¿lograría el personal ponerse a salvo dispersándose por la llanura? No hay que olvidar que la velocidad del elefante es prodigiosa, y un caballo al galope no podría superarla.

—Hay que huir... ¡huir de inmediato! —afirmó Khamis dirigiéndose al portugués.

—¡Huir! —exclamó Urdax.

Y el desdichado traficante comprendía bien que sería perder, junto con su material, todo el producto de la expedición.

Por otra parte, ¿permaneciendo en el campamento lo salvaría, y no era insensato obstinarse en una resistencia imposible?

Max Huber y John Cort esperaban a que se tomase una resolución, decididos a someterse a ella fuera cual fuese.

Sin embargo, la masa se acercaba, y con tal tumulto que apenas se conseguían oír unos a otros.

El foreloper repitió que había que alejarse cuanto antes.

—¿En qué dirección? —preguntó Max Huber.

—En dirección al bosque.

—¿Y los indígenas?

—El peligro es menos acuciante allí que aquí —respondió Khamis.

Que eso fuera seguro, ¿cómo afirmarlo? No obstante, existía, al menos, la certeza de que no se podía permanecer en aquel lugar. El único partido, para evitar el aplastamiento, era refugiarse en el interior del bosque.

Ahora bien, ¿no faltaría el tiempo? Dos kilómetros por recorrer, cuando la manada se encontraba a la mitad, como mucho, de esa distancia!

Todos reclamaban una orden de Urdax, orden que este no se decidía a dar.

Al fin exclamó:

—¡El carro... el carro! Pongámoslo al abrigo detrás del altozano... Quizá quede protegido...

—Demasiado tarde —respondió el foreloper.

—¡Haz lo que te digo! —ordenó el portugués.

—¿Cómo? —replicó Khamis.

En efecto, tras haber roto sus trabas, sin que fuera posible detenerlos, los bueyes del tiro habían echado a correr y, enloquecidos, se precipitaban incluso al encuentro del enorme tropel, que los aplastaría como moscas.

Ante aquella visión, Urdax quiso recurrir al personal de la caravana:

—¡Aquí, porteadores! —gritó.

—¿Los porteadores? —respondió Khamis—. Llámelos si puede, que salen huyendo...

—¡Cobardes! —exclamó John Cort.

Sí, todos aquellos negros acababan de lanzarse hacia el oeste del campamento, unos llevándose fardos, otros cargados con los colmillos. ¡Y abandonaban a sus jefes como cobardes y también como ladrones!

Ya no había que contar con aquellos hombres. No volverían. Hallarían refugio en las aldeas indígenas. De la caravana solo quedaban el portugués y el foreloper, el francés, el americano y el chiquillo.

—¡El carro... el carro! —repetía Urdax, empeñado en ponerlo al resguardo del altozano.

Khamis no pudo contenerse y se encogió de hombros. Obedeció, sin embargo, y, gracias a la ayuda de Max Huber y de John Cort, el vehículo fue empujado al pie de los árboles. Quizá se salvaría si la manada se dividía al llegar al grupo de tamarindos.

Pero la operación llevó algún tiempo, y cuando estuvo terminada, era manifiestamente demasiado tarde para que el portugués y sus compañeros pudieran alcanzar el bosque.

Khamis lo calculó y no pronunció más que estas dos palabras:

—¡A los árboles!

Una sola posibilidad se presentaba: encaramarse a las ramas de los tamarindos para esquivar al menos el primer embate.

Antes, Max Huber y John Cort se introdujeron en el carro. Hacerse con todos los paquetes de cartuchos que quedaban, asegurar así el servicio de las carabinas si había que utilizarlas contra los elefantes, y también para el camino de vuelta: todo ello fue cosa de un instante, con la ayuda del portugués y del foreloper, el cual tuvo la precaución de proveerse de su hacha y su cantimplora. Atravesando las tierras bajas del Ubangui, ¡quién sabe si sus compañeros y él lograrían alcanzar las factorías de la costa!

¿Qué hora era en aquel momento? Las once y diecisiete, comprobó John Cort tras iluminar su reloj con la llama de una cerilla. Su sangre fría no lo había abandonado, lo que le permitía juzgar la situación, muy peligrosa a su entender y sin salida si los elefantes se detenían junto al altozano en lugar de desviarse hacia el este o el oeste de la llanura.

Max Huber, más nervioso, consciente también del peligro, iba y venía junto al carro, observando la enorme masa ondulante que se destacaba, más sombría aún, sobre el fondo del cielo.

—¡Artillería es lo que haría falta! —murmuró.

Khamis, por su parte, no dejaba traslucir nada de lo que sentía. Poseía esa calma asombrosa del africano de sangre árabe, esa sangre más espesa que la del blanco, menos roja también, que hace la sensibilidad más obtusa y ofrece menos asidero al dolor físico. Con dos revólveres al cinto, el fusil listo para ser encarado, esperaba.

En cuanto al portugués, incapaz de ocultar su desesperación, pensaba más en el daño irreparable del que sería víctima que en los peligros de aquella irrupción. Así pues, se lamentaba, protestaba, prodigando los más sonoros juramentos de su lengua materna.

Llanga se mantenía junto a John Cort y miraba a Max Huber. No mostraba temor alguno, pues no tenía miedo mientras sus dos amigos estuvieran allí.

Y, sin embargo, el estruendo ensordecedor se propagaba con una violencia inaudita a medida que se acercaba la formidable cabalgata. El clarineo de las poderosas mandíbulas arreciaba. Se sentía ya un soplo que atravesaba el aire como los vientos de tempestad. A aquella distancia de cuatrocientos o quinientos pasos, los paquidermos cobraban, en la noche, dimensiones desmesuradas, apariencias teratológicas. Habríase dicho una apocalipsis de monstruos cuyas trompas, como un millar de serpientes, se convulsionaban en una agitación frenética.

Ya era hora de refugiarse entre las ramas de los tamarindos, y quizá la manada pasaría de largo sin haber avistado al portugués y a sus compañeros.

Aquellos árboles elevaban sus copas a una veintena de metros por encima del suelo. Casi semejantes a nogales, muy caracterizados por la caprichosa difusión de sus ramas, los tamarindos, suerte de datileros, se hallan muy extendidos por las diversas zonas de África. Al tiempo que los negros fabrican con la parte glutinosa de sus frutos una bebida refrescante, acostumbran mezclar las vainas de estos árboles con el arroz del que se alimentan, sobre todo en las provincias litorales.

Los tamarindos estaban lo bastante juntos para que su follaje inferior se entrelazase, lo que permitiría pasar de uno a otro. Su tronco medía en la base una circunferencia de seis a ocho pies, y de cuatro a cinco cerca de la horcadura. ¿Presentaría este grosor una resistencia suficiente si los animales se precipitaban contra el altozano?

Los troncos no ofrecían más que una superficie lisa hasta el nacimiento de las primeras ramas, extendidas a unos diez metros por encima del suelo. Dado el grosor del fuste, alcanzar la horcadura habría sido difícil si Khamis no hubiera tenido a su disposición algunos «chamboks». Se trata de correas de cuero de rinoceronte, muy flexibles, que los forelopers emplean para gobernar los tiros de bueyes.

Gracias a una de esas correas, Urdax y Khamis, tras haberla lanzado a través de la horcadura, pudieron izarse a uno de los árboles. Empleando del mismo modo una correa semejante, Max Huber y John Cort hicieron otro tanto. En cuanto se encontraron a horcajadas sobre una rama, lanzaron el extremo del chambok a Llanga, al que izaron en un santiamén.

La manada no estaba ya a más de trescientos metros. En dos o tres minutos habría alcanzado el altozano.

—Querido amigo, ¿está usted satisfecho? —preguntó irónicamente John Cort a su camarada.

—¡Esto no es todavía más que lo imprevisto, John!

—Sin duda, Max, pero lo que sería extraordinario es que lográramos salir sanos y salvos de esta.

—Sí... pensándolo bien, John, habría sido preferible no verse expuesto a este ataque de elefantes cuyo contacto es a veces un tanto brusco...

—Es verdaderamente increíble, querido Max, ¡lo mucho que coincidimos! —se limitó a responder John Cort.

Lo que replicó Huber, su amigo no pudo oírlo. En aquel instante estallaron unos mugidos de espanto y luego de dolor que habrían hecho estremecerse a los más valientes.

Apartando el follaje, Urdax y Khamis reconocieron lo que ocurría a un centenar de pasos del altozano.

Tras haber escapado, los bueyes ya no podían huir sino en dirección al bosque. Pero aquellos animales, de marcha lenta y acompasada, ¿lo alcanzarían antes de ser alcanzados ellos mismos? No, y pronto fueron empujados de vuelta... En vano se defendieron a coces y cornadas: cayeron. De todo el tiro no quedaba más que un solo buey que, por desgracia, vino a refugiarse bajo la fronda de los tamarindos.

Sí, por desgracia, pues los elefantes lo persiguieron hasta allí y se detuvieron por un instinto común. En pocos segundos, el rumiante no fue más que un montón de carnes desgarradas, de huesos triturados, restos sangrientos pisoteados bajo los pies callosos de uñas duras como el hierro.

El altozano estaba entonces rodeado y hubo que renunciar a la esperanza de ver alejarse a aquellas bestias furiosas.

En un momento, el carro fue zarandeado, volcado, aplastado bajo las masas pesadas que se empujaban contra el altozano. Aniquilado como un juguete de niño, no quedó nada de él, ni de las ruedas ni de la caja.

Sin duda, nuevos juramentos estallaron entre los labios del portugués, pero aquello no iba a detener a los centenares de elefantes, como tampoco el disparo que Urdax descargó sobre el más cercano, cuya trompa se enrollaba alrededor del árbol. La bala rebotó en el lomo del animal sin penetrar en sus carnes.

Max Huber y John Cort lo comprendieron bien. Aun admitiendo que ningún disparo se perdiese, que cada bala hiciera una víctima, quizá habrían podido librarse de aquellos terribles asaltantes, destruirlos hasta el último, si no hubieran sido más que un pequeño grupo. El día no habría iluminado más que un amontonamiento de enormes cadáveres al pie de los tamarindos. Pero trescientos, quinientos, ¡un millar de esos animales! ¿Acaso es raro encontrar semejantes concentraciones en las comarcas del África ecuatorial, y no hablan los viajeros y los traficantes de inmensas llanuras cubiertas hasta donde alcanza la vista por rumiantes de toda clase?

—La cosa se complica... —observó John Cort.

—Se puede decir incluso que se pone seria —añadió Max Huber.

Después, dirigiéndose al joven indígena, sentado a horcajadas junto a él:

—¿No tienes miedo? —le preguntó.

—No, mi amigo Max... con usted... ¡no! —respondió Llanga.

Y, sin embargo, estaba permitido no solo a un niño, sino también a hombres, sentir el corazón invadido por un espanto irresistible.

En efecto, no cabía duda de que los elefantes habían avistado, entre las ramas de los tamarindos, a los supervivientes de la caravana.

Y entonces, las filas traseras empujando a las delanteras, el cerco se estrechó alrededor del altozano. Una docena de animales intentaron agarrar las ramas bajas con sus trompas, irguiéndose sobre las patas traseras. Por fortuna, a aquella altura de unos diez metros, no lo consiguieron.

Cuatro disparos de carabina estallaron simultáneamente, cuatro tiros hechos a la ventura, pues era imposible apuntar con precisión bajo el sombrío ramaje de los tamarindos.

Gritos más violentos, aullidos más furiosos se dejaron oír. No pareció, sin embargo, que ningún elefante hubiese sido mortalmente alcanzado por las balas. Y, por lo demás, ¡cuatro de menos no habrían contado!

Así que ya no fue a las ramas inferiores a las que las trompas intentaron aferrarse. Se enrollaron alrededor del fuste de los árboles al tiempo que estos soportaban el empuje poderoso de los cuerpos. Y, de hecho, por gruesos que fueran aquellos tamarindos en su base, por sólidamente que sus raíces mordieran el suelo, sufrieron una sacudida a la que, sin duda, no podrían resistir.

Estallaron más disparos, dos esta vez, efectuados por el portugués y el foreloper, cuyo árbol, sacudido con extraordinaria violencia, los

amenazaba con una caída inminente.

El francés y su compañero, por su parte, no habían descargado sus carabinas, aunque estaban dispuestos a hacerlo.

—¿Para qué? —había dicho John Cort.

—Sí, reservemos nuestras municiones —respondió Max Huber—. Más tarde podríamos lamentar haber quemado aquí nuestro último cartucho.

Mientras tanto, el tamarindo al que estaban aferrados Urdax y Khamis fue sacudido de tal forma que se le oyó crujir en toda su longitud.

Era evidente que, si no era arrancado de raíz, se partiría. Los animales lo atacaban a golpes de colmillo, lo doblaban con sus trompas, lo estremecían hasta en sus raíces.

Permanecer más tiempo en aquel árbol, aunque solo fuese un minuto, era arriesgarse a caer al pie del altozano.

—¡Venga! —gritó al portugués el foreloper, intentando ganar el árbol vecino.

El portugués había perdido la cabeza y seguía descargando inútilmente su carabina y sus revólveres, cuyas balas resbalaban sobre las pieles rugosas de los paquidermos como sobre una coraza de caimán.

—¡Venga! —repitió Khamis.

Y en el momento en que el tamarindo era sacudido con más violencia, el foreloper consiguió agarrarse a una de las ramas del árbol ocupado por Max Huber, John Cort y Llanga, menos comprometido que el otro, contra el cual se ensañaban los animales.

—¿Y Urdax? —gritó John Cort.

—No ha querido seguirme —respondió el foreloper—, ¡ya no sabe lo que hace!

—El desgraciado va a caer...

—No podemos dejarlo allí... —dijo Max Huber.

—Hay que arrastrarlo por la fuerza... —añadió John Cort.

—¡Demasiado tarde! —dijo Khamis.

Demasiado tarde, en efecto. Partido en un último crujido, el tamarindo se desplomó al pie del altozano.

Lo que fue del portugués, sus compañeros no pudieron verlo; sus gritos indicaban que se debatía bajo los pies de los elefantes, y como cesaron casi al instante, es que todo había acabado.

—¡El desgraciado... el desgraciado! —murmuró John Cort.

—Pronto nos tocará a nosotros... —dijo Khamis.

—¡Sería lamentable! —replicó fríamente Max Huber.

—Una vez más, querido amigo, soy por completo de su opinión —declaró John Cort.

¿Qué hacer? Los elefantes, pisoteando el altozano, sacudían los demás árboles, agitados como bajo el soplo de una tempestad. ¿No estaba reservado a quienes habían sobrevivido unos pocos minutos apenas el horrible fin de Urdax? ¿Veían la posibilidad de abandonar el tamarindo antes de su caída? Y si se arriesgaban a descender para ganar la llanura, ¿escaparían a la persecución de aquella manada? ¿Tendrían tiempo de alcanzar el bosque? Y, además, ¿les ofrecería esta plena seguridad? Si los elefantes no los perseguían hasta allí, ¿no les habrían escapado solo para caer en poder de unos indígenas no menos feroces?

Sin embargo, si se presentaba la ocasión de buscar refugio más allá de la linde, habría que aprovecharla sin vacilar. La razón mandaba preferir un peligro incierto a un peligro cierto.

El árbol continuaba oscilando, y, en una de esas oscilaciones, varias trompas lograron alcanzar sus ramas inferiores. El foreloper y sus dos compañeros estuvieron a punto de perder el equilibrio, tal fue la violencia de las sacudidas. Max Huber, temiendo por Llanga, lo sujetaba con el brazo izquierdo mientras se agarraba con el derecho.

En brevísimos instantes, o las raíces habrían cedido o el tronco se habría partido por la base... Y la caída del tamarindo significaba la muerte de quienes se habían refugiado entre sus ramas, iel espantoso aplastamiento del portugués Urdax!

Bajo empujes más rudos y más frecuentes, las raíces cedieron al fin, el suelo se levantó, y el árbol se recostó más que se desplomó a lo largo del altozano.

—¡Al bosque... al bosque! —gritó Khamis.

Del lado en que las ramas del tamarindo habían encontrado el suelo, el retroceso de los elefantes dejaba el camino libre. Rápidamente, el foreloper, cuyo grito fue oído, estuvo en tierra. Los otros tres lo siguieron al instante en su huida.

Al principio, encarnizados contra los árboles que aún quedaban en pie, los animales no habían avistado a los fugitivos. Max Huber, con Llanga en brazos, corría tan deprisa como sus fuerzas se lo permitían. John Cort se mantenía a su lado, dispuesto a tomar su parte de aquella carga, dispuesto también a descargar su carabina contra el primero de la manada que estuviese a su alcance.

El foreloper, John Cort y Max Huber apenas habían recorrido medio kilómetro cuando una decena de elefantes, destacándose de la tropa, comenzaron a perseguirlos.

—¡Ánimo... ánimo! —gritaba Khamis—. ¡Conservemos nuestra ventaja! ¡Llegaremos!

Sí, quizá, pero importaba no verse retrasados. Llanga sentía que Max Huber se fatigaba.

—¡Déjame... déjame, amigo Max! Tengo buenas piernas... ¡déjame!

Max Huber no le hacía caso y procuraba no quedarse rezagado.

Se cubrió un kilómetro sin que los animales hubieran ganado sensiblemente terreno. Por desgracia, la velocidad de Khamis y de

sus compañeros se reducía, les faltaba el aliento tras aquella formidable galopada.

Sin embargo, la linde no se hallaba ya a más de unos centenares de pasos, ¿y no era aquello la salvación probable, si no segura, tras aquellos espesos macizos entre los cuales las enormes bestias no podrían maniobrar?

—¡Deprisa... deprisa! —repetía Khamis—. Déme a Llanga, señor Max...

—No, Khamis... ¡llegaré hasta el final!

Uno de los elefantes no se encontraba ya más que a una docena de metros. Se oía el clarineo de su trompa, se sentía el calor de su aliento. El suelo temblaba bajo sus anchos pies que batían al galope. Un minuto más y habría alcanzado a Max Huber, que no se mantenía sin esfuerzo al nivel de sus compañeros.

Entonces John Cort se detuvo, se volvió, se echó la carabina al hombro, apuntó un instante, disparó y alcanzó, al parecer, al elefante en el punto justo. La bala le había atravesado el corazón; cayó fulminado.

—¡Buen tiro! —murmuró John Cort, y reanudó la carrera.

Los demás animales, llegados poco después, rodearon la mole tendida en el suelo. De ahí un respiro del que el foreloper y sus compañeros iban a sacar provecho.

Cierto es que, tras haber derribado los últimos árboles del altozano, la manada no tardaría en precipitarse hacia el bosque.

Ningún fuego había reaparecido ni al nivel de la llanura ni en las cimas de los árboles. Todo se confundía en el perímetro del oscuro horizonte.

Exhaustos, sin aliento, ¿tendrían los fugitivos fuerzas para alcanzar su objetivo?

—¡Adelante... adelante! —gritaba Khamis.

Si no quedaban más que un centenar de pasos por recorrer, los elefantes no se hallaban sino a cuarenta por detrás...

Con un esfuerzo supremo —el del instinto de conservación—, Khamis, Max Huber y John Cort se lanzaron entre los primeros árboles y, medio desfallecidos, cayeron al suelo.

En vano la manada quiso franquear la linde. Los árboles estaban tan apretados que no pudo abrirse paso, y eran de tales dimensiones que no logró derribarlos. En vano las trompas se deslizaron por los intersticios, en vano las filas traseras empujaron a las delanteras...

Los fugitivos ya no tenían nada que temer de los elefantes, a los que el gran bosque del Ubangui oponía un obstáculo insuperable.

CAPÍTULO IV — PARTIDO QUE TOMAR, PARTIDO TOMADO

Era cerca de medianoche. Quedaban seis horas por pasar en completa oscuridad. ¡Seis largas horas de temores y peligros! Que Khamis y sus compañeros estuviesen a salvo tras la infranqueable barrera de los árboles, eso parecía cosa adquirida. Pero si la seguridad estaba garantizada por ese lado, otro peligro amenazaba. En mitad de la noche, ¿acaso no se habían mostrado múltiples fuegos en la linde? ¿Acaso las altas ramas no se habían iluminado con inexplicables resplandores? ¿Cabía dudar de que una partida de indígenas estuviera acampada en aquel lugar? ¿No era de temer una agresión contra la que ninguna defensa sería posible?

—Vigilemos —dijo el foreloper, en cuanto hubo recobrado el aliento tras aquella carrera desalentadora, y cuando el francés y el americano estuvieron en condiciones de responderle.

—Vigilemos —repitió John Cort— y estemos listos para rechazar un ataque. Los nómadas no pueden andar lejos... Es en esta parte de la linde donde han hecho alto, y he aquí los restos de una hoguera, de donde aún escapan algunas chispas...

En efecto, a cinco o seis pasos, al pie de un árbol, unos carbones ardían despidiendo un resplandor rojizo.

Max Huber se incorporó y, con la carabina amartillada, se deslizó bajo la maleza.

Khamis y John Cort, inquietos, se mantenían dispuestos a reunirse con él si fuera preciso.

La ausencia de Max Huber no duró más de tres o cuatro minutos. No había entrevisto nada sospechoso, nada oído que fuese de naturaleza a inspirar el temor de un peligro inmediato.

—Esta parte del bosque está actualmente desierta —dijo—. Es seguro que los indígenas la han abandonado...

—Y quizá huyeron al ver aparecer a los elefantes —observó John Cort.

—Quizá, pues los fuegos que avistamos el señor Max y yo —dijo Khamis— se apagaron en cuanto los bramidos resonaron en dirección norte. ¿Fue por prudencia, fue por miedo? Esa gente debía de creerse a salvo detrás de los árboles... No me lo explico bien...

—Lo cual es inexplicable —prosiguió Max Huber—, y la noche no es propicia para las explicaciones. Esperemos al día, y, lo confieso, me costaría mucho mantenerme despierto... los ojos se me cierran a pesar mío...

—El momento está mal elegido para dormir, querido Max —declaró John Cort.

—No puede estar peor elegido, querido John, pero el sueño no obedece, manda... ¡Buenas noches y hasta mañana!

Un instante después, Max Huber, tendido al pie de un árbol, estaba sumido en un profundo sueño.

—Ve a acostarte junto a él, Llanga —dijo John Cort—. Khamis y yo velaremos hasta la mañana.

—Yo me bastaré, señor John —respondió el foreloper—. Es mi costumbre, y le aconsejo que imite a su amigo.

Se podía confiar en Khamis. No relajaría ni un minuto su vigilancia.

Llanga fue a acurrucarse junto a Max Huber. John Cort, por su parte, quiso resistir. Durante un cuarto de hora más, conversó con el

foreloper. Ambos hablaron del infortunado portugués, al que Khamis estaba ligado desde hacía largo tiempo, y cuyas cualidades sus compañeros habían apreciado a lo largo de aquella campaña.

—El desgraciado —repetía Khamis— perdió la cabeza al verse abandonado por esos cobardes porteadores, despojado, robado...

—¡Pobre hombre! —murmuró John Cort.

Fueron las dos últimas palabras que pronunció. Vencido por la fatiga, se tendió sobre la hierba y se durmió al instante.

Solo, con el ojo avizor, prestando oído, acechando los menores ruidos, con la carabina al alcance de la mano, escrutando la espesa sombra con la mirada, incorporándose a veces para sondear mejor las profundidades del sotobosque a ras del suelo, dispuesto en todo momento a despertar a sus compañeros si hubiese necesidad de defenderse, Khamis veló hasta las primeras luces del día.

En unos cuantos rasgos, el lector habrá podido constatar ya la diferencia de carácter que existía entre los dos amigos, el francés y el americano.

John Cort era de espíritu muy serio y muy práctico, cualidades habituales en los hombres de Nueva Inglaterra. Nacido en Boston, y aunque fuese yanqui de origen, solo se revelaba por los buenos rasgos del yanqui. Muy interesado por las cuestiones de geografía y de antropología, el estudio de las razas humanas le apasionaba en grado sumo. A estos méritos unía un gran coraje y habría llevado la abnegación por sus amigos hasta el último sacrificio.

Max Huber, un parisino que seguía siéndolo en medio de aquellas comarcas lejanas adonde lo habían transportado los azares de la existencia, no le iba a la zaga a John Cort ni en cabeza ni en corazón. Pero, de sentido menos práctico, podría decirse que «vivía en verso» mientras John Cort «vivía en prosa». Su temperamento lo lanzaba de buen grado a la persecución de lo extraordinario. Como habrá podido observarse, habría sido capaz de lamentables temeridades para satisfacer sus instintos de imaginativo, si su prudente compañero no lo hubiera frenado. Esta feliz intervención

había tenido varias ocasiones de ejercerse desde la partida de Libreville.

Libreville es la capital del Congo francés. Fundada en 1849 en la orilla izquierda del estuario del Gabón, cuenta actualmente con mil quinientos a mil seiscientos habitantes. Allí reside el gobernador de la colonia, y no habría que buscar en ella otros edificios que su propia casa. El hospital, el establecimiento de los misioneros y, para la parte industrial y comercial, los depósitos de carbón, los almacenes y los astilleros constituyen toda la ciudad.

A tres kilómetros de esta capital se encuentra un anexo, la aldea de Glass, donde prosperan factorías alemanas, inglesas y americanas.

Fue allí donde Max Huber y John Cort se habían conocido cinco o seis años antes y habían trabado una sólida amistad. Sus familias poseían intereses considerables en la factoría americana de Glass. Ambos ocupaban en ella empleos superiores. El establecimiento se mantenía en plena prosperidad, traficando con marfil, aceites de cacahuete, vino de palma y las diversas producciones del país: como la nuez de cola, aperitiva y vivificante, o la baya de caffa, de aroma tan penetrante y de energía tan fortificante, ambas ampliamente expeditas a los mercados de América y Europa.

Tres meses antes, Max Huber y John Cort habían concebido el proyecto de visitar la región que se extiende al este del Congo francés y del Camerún. Cazadores decididos, no vacilaron en unirse al personal de una caravana a punto de partir de Libreville hacia aquella comarca donde los elefantes abundan más allá del Bahar-el-Abiad, hasta los confines del Barguimi y del Darfur. Ambos conocían al jefe de esta caravana, el portugués Urdax, originario de Loango, que pasaba, con toda justicia, por un hábil traficante.

Urdax formaba parte de aquella Asociación de cazadores de marfil que Stanley, en 1887-1889, encontró en Ipoto cuando regresaba del Congo septentrional. Pero el portugués no compartía la mala reputación de sus colegas, los cuales, en su mayor parte, con el

pretexto de cazar al elefante, se entregan a la matanza de los indígenas y, como dice el intrépido explorador del África ecuatorial, el marfil que traen de vuelta está teñido de sangre humana.

¡No! Un francés y un americano podían, sin desdoro, aceptar la compañía de Urdax, y también la del foreloper, el guía de la caravana, aquel Khamis que en ninguna circunstancia había de escatimar ni su entrega ni su celo.

La campaña fue afortunada, ya se sabe. Muy aclimatados, John Cort y Max Huber soportaron con notable resistencia las fatigas de aquella expedición. Algo adelgazados, sin duda, regresaban en perfecto estado de salud cuando la mala suerte les cortó el camino de vuelta. Y ahora les faltaba el jefe de la caravana, cuando una distancia de más de dos mil kilómetros los separaba todavía de Libreville.

La «Gran Selva», así la había calificado Urdax, aquella selva del Ubangui cuyo límite habían franqueado, justificaba tal calificación.

En las partes conocidas del globo terrestre existen esos espacios cubiertos de millones de árboles, y sus dimensiones son tales que la mayoría de los Estados de Europa no igualan su superficie.

Se citan, entre las más vastas del mundo, las cuatro selvas situadas en América del Norte, en América del Sur, en Siberia y en el África central.

La primera, prolongándose en dirección septentrional hasta la bahía de Hudson y la península del Labrador, cubre, en las provincias de Quebec y Ontario, al norte del San Lorenzo, un área cuya longitud mide dos mil setecientos cincuenta kilómetros por una anchura de mil seiscientos.

La segunda ocupa en el valle del Amazonas, al noroeste de Brasil, una extensión de tres mil trescientos kilómetros de longitud por dos mil de anchura.

La tercera, con cuatro mil ochocientos kilómetros por un lado y dos mil setecientos por otro, eriza de sus enormes coníferas, de una

altura de cincuenta metros, una porción de la Siberia meridional, desde las llanuras de la cuenca del Obi al oeste hasta el valle del Indigirka al este, comarca que riegan el Yeniseí, el Olamk, el Lena y el Yana.

La cuarta se extiende desde el valle del Congo hasta las fuentes del Nilo y del Zambeze, sobre una superficie aún indeterminada, que supera verosímilmente la de las otras tres. Allí, en efecto, se despliega la inmensa extensión de región ignota que presenta esta parte de África paralela al ecuador, al norte del Ogooué y del Congo, sobre un millón de kilómetros cuadrados, casi dos veces la superficie de Francia.

No se habrá olvidado que entraba en los planes del portugués Urdax no aventurarse a través de esta selva, sino bordearla por el norte y el oeste. Por otra parte, ¿cómo habrían podido circular el carro y su tiro en medio de aquel laberinto? Aun a costa de alargar el itinerario en unas cuantas jornadas de marcha, la caravana seguiría, a lo largo de la linde, un camino más fácil que conducía a la orilla derecha del Ubangui, y desde allí sería sencillo regresar a las factorías de Libreville.

Ahora la situación había cambiado. Se acabaron los impedimenta de un numeroso personal, las cargas de un material aparatoso. Se acabaron el carro, los bueyes, los pertrechos de campamento. Solo tres hombres y un niño, a quienes faltaban los medios de transporte a quinientas leguas del litoral atlántico.

¿Qué partido convenía tomar? ¿Volver al itinerario indicado por Urdax, pero en condiciones poco favorables, o bien intentar, como peatones, cruzar oblicuamente la selva, donde los encuentros con nómadas serían menos de temer, ruta que abreviaría el trayecto hasta las fronteras del Congo francés?

Tal sería la importante cuestión que tratar, y luego resolver, en cuanto Max Huber y John Cort despertasen en el alba próxima.

Durante aquellas largas horas, Khamis había montado guardia. Ningún incidente turbó el descanso de los durmientes ni hizo

presentir una agresión nocturna. En varias ocasiones, el foreloper, revólver en mano, se había alejado una cincuentena de pasos, reptando entre la maleza, cuando se producía en los alrededores algún ruido capaz de inquietar su vigilancia. No eran sino el crujido de una rama muerta, el aletazo de un ave grande a través de las ramas, el patear de algún rumiante alrededor del lugar de la parada, y también esos vagos rumores del bosque cuando, bajo el viento de la noche, se estremecen las altas frondas.

En cuanto los dos amigos abrieron los ojos, se pusieron en pie.

—¿Y los indígenas? —preguntó John Cort.

—No han reaparecido —respondió Khamis.

—¿No han dejado huellas de su paso?

—Es de suponer, señor John, y probablemente cerca de la linde...

—Vamos a verlo, Khamis.

Los tres, seguidos de Llanga, se deslizaron hacia la llanura. A treinta pasos de allí, los indicios no faltaron: huellas múltiples, hierbas holladas al pie de los árboles, restos de ramas resinosas consumidas a medias, montones de ceniza donde chisporroteaban algunas pavesas, zarzas cuyas más secas despedían todavía un poco de humo. En cambio, ningún ser humano bajo los árboles ni en las ramas, entre las cuales, cinco o seis horas antes, se agitaban las llamas errantes.

—Se han ido... —dijo Max Huber.

—O al menos se han alejado —respondió Khamis—, y no me parece que debamos temer...

—Si los indígenas se han alejado —hizo observar John Cort—, los elefantes no han seguido su ejemplo!

Y, en efecto, los monstruosos paquidermos seguían rondando por las inmediaciones de la selva. Varios se empeñaban vanamente en derribar los árboles a base de vigorosos empujones. En cuanto al grupo de tamarindos, Khamis y sus compañeros pudieron constatar

que había sido abatido. El altozano, despojado de su sombra, no formaba ya más que una ligera tumescencia en la superficie de la llanura.

Por consejo del foreloper, Max Huber y John Cort evitaron dejarse ver, con la esperanza de que los elefantes abandonasen la llanura.

—Eso nos permitiría regresar al campamento —dijo Max Huber— y recoger lo que quede del material... quizá algunas cajas de conservas, municiones...

—Y también —añadió John Cort— dar una sepultura digna a ese pobre Urdax...

—No hay que pensar en ello mientras los elefantes sigan junto a la linde —respondió Khamis—. Además, en lo que respecta al material, idebe de estar reducido a escombros informes!

El foreloper tenía razón, y, como los elefantes no manifestaban la menor intención de retirarse, no quedó más que decidir lo que convenía hacer. Khamis, John Cort, Max Huber y Llanga volvieron, pues, sobre sus pasos.

Por el camino, Max Huber tuvo la fortuna de abatir una hermosa pieza, que aseguraría la alimentación para dos o tres días.

Era un inyala, especie de antílope de pelaje gris mezclado con pelos pardos, animal de gran tamaño; este ejemplar, un macho, armado de cuernos espiralados, con una espesa pelambre que le guarnecía el pecho y la parte inferior del cuerpo. La bala lo había alcanzado justo cuando su cabeza se deslizaba entre la maleza.

Aquel inyala debía de pesar entre ciento veinticinco y ciento cincuenta kilogramos. Al verlo caer, Llanga había echado a correr como un cachorro. Pero, como es de imaginar, no habría podido cargar con semejante pieza, y hubo que acudir en su ayuda.

El foreloper, avezado a estas operaciones, despiezó el animal y reservó las partes aprovechables, que fueron transportadas hasta el lugar de la hoguera. John Cort echó a esta una brazada de leña muerta, que prendió en pocos minutos; luego, en cuanto se formó

un lecho de brasas ardientes, Khamis depositó sobre ellas varias tajadas de una carne apetitosa.

De conservas, de galletas, de las que la caravana poseía buen número de cajas, ya no cabía hablar, y sin duda los porteadores se habían llevado la mayor parte. Por gran fortuna, en las selvas de caza abundante del África central, un cazador tiene siempre la seguridad de bastarse a sí mismo, si sabe contentarse con carnes asadas o a la brasa.

Cierto es que lo que importa es que las municiones no falten. Ahora bien, John Cort, Max Huber y Khamis estaban provistos cada uno de una carabina de precisión y un revólver. Estas armas, hábilmente manejadas, debían serles de gran utilidad, pero aún era preciso que las cartucheras estuviesen convenientemente llenas. Pues bien, haciendo la cuenta, y a pesar de haberse llenado los bolsillos antes de abandonar el carro, no les quedaban más que una cincuentena de tiros. Magro aprovisionamiento, habrá que reconocerlo, sobre todo si se veían obligados a defenderse de las fieras o de los nómadas durante los seiscientos kilómetros hasta la orilla derecha del Ubangui. A partir de ese punto, Khamis y sus compañeros debían de poder reabastecerse sin demasiada dificultad, ya fuese en las aldeas, en los establecimientos de los misioneros, o incluso a bordo de las flotillas que descienden por el gran tributario del Congo.

Tras haberse repuesto seriamente con la carne de inyala y refrescado con el agua límpida de un arroyuelo que serpenteaba entre los árboles, los tres deliberaron sobre el partido que tomar.

Y, en primer lugar, John Cort se expresó así:

—Khamis, hasta ahora Urdax era nuestro jefe... Siempre nos encontró dispuestos a seguir sus consejos, pues teníamos confianza en él... Esa confianza, usted nos la inspira por su carácter y su experiencia... Díganos lo que juzgue oportuno hacer en la situación en que nos encontramos, y tiene asegurada nuestra conformidad...

—Desde luego —añadió Max Huber—, nunca habrá desacuerdo entre nosotros.

—Usted conoce este territorio, Khamis —prosiguió John Cort—. Desde hace años conduce caravanas por él con una entrega que hemos podido apreciar... Es a esa entrega y a su lealtad a las que apelamos, y sé que ni la una ni la otra nos faltarán...

—Señor John, señor Max, pueden contar conmigo... —respondió sencillamente el foreloper.

Y estrechó las manos que se tendieron hacia él, a las que se unió la de Llanga.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó John Cort—. ¿Debemos renunciar o no al proyecto de Urdax de rodear la selva por el oeste?

—Hay que atravesarla —respondió sin vacilar el foreloper—. En ella no estaremos expuestos a malos encuentros: fieras, quizá; indígenas, no. Ni pahuinos, ni denkas, ni fundj, ni budjos se han aventurado jamás en su interior, ni ninguna tribu del Ubangui. Los peligros son mayores para nosotros en la llanura, sobre todo por parte de los nómadas. En esta selva donde una caravana no habría podido adentrarse con sus tiros, unos hombres a pie tienen posibilidad de encontrar paso. Lo repito, dirijámonos hacia el suroeste, y tengo buenas esperanzas de llegar sin error a los rápidos de Zongo.

Estos rápidos interrumpen el curso del Ubangui en el ángulo que forma el río al abandonar la dirección oeste para tomar la dirección sur. Según los viajeros, es allí donde la gran selva prolonga su punta extrema. Desde ese punto, no hay más que seguir las llanuras sobre el paralelo del ecuador y, gracias a las caravanas muy numerosas en aquella región, los medios de avituallamiento y transporte serían frecuentes.

La opinión de Khamis era, pues, sensata. Además, el itinerario que proponía debía abreviar la marcha hasta el Ubangui. Toda la cuestión residía en la naturaleza de los obstáculos que presentaría aquella selva profunda. Que existiera un sendero practicable, no

cabía esperar: quizá algunas trochas de animales salvajes, búfalos, rinocerontes y otros pesados mamíferos. En cuanto al suelo, estaría embarazado de maleza, lo que habría exigido el empleo del hacha, cuando el foreloper estaba reducido a su hachuela y sus compañeros a sus navajas de bolsillo. No obstante, no habría que sufrir grandes retrasos durante la marcha.

Después de haber planteado estas objeciones, John Cort no vaciló más. En cuanto a la dificultad de orientarse bajo los árboles, cuyo espeso dosel apenas dejaba penetrar el sol ni siquiera en su cénit, era inútil preocuparse por ello.

En efecto, una especie de instinto, semejante al de los animales —instinto inexplicable y que se encuentra en algunas razas humanas—, permite a los chinos entre otros, como a varias tribus salvajes del Lejano Oeste, guiarse por el oído y por el olfato más aún que por la vista, y reconocer la dirección por ciertos indicios. Ahora bien, Khamis poseía esta facultad de orientación en grado excepcional; de ello había dado pruebas decisivas en múltiples ocasiones. En cierta medida, el francés y el americano podrían fiarse de esta aptitud más física que intelectual, poco sujeta al error, y sin necesidad de calcular la posición del sol.

En cuanto a los demás obstáculos que ofrecía la travesía de la selva, esto fue lo que respondió el foreloper:

—Señor John, sé que no encontraremos más sendero que un suelo obstruido por zarzas, por madera muerta, por árboles caídos de viejos, en fin, obstáculos nada fáciles de franquear. Pero ¿admite usted que una selva tan vasta no esté regada por algunos cursos de agua, los cuales no pueden ser sino afluentes del Ubangui?

—Aunque solo fuese el que corre al este del altozano —hizo observar Max Huber—. Se dirige hacia la selva, y ¿por qué no habría de convertirse en río? En ese caso, una balsa que construyéramos... unos cuantos troncos atados entre sí...

—No se precipite, querido amigo —dijo John Cort—, y no se deje llevar por la imaginación por la superficie de ese río... imaginario...

—El señor Max tiene razón —declaró Khamis—. Hacia el poniente encontraremos ese curso de agua, que debe de desembocar en el Ubangui...

—De acuerdo —replicó John Cort—, pero ya los conocemos, estos ríos de África, en su mayoría innavegables...

—Usted no ve más que las dificultades, querido John...

—¡Más vale verlas antes que después, querido Max!

John Cort decía verdad. Los ríos y los grandes cursos fluviales de África no ofrecen las mismas ventajas que los de América, Asia y Europa. Se cuentan cuatro principales: el Nilo, el Zambeze, el Congo y el Níger, alimentados por numerosos afluentes, y la red fluvial de sus cuencas es considerable. A pesar de esta disposición natural, solo facilitan mediocrementemente las expediciones al interior del continente negro. Según los relatos de los viajeros a quienes su pasión descubridora ha conducido a través de estos inmensos territorios, los ríos africanos no podrían compararse al Misisipi, al San Lorenzo, al Volga, al Irauadi, al Brahmaputra, al Ganges, al Indo. El volumen de sus aguas es mucho menos abundante, aunque su recorrido iguale al de esas poderosas arterias, y, a cierta distancia aguas arriba de las desembocaduras, no pueden portar navíos de tonelaje medio. Además, son bajos fondos los que los interrumpen, cataratas o saltos que los cortan de una orilla a otra, rápidos de tal violencia que ninguna embarcación se aventura a remontarlos. Ahí reside una de las razones que hacen el África central tan refractaria a los esfuerzos intentados hasta la fecha.

La objeción de John Cort tenía, pues, su valor, y Khamis no podía desconocerla. Pero, en resumidas cuentas, no era de naturaleza para hacer rechazar el proyecto del foreloper, que, por otra parte, presentaba ventajas reales.

—Si encontramos un curso de agua —respondió este—, lo descenderemos mientras no se vea interrumpido por obstáculos... Si es posible sortear esos obstáculos, los sortearemos... En caso contrario, reanudaremos la marcha...

—Así pues —replicó John Cort—, no me opongo a su propuesta, Khamis, y pienso que nos conviene dirigirnos hacia el Ubangui siguiendo uno de sus tributarios, si es posible.

Llegada la discusión a este punto, no quedaban más que dos palabras por decir:

—¡En marcha! —exclamó Max Huber.

Y sus compañeros las repitieron tras él.

En el fondo, aquel proyecto le convenía a Max Huber: aventurarse en el interior de aquella inmensa selva, jamás penetrada hasta entonces, si no impenetrable... ¡Quizá encontraría en ella por fin lo extraordinario que, durante tres meses, no había hallado en las regiones del alto Ubangui!

CAPÍTULO V — PRIMERA JORNADA DE MARCHA

Eran poco más de las ocho cuando John Cort, Max Huber, Khamis y el niño tomaron la dirección del suroeste.

¿A qué distancia aparecería el curso de agua que contaban seguir hasta su confluencia con el Ubangui? Ninguno de ellos habría podido decirlo. Y si se trataba del que parecía correr hacia la selva tras bordear el altozano de los tamarindos, ¿no se desviaba al este sin atravesarla? Y, en fin, ¿y si los obstáculos, rocas o rápidos, atascaban su cauce hasta el punto de hacerlo innavigable? Por otra parte, si aquella inmensa aglomeración de árboles carecía de senderos o al menos de trochas abiertas por los animales entre los matorrales, ¿cómo podrían unos peatones abrirse camino sin emplear el hierro o el fuego? ¿Encontrarían Khamis y sus compañeros, en las partes frecuentadas por los grandes cuadrúpedos, el suelo despejado, la maleza pisoteada, las lianas rotas, el paso libre?

Llanga, como un ágil hurón, corría por delante, aunque John Cort le recomendaba no alejarse. Pero cuando lo perdían de vista, su voz aguda no dejaba de hacerse oír.

—¡Por aquí... por aquí! —gritaba.

Y los tres caminaban hacia él, siguiendo las aberturas por las que acababa de internarse.

Cuando hubo que orientarse a través de aquel laberinto, el instinto del foreloper intervino oportunamente. Además, por los intersticios

de la fronda, era posible calcular la posición del sol. En aquel mes de marzo, a la hora de su culminación, ascendía casi al cénit, que, para aquella latitud, ocupa la línea del ecuador celeste.

Sin embargo, el follaje se espesaba hasta tal punto que apenas si una media luz reinaba bajo aquellos millares de árboles. En los días nublados, debía de haber casi oscuridad, y por la noche toda circulación se haría imposible. Ciertamente es que la intención de Khamis era hacer alto entre la noche y la mañana, elegir un cobijo al pie de algún tronco en caso de lluvia, y no encender fuego más que lo justo para cocinar la pieza cobrada por la mañana o la tarde. Aunque la selva no debía de estar frecuentada por los nómadas —y no se habían hallado rastros de los que habían acampado en la linde—, más valía no delatar su presencia con el resplandor de una hoguera. Por lo demás, unas cuantas brasas dispuestas bajo la ceniza debían bastar para la cocina, y no había nada que temer del frío en aquella época de la estación africana.

En efecto, la caravana ya había tenido que sufrir los calores al recorrer las llanuras de la región intertropical. La temperatura alcanzaba allí un grado excesivo. Al amparo de aquellos árboles, Khamis, Max Huber y John Cort estarían menos castigados, siendo las condiciones más favorables para el largo y penoso trayecto que las circunstancias les imponían. Es obvio que durante aquellas noches, impregnadas de los fuegos del día, a condición de que el tiempo estuviera seco, no había inconveniente en dormir al raso.

La lluvia: eso era lo más temible en una comarca donde todas las estaciones son lluviosas. Sobre la zona equinoccial soplan los vientos alisios, que allí se neutralizan. De este fenómeno climático resulta que, estando la atmósfera generalmente en calma, las nubes derraman sus vapores condensados en interminables aguaceros. No obstante, desde hacía una semana, el cielo se había serenado con el retorno de la luna, y, puesto que el satélite terrestre parece ejercer una influencia meteorológica, quizá se podía contar con una quincena de días que no perturbaría la lucha de los elementos.

En aquella parte de la selva, que descendía en pendiente apenas perceptible hacia las orillas del Ubangui, el terreno no era pantanoso, cosa que sin duda sería más al sur. El suelo, muy firme, estaba tapizado de una hierba alta y tupida que hacía la marcha lenta y difícil cuando la pisada de los animales no la había hollado.

—¡Vaya! —observó Max Huber—. Es una lástima que nuestros elefantes no hayan podido embestir hasta aquí... Habrían roto las lianas, desgarrado la maleza, allanado el sendero, aplastado las zarzas...

—Y a nosotros con ellas... —replicó John Cort.

—Sin duda alguna —afirmó el foreloper—. Contentémonos con lo que han hecho los rinocerontes y los búfalos... Donde ellos han pasado, habrá paso para nosotros.

Khamis, por lo demás, conocía estas selvas del África central por haber recorrido a menudo las del Congo y del Camerún. Se comprenderá, pues, que no tuviese dificultad para responder acerca de las esencias forestales tan diversas que abundaban en esta. John Cort se interesaba por el estudio de aquellos magníficos ejemplares del reino vegetal, por aquellas fanerógamas de las que se han catalogado tantas especies entre el Congo y el Nilo.

—Y además —decía— las hay aprovechables, capaces de variar el monótono menú de la carne a la brasa.

Sin contar los gigantescos tamarindos reunidos en gran número, las mimosas de una altura extraordinaria y los baobabs elevaban sus copas a una altitud de unos cincuenta metros. A veinte y treinta metros se alzaban ciertos especímenes de la familia de las euforbiáceas, de ramas espinosas, de hojas anchas de quince a dieciocho centímetros, forradas de una corteza de sustancia lechosa, y cuya nuez, cuando el fruto está maduro, hace explosión proyectando la semilla de sus dieciséis compartimentos. Y, si no hubiera poseído el instinto de la orientación, ¿no habría podido Khamis fiarse de las indicaciones del *sylyphinium laciniatum*, puesto

que las hojas radicales de este arbusto se tuercen de manera que presentan sus caras una al este y otra al oeste?

En verdad, un brasileño extraviado bajo aquellos profundos macizos se habría creído en medio de las selvas vírgenes de la cuenca del Amazonas. Mientras Max Huber renegaba de los arbustos enanos que erizaban el suelo, John Cort no se cansaba de admirar aquellos tapices verdicientos de alta liza, donde se multiplicaban el frinión y los amomáceos, los helechos de veinte clases que era preciso apartar. Y qué variedad de árboles, unos de madera dura, otros de madera blanda. Estos últimos, como señala Stanley —*Viaje en las tinieblas de África*—, reemplazan al pino y al abeto de las zonas hiperbóreas. Solo con sus anchas hojas, los indígenas se construyen cabañas para un alto de algunos días. Además, la selva poseía en gran número tecas, caobas, corazones verdes, árboles de hierro, campeches de naturaleza imputrescible, copales de porte soberbio, mangos arborescentes, sicómoros que podían rivalizar con los más hermosos del África oriental, naranjos silvestres, higueras cuyo tronco era blanco como si hubiera sido encalado, colosales «mpafus» y otros árboles de toda especie.

En realidad, estos múltiples productos del reino vegetal no están lo bastante apretados para perjudicar el desarrollo de su ramaje bajo la influencia de un clima a la vez cálido y húmedo. Habría habido paso incluso para los carros de una caravana, si unos cables que medían hasta treinta centímetros de grosor no hubieran estado tendidos entre sus bases. Eran interminables lianas que se enrollaban alrededor de los fustes como marañas de serpientes. Por todas partes se entrelazaba una guirnalda de ramaje de la que no cabe hacerse idea, retorcimientos caprichosos, festones ininterrumpidos que iban de los macizos a los matorrales. ¡Ni una rama que no estuviese ligada a la rama vecina! ¡Ni un tronco que no estuviese unido por aquellas largas cadenas vegetales, algunas de las cuales colgaban hasta el suelo como estalactitas de verdor! ¡Ni una rugosa corteza que no estuviese tapizada de musgos espesos y aterciopelados sobre los que corrían millares de insectos de alas punteadas de oro!

Y de las más mínimas amalgamas de aquella frondosidad escapaba un concierto de gorjeos y ululatos, aquí gritos, allá cantos, que se esparcían de la mañana a la noche.

Los cantos eran obra de miríadas de picos que los lanzaban en trinos, gorgoritos y florituras más variados y más agudos que los de un silbato de contramaestre a bordo de un buque de guerra. ¿Y cómo no quedar ensordecido por aquel mundo alado de loros, abubillas, búhos, ardillas voladoras, mirlos, periquitos, chotacabras, sin contar los colibríes, aglomerados como un enjambre de abejas entre las altas ramas?

Los gritos eran los de una colonia simiesca, un estridente concierto de babuinos de pelo grisáceo, colobos encapuchados, grenuches de pelaje negro, chimpancés, mandriles y gorilas, los más vigorosos y temibles simios de la fauna africana. Hasta entonces, aquellos cuadrumanos, aun andando en grupos, no se habían entregado a ninguna manifestación hostil contra Khamis y sus compañeros, los primeros hombres, sin duda, que avistaban en las profundidades de aquella selva del África central. Cabía creer, en efecto, que jamás seres humanos se habían aventurado bajo aquellos macizos. De ahí que, en la grey simiesca, hubiera más curiosidad que cólera. En otras partes del Congo y del Camerún, no habría sido lo mismo. Desde hacía mucho, el hombre había hecho allí su aparición. Los cazadores de marfil, a los que centenares de bandidos, indígenas o no, prestan su concurso, no están ya para asombrar a unos simios que llevan largo tiempo siendo testigos de los estragos que cometen aquellos aventureros, y que cuestan tantas vidas humanas.

Tras una primera parada a mediodía, se hizo una segunda a las seis de la tarde. La marcha había presentado a veces dificultades reales ante inextricables redes de lianas. Cortarlas o romperlas exigía un penoso trabajo. No obstante, en una gran extensión del recorrido se abrían senderos frecuentados más particularmente por los búfalos, algunos de los cuales fueron entrevistados detrás de los arbustos, entre ellos unos onjas de gran tamaño.

Estos rumiantes no dejan de ser temibles gracias a su fuerza prodigiosa, y los cazadores deben evitar, cuando los atacan, ser embestidos por ellos. Dispararles entre los dos ojos, no demasiado bajo, para que la herida sea fulminante: es el medio más seguro de abatirlos.

John Cort y Max Huber no habían tenido aún ocasión de ejercitar su destreza contra aquellos onjas, que se habían mantenido fuera de alcance. Además, como la carne de antílope no faltaba todavía, importaba reservar las municiones. Ningún tiro debía resonar durante aquella travesía, a menos que se tratara de la defensa personal o de la necesidad de proveer a la alimentación diaria.

Fue al borde de un pequeño claro donde, llegada la noche, Khamis dio la señal de alto, al pie de un árbol que sobresalía de la arboleda circundante. A seis metros del suelo se extendía su follaje de un verde tirando a gris, entremezclado de flores de una pelusa blanquecina que caía como nieve alrededor de un tronco de corteza plateada. Era uno de esos algodones de África, cuyas raíces están dispuestas en arbotantes, y bajo las cuales es posible guarecerse.

—¡La cama está hecha! —exclamó Max Huber—. Sin somier elástico, sin duda, ¡pero un colchón de algodón, y seremos nosotros quienes lo estrenemos!

Encendido el fuego con el pedernal y la yesca de los que Khamis estaba ampliamente provisto, aquella cena fue semejante al primer desayuno de la mañana y al segundo de mediodía. Por desgracia —pero ¿cómo no resignarse?—, falta absoluta de aquella galleta que había sustituido al pan durante la campaña. Se contentaron, pues, con las carnes a la brasa, que satisficieron el apetito en buena medida.

Terminada la cena, antes de ir a tenderse entre las raíces del algodonero, John Cort dijo al foreloper:

—Si no me equivoco, hemos caminado siempre en dirección suroeste...

—Siempre —respondió Khamis—. Cada vez que he podido avistar el sol, he calculado la ruta...

—¿En cuántas leguas estima usted nuestras etapas durante esta jornada?

—Cuatro o cinco, señor John, y, si seguimos así, en menos de un mes habremos alcanzado las orillas del Ubangui.

—Bien —prosiguió John Cort—, ¿no es prudente contar con la mala suerte?

—Y también con la buena —replicó Max Huber—. Quién sabe si no descubriremos algún curso de agua que nos permita descender sin fatiga...

—Hasta ahora no lo parece, querido Max...

—Es que no estamos lo bastante avanzados en dirección al oeste —afirmó Khamis—, y me sorprendería mucho si mañana... o pasado mañana...

—Hagamos como si no fuéramos a encontrar un río —replicó John Cort—. Al fin y al cabo, un viaje de una treintena de días, si las dificultades no son más insuperables que durante esta primera jornada, ino es para asustar a unos cazadores africanizados como nosotros!

—Y, sin embargo —añadió Max Huber—, ¡mucho me temo que esta selva misteriosa esté totalmente desprovista de misterio!

—¡Mejor, Max!

—¡Peor, John! Y ahora, Llanga, vamos a dormir...

—Sí, mi amigo Max —respondió el niño, cuyos ojos se cerraban de sueño tras las fatigas de una larga caminata durante la cual jamás se había quedado rezagado.

Así que hubo que transportarlo entre las raíces del algodónero y acomodarlo en el mejor rincón.

El foreloper se había ofrecido a velar toda la noche. Sus compañeros no quisieron consentirlo. Se turnarían de tres en tres horas, aunque los alrededores del claro no parecieran sospechosos. Pero la prudencia mandaba estar en guardia hasta la salida del sol.

Fue Max Huber quien tomó la primera guardia, mientras John Cort y Khamis se tendían sobre el blanco plumón caído del árbol.

Max Huber, con la carabina cargada al alcance de la mano, apoyado contra una de las raíces, se abandonó al encanto de aquella noche tranquila. En las profundidades de la selva, todos los ruidos del día habían cesado. No pasaba entre las ramas más que un aliento regular, la respiración de aquellos árboles dormidos. Los rayos de la luna, muy elevada hacia el cénit, se deslizaban por los intersticios del follaje y atigran el suelo con zigzags plateados. Más allá del claro, los sotobosques se iluminaban también con el centelleo de las irradiaciones lunares.

Muy sensible a esta poesía de la naturaleza, Max Huber la saboreaba, la aspiraba, podría decirse, creyendo soñar a ratos sin estar, sin embargo, dormido. ¿No le parecía acaso ser el único ser vivo en el seno de aquel mundo vegetal?

Mundo vegetal, eso era precisamente lo que su imaginación hacía de aquella gran selva del Ubangui.

«Y —pensaba— si se quieren penetrar los últimos secretos del globo, ¿hay que ir hasta los extremos de su eje para descubrir sus últimos misterios? ¿Por qué, al precio de espantosos peligros y con la certeza de encontrar obstáculos quizá infranqueables, por qué intentar la conquista de los dos polos? ¿Qué resultaría de ello? La solución de algunos problemas de meteorología, de electricidad, de magnetismo terrestre. ¿Vale eso que se añadan tantos nombres a las necrologías de las comarcas australes y boreales? ¿No sería más útil, más interesante, en lugar de surcar los mares árticos y antárticos, explorar las áreas infinitas de estas selvas y vencer su fiera impenetrabilidad? ¡Cómo! Las hay de tales dimensiones en América, en Asia, en África, ¿y ningún pionero ha tenido hasta hoy la

idea de hacer de ellas su campo de descubrimientos, ni el coraje de lanzarse a través de este desconocido? ¿Nadie ha arrancado aún a estos árboles la clave de su enigma, como los antiguos a los viejos robles de Dodona? ¿Y no habían tenido razón los mitólogos al poblar sus bosques de faunos, sátiros, dríades, hamadriades, ninfas imaginarias? Además, para ceñirse a los datos de la ciencia moderna, ¿no cabe admitir, en estas inmensidades forestales, la existencia de seres desconocidos, apropiados a las condiciones de este hábitat? En la época druídica, ¿acaso la Galia transalpina no albergaba tribus semisalvajes, celtas, germanos, ligures, centenares de tribus, centenares de ciudades y aldeas, con sus costumbres particulares, sus modos de vida propios, su originalidad nativa, en el interior de aquellos bosques cuyos límites la todopoderosa Roma no consiguió forzar sin grandes esfuerzos?»

Así cavilaba Max Huber.

Ahora bien, precisamente en aquellas regiones del África ecuatorial, ¿acaso la leyenda no había señalado seres situados en un grado inferior de la humanidad, seres casi fabulosos? ¿Acaso aquella selva del Ubangui no colindaba, al este, con los territorios reconocidos por Schweinfurth y Junker, el país de los niam-niam, aquellos hombres con cola que, a decir verdad, no poseían apéndice caudal alguno? ¿Acaso Henry Stanley, en las comarcas al norte del Ituri, no había encontrado pigmeos de menos de un metro de estatura, perfectamente constituidos, de piel lustrosa y fina, con grandes ojos de gacela, y cuya existencia entre el Uganda y la Cabinda había constatado el misionero inglés Albert Lloyd, más de diez mil, cobijados bajo las ramas o encaramados en los grandes árboles, aquellos bambustis, que tenían un jefe al que obedecían? ¿Acaso en los bosques de Ndugurubocha, tras abandonar Ipoto, no había atravesado cinco aldeas, abandonadas la víspera por su población liliputiense? ¿Acaso no se había encontrado en presencia de aquellos uambutis, batinas, akkas, bazungus, cuya estatura no sobrepasaba el metro treinta, reducida incluso, para algunos de ellos, a noventa y dos centímetros, y de un peso inferior a cuarenta kilogramos? Y, sin embargo, aquellas tribus no dejaban de ser

inteligentes, industriosas, guerreras, temibles, con sus pequeñas armas, tanto para los animales como para los hombres, y muy temidas por las tribus agrícolas de las regiones del alto Nilo.

Así pues, arrastrado por su imaginación, por su apetito de cosas extraordinarias, Max Huber se obstinaba en creer que la selva del Ubangui debía de albergar tipos extraños cuya existencia los etnógrafos ni sospechaban... ¿Por qué no humanos que no tuviesen más que un ojo, como los Cíclopes de la Fábula, o cuya nariz, alargada en forma de trompa, permitiese clasificarlos, si no en el orden de los paquidermos, al menos en la familia de los proboscídeos?

Max Huber, bajo la influencia de aquellas ensoñaciones científico-fantásticas, olvidaba un tanto su papel de centinela. El enemigo habría podido acercarse sin ser señalado a tiempo para que Khamis y John Cort pudieran ponerse en estado de defensa...

Una mano se posó sobre su hombro.

—¡Eh!... ¿qué? —hizo, sobresaltándose.

—Soy yo —le dijo su compañero—, y no me tome por un salvaje del Ubangui. ¿Nada sospechoso?

—Nada...

—Es la hora en que, según lo convenido, usted debería ir a descansar, querido Max...

—Sea, pero me sorprendería mucho que los sueños que voy a tener durmiendo valgan los que he tenido sin dormir.

La primera parte de aquella noche no había sido perturbada, y el resto no lo fue tampoco, cuando John Cort relevó a Max Huber y cuando Khamis relevó a John Cort de su guardia.

CAPÍTULO VI — DESPUÉS DE UNA LARGA ETAPA

Al día siguiente, 11 de marzo, perfectamente repuestos de las fatigas de la víspera, John Cort, Max Huber, Khamis y Llanga se dispusieron a afrontar las de aquella segunda jornada de marcha.

Abandonando el cobijo del algodonero, dieron la vuelta al claro, saludados por miríadas de pájaros que llenaban el espacio con trinos ensordecedores y calderones capaces de dar envidia a las Patti y demás virtuosas de la música italiana.

Antes de ponerse en camino, la prudencia mandaba hacer una primera comida. Se compuso únicamente de la carne fría de antílope, del agua de un arroyo que serpenteaba a la izquierda y con la que se rellenó la cantimplora del foreloper.

La etapa se inició a la derecha, bajo la fronda que ya perforaban los primeros rayos del sol, cuya posición fue cuidadosamente calculada.

Era evidente que aquel sector de la selva debía de estar frecuentado por poderosos cuadrúpedos. Las trochas se multiplicaban en todos los sentidos. Y, en efecto, a lo largo de la mañana se avistaron varios búfalos e incluso dos rinocerontes que se mantenían a distancia. Como no parecían de humor pendenciero, no hubo necesidad de gastar cartuchos en rechazar un ataque.

La pequeña tropa no se detuvo hasta hacia mediodía, habiendo cubierto una buena docena de kilómetros.

En aquel lugar, John Cort pudo abatir un par de avutardas de la especie de los korhaan, que viven en los bosques, volátiles de plumaje de un negro azabache bajo el vientre. Su carne, muy apreciada por los indígenas, inspiró esta vez la misma estima a un americano y a un francés en la comida del mediodía.

—Pido —había dicho, no obstante, Max Huber— que se sustituya la brasa por el asado...

—Nada más fácil —se había apresurado a responder el foreloper.

Y una de las avutardas, desplumada, destripada, ensartada en una varilla, asada en su punto ante una llama viva y chisporroteante, fue devorada a dos carrillos.

Khamis y sus compañeros se pusieron de nuevo en marcha en condiciones más penosas que la víspera.

Al descender hacia el suroeste, las trochas se presentaban con menos frecuencia. Había que abrirse camino entre la maleza, tan tupida como las lianas cuyos cordones hubo que cortar a cuchillo. La lluvia se puso a caer durante varias horas, una lluvia bastante copiosa. Pero tal era la espesura de la fronda que apenas si el suelo recibía algunas gotas. No obstante, en medio de un claro, Khamis pudo rellenar la cantimplora, ya casi vacía, y hubo motivos para felicitarse. En vano había buscado el foreloper algún hilo de agua bajo las hierbas. De ahí, probablemente, la escasez de animales y de senderos practicables.

—Eso no anuncia precisamente la proximidad de un curso de agua —declaró John Cort, cuando se instalaron para el alto vespertino.

De donde se imponía esta consecuencia: que el río que corría cerca del altozano de los tamarindos no hacía sino bordear la selva.

No obstante, la dirección tomada hasta entonces no debería ser modificada, con tanta más razón cuanto que desembocaría en la cuenca del Ubangui.

—Además —observó Khamis—, a falta del curso de agua que avistamos anteayer desde el campamento, ¿no puede encontrarse

otro en esta dirección?

La noche del 11 al 12 de marzo no transcurrió entre las raíces de un algodónero. Fue al pie de un árbol no menos gigantesco, un bombax, cuyo tronco simétrico se elevaba de un solo impulso a una altura de unos treinta metros por encima de la tupida alfombra del suelo.

Establecida la vigilancia como de costumbre, el sueño no iba a ser turbado más que por algunos lejanos mugidos de búfalos y rinocerontes. No era de temer que el rugido del león se mezclase con aquel concierto nocturno. Estas fieras temibles no suelen habitar las selvas del África central. Son huéspedes de las regiones más elevadas en latitud, ya más allá del Congo hacia el sur, ya en el límite del Sudán hacia el norte, en las cercanías del Sahara. Los espesos matorrales no convienen al carácter caprichoso, al porte independiente del rey de los animales, rey de autoridad y no rey constitucional. Necesita espacios más amplios, llanuras inundadas de sol donde poder saltar con entera libertad.

Si los rugidos no se dejaron oír, lo mismo ocurrió con los gruñidos del hipopótamo, lo cual era de lamentar, conviene señalar, pues la presencia de estos mamíferos anfibios habría indicado la proximidad de un curso de agua.

Al día siguiente, partida al alba con tiempo sombrío, y disparo de carabina de Max Huber, que abatió un antílope del tamaño de un asno, o más exactamente de una cebra, tipo situado entre el asno y el caballo. Era un órix, de pelaje vinoso, con algunas rayas regulares. El órix está recorrido por una banda negra desde la nuca hasta la grupa, adornado de manchas negras en las patas, de pelo blanquecino, provisto de una cola negra que barre ampliamente el suelo, y de un mechón de pelaje negro en la garganta. Bello animal, de cuernos de un metro de largo, guarnecidos de una treintena de anillos en su base, curvándose con elegancia y presentando una simetría de forma de la que la naturaleza da pocos ejemplos.

En el órix, la cornamenta es un arma defensiva que, en las comarcas del norte y del sur de África, le permite resistir incluso el ataque del león. Pero aquel día, el animal al que apuntó el cazador no pudo escapar a la bala que le fue limpiamente enviada y, con el corazón atravesado, cayó al primer disparo.

Era la alimentación asegurada para varios días. Khamis se ocupó de despiezar el órix, trabajo que llevó una hora. Después, repartiéndose aquella carga, de la que Llanga reclamó su parte, comenzaron una nueva etapa.

—¡Vaya! —dijo John Cort—. Por aquí se consigue carne a buen precio, puesto que no cuesta más que un cartucho...

—A condición de ser diestro... —replicó el foreloper.

—Y sobre todo afortunado —añadió Max Huber, más modesto de lo que suelen serlo sus colegas en la alta montería.

Pero hasta entonces, si Khamis y sus compañeros habían podido ahorrar su pólvora y economizar su plomo, si solo los habían empleado en matar piezas de caza, la jornada no debía terminar sin que las carabinas tuvieran que servir para la defensa.

Durante un buen kilómetro, el foreloper creyó incluso que tendría que rechazar el ataque de una banda de simios. Aquella banda se agitaba a derecha e izquierda de una larga trocha, unos saltando entre las ramas de árbol en árbol, otros brincando y franqueando los matorrales con brincos prodigiosos que habrían dado envidia a los más ágiles gimnastas.

Allí se mostraban varias especies de cuadrumanos de elevada estatura: cinocéfalos de tres colores, amarillos como árabes, rojos como indios del Lejano Oeste, negros como indígenas de Cafrería, y que resultan temibles para ciertas fieras. Allí hacían muecas diversos tipos de colobos, los verdaderos dandis, los petimetres más elegantes de la raza simiesca, sin cesar ocupados en cepillar y alisar con la mano aquella esclavina blanca que les ha valido el nombre de colobos con capuchón.

Sin embargo, aquella escolta, que se había congregado después del almuerzo, desapareció hacia las dos, cuando Max Huber, John Cort, Khamis y Llanga recorrían un sendero bastante ancho que se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista.

Si tenían motivos para felicitarse por las ventajas de aquella ruta fácilmente practicable, tuvieron que lamentar el encuentro con los animales que la frecuentaban.

Eran dos rinocerontes, cuyo prolongado resoplido retumbó poco antes de las cuatro a corta distancia. Khamis no se equivocó y ordenó a sus compañeros detenerse.

—Malas bestias, los rinocerontes... —dijo, echándose al hombro la carabina que llevaba en bandolera.

—Muy malas —replicó Max Huber—, y, sin embargo, no son más que herbívoros...

—¡Que tienen la vida muy dura! —añadió Khamis.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó John Cort.

—Intentar pasar sin ser vistos —aconsejó Khamis—, o al menos ocultarnos al paso de esas bestias dañinas... Quizá no nos perciban... No obstante, estemos listos para disparar si nos descubren, ¡porque cargarán contra nosotros!

Las carabinas fueron revisadas, los cartuchos dispuestos para ser reemplazados con rapidez. Después, lanzándose fuera del sendero, los cuatro desaparecieron tras los espesos matorrales que lo bordeaban a la derecha.

Cinco minutos después, habiéndose acrecentado los mugidos, aparecieron los monstruosos paquidermos, de la especie keitloa, casi desprovistos de pelo. Iban a buen trote, la cabeza alta, la cola enroscada sobre la grupa.

Eran animales de casi cuatro metros de largo, orejas erguidas, patas cortas y torcidas, hocico truncado armado de un solo cuerno, capaz de golpes formidables. Y tal es la dureza de sus mandíbulas

que trituran impunemente cactus de rudas espinas como los asnos comen cardos.

La pareja se detuvo bruscamente. Khamis y los demás no dudaban de que habían sido olfateados.

Uno de los rinocerontes —un monstruo de piel rugosa y seca— se acercó a los matorrales.

Max Huber le apuntó.

—No le tire a la grupa... a la cabeza... —le gritó el foreloper.

Una detonación, luego dos, luego tres, resonaron. Las balas apenas penetraban aquellas gruesas corazas y fueron otros tantos tiros en pura pérdida.

Las detonaciones ni los intimidaron ni los detuvieron, y se dispusieron a franquear el matorral.

Era evidente que aquel amasijo de zarzas y maleza no podría oponer un obstáculo a bestias tan poderosas. En un instante, todo sería arrasado, devastado, aplastado. Tras haber escapado de los elefantes de la llanura, ¿escaparían Khamis y sus compañeros de los rinocerontes de la gran selva? Ya tuvieran los paquidermos la nariz en trompa o la nariz en cuerno, se igualaban en vigor... Y aquí no habría aquella linde de árboles que había detenido a los elefantes lanzados a toda velocidad. Si el foreloper, John Cort, Max Huber y Llanga intentaban huir, serían perseguidos, serían alcanzados. Las redes de lianas retrasarían su carrera, mientras que los rinocerontes pasarían como una avalancha.

Sin embargo, entre los árboles de aquel matorral, un baobab enorme podía ofrecer un refugio si se lograba trepar hasta sus primeras ramas. Sería repetir la maniobra ejecutada en el altozano de los tamarindos, cuyo desenlace había sido funesto, por cierto. ¿Y había razones para creer que tendría más éxito?

Quizá, pues el baobab era de talla y grosor suficientes para resistir los embates de los rinocerontes.

Cierto es que su horcadura no se abría sino a unos quince metros por encima del suelo, y el tronco, abombado en forma de calabaza, no presentaba ningún saliente al que la mano pudiese agarrarse ni el pie encontrar un punto de apoyo.

El foreloper había comprendido que era inútil intentar alcanzar aquella horcadura. Así pues, Max Huber y John Cort esperaban a que tomase una decisión.

En ese momento, la maraña de matorrales al borde del sendero se agitó, y apareció una enorme cabeza.

Un cuarto disparo de carabina estalló.

John Cort no tuvo más suerte que Max Huber. La bala, penetrando en la juntura del hombro, no provocó más que un aullido más terrible del animal, cuya irritación creció con el dolor. No retrocedió, al contrario, y de un impulso prodigioso se precipitó contra el matorral, mientras el otro rinoceronte, apenas rozado por una bala de Khamis, se disponía a seguirlo.

Ni Max Huber, ni John Cort, ni el foreloper tuvieron tiempo de recargar sus armas. Huir en direcciones diversas, escapar bajo el macizo: era demasiado tarde. El instinto de conservación los empujó a los tres, con Llanga, a refugiarse detrás del tronco del baobab, que no medía menos de seis metros de perímetro en la base.

Pero cuando el primer animal bordeara el árbol, cuando el segundo se le uniera, ¿cómo evitar su doble ataque?

—¡Diablos! —exclamó Max Huber.

—¡Dios más bien! —exclamó John Cort.

Y ciertamente había que renunciar a toda esperanza de salvación si la Providencia no intervenía.

Bajo un choque de espantosa violencia, el baobab tembló hasta en sus raíces, como si fuera a ser arrancado del suelo.

El rinoceronte, arrastrado por su formidable impulso, acababa de ser detenido en seco. En un punto donde la corteza del baobab se

entreabría, su cuerno, entrado como la cuña de un leñador, se había hundido un pie. En vano hizo los más violentos esfuerzos para retirarlo. Ni siquiera apuntalándose sobre sus cortas patas lo consiguió.

El otro, que destrozaba el matorral furiosamente, se detuvo, y lo que era su furia la de ambos resulta difícil de imaginar.

Khamis, deslizándose entonces alrededor del árbol, tras haber reptado a ras de las raíces, trató de ver lo que ocurría.

—¡A correr... a correr! —gritó casi al instante.

Se le comprendió más que se le oyó.

Sin pedir explicación, Max Huber y John Cort, arrastrando a Llanga, se escabulleron entre las altas hierbas. Para su extrema sorpresa, no eran perseguidos por los rinocerontes, y no fue hasta después de cinco minutos de carrera jadeante cuando, a una señal del foreloper, hicieron alto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó John Cort, en cuanto hubo recobrado el aliento.

—El rinoceronte no ha podido retirar su cuerno del tronco del árbol... —dijo Khamis.

—¡Caramba! —exclamó Max Huber—. Es el Milón de Crotona de los rinocerontes...

—¡Y acabará como ese héroe de los juegos olímpicos! —añadió John Cort.

Khamis, sin importarle lo más mínimo quién fuese aquel célebre atleta de la Antigüedad, se limitó a murmurar:

—En fin... sanos y salvos... ¡pero a costa de cuatro o cinco cartuchos quemados en balde!

—Es tanto más lamentable cuanto que esa bestia... se come, si estoy bien informado —dijo Max Huber.

—En efecto —afirmó Khamis—, aunque su carne tiene un fuerte sabor a almizcle... Dejemos al animal donde está...

—¡Descornándose a sus anchas! —remató Max Huber.

No habría sido prudente regresar al baobab. Los mugidos de los dos rinocerontes seguían resonando bajo la arboleda. Tras un rodeo que los devolvió al sendero, los cuatro reanudaron la marcha. Hacia las seis, el alto fue organizado al pie de un enorme peñasco.

El día que siguió no trajo incidente alguno. Las dificultades del camino no se acrecentaron, y una treintena de kilómetros fueron cubiertos en dirección suroeste. En cuanto al curso de agua tan impacientemente reclamado por Max Huber, tan categóricamente anunciado por Khamis, no aparecía.

Aquella noche, terminada una cena cuyo menú poco variado proporcionó un antílope llamado antílope de los matorrales, se entregaron al descanso. Por desgracia, aquella decena de horas de sueño fue perturbada por el vuelo de millares de murciélagos de pequeño y gran tamaño, de los que el campamento no se vio libre hasta el amanecer.

—¡Demasiadas harpías, muchas demasiadas! —exclamó Max Huber cuando se puso de nuevo en pie, todavía bostezando, después de una noche tan mala.

—No hay que quejarse... —dijo el foreloper.

—¿Y por qué?

—Porque más vale vérselas con murciélagos que con mosquitos, y estos nos han respetado hasta ahora.

—Lo mejor, Khamis, sería evitar unos y otros...

—Los mosquitos... no los evitaremos, señor Max...

—¿Y cuándo debemos ser devorados por esos abominables insectos?

—A medida que nos acerquemos a un río...

—¡Un río! —exclamó Max Huber—. ¡Pero después de haber creído en el río, Khamis, ya no me es posible creer en él!

—Se equivoca, señor Max, ¡y quizá no esté muy lejos!

El foreloper, en efecto, ya había observado algunas modificaciones en la naturaleza del suelo, y, desde las tres de la tarde, su observación tendió a confirmarse. Aquel sector de la selva se volvía sensiblemente pantanoso.

Aquí y allá se abrían charcas erizadas de hierbas acuáticas. Se pudieron incluso abatir unos gaugas, especie de patos salvajes cuya presencia indicaba la proximidad de un curso de agua. Igualmente, a medida que el sol declinaba en el horizonte, el croar de las ranas se dejaba oír.

—O mucho me equivoco... o el país de los mosquitos no anda lejos... —dijo el foreloper.

Durante el resto de la etapa, la marcha se efectuó por un terreno difícil, embarazado por aquellas innumerables fanerógamas cuyo desarrollo favorece un clima húmedo y cálido. Los árboles, más espaciados, estaban menos enlazados por las lianas.

Max Huber y John Cort no podían dejar de advertir los cambios que presentaba aquella parte de la selva al extenderse hacia el suroeste.

Pero, a pesar de los pronósticos de Khamis, la mirada, en aquella dirección, no captaba aún ningún destello de agua corriente.

No obstante, al mismo tiempo que se acentuaba la pendiente del suelo, los barrizales se hacían más numerosos. Se requería una atención extrema para no hundirse en ellos. Y además, al salir de ellos, no sería sin picaduras.

Millares de sanguijuelas pululaban en los hoyos y, en su superficie, corrían miriápodos gigantescos, repugnantes articulados de color negruzco y patas rojas, bien hechos para provocar un asco insuperable.

En cambio, qué regalo para la vista aquellas innumerables mariposas de tonos tornasolados, aquellas graciosas libélulas de las que tantas ardillas, civetas, bengalíes, viudas, jinetas y martines pescadores, que se mostraban al borde de las charcas, debían hacer un consumo prodigioso.

El foreloper observó además que no solo las avispas, sino también las moscas tsé-tsé abundaban en los arbustos. Afortunadamente, si hay que precaverse del aguijón de las primeras, no hay que preocuparse por la mordedura de las segundas. Su veneno no es mortal más que para los caballos, los camellos y los perros, no para el hombre, como tampoco para las bestias salvajes.

La pequeña tropa descendió así hacia el suroeste hasta las seis y media de la tarde, etapa a la vez larga y fatigosa. Ya Khamis se ocupaba de elegir un buen emplazamiento de alto para la noche cuando Max Huber y John Cort fueron distraídos por los gritos de Llanga.

Según su costumbre, el muchacho se había adelantado, husmeando a un lado y a otro, cuando se le oyó llamar a voz en grito. ¿Estaba enfrentándose a alguna fiera?

John Cort y Max Huber corrieron en su dirección, listos para hacer fuego... Pronto se tranquilizaron.

Subido a un enorme tronco caído, tendiendo la mano hacia un amplio claro, Llanga repetía con su voz aguda:

—¡El río... el río!

Khamis acababa de reunirse con ellos, y John Cort se limitó a decirle:

—El curso de agua solicitado.

A medio kilómetro, sobre un ancho espacio desbrozado, serpenteaba un límpido río en el que se reflejaban los últimos rayos del sol.

—Es ahí donde debemos acampar, en mi opinión... —propuso John Cort.

—Sí... ahí... —aprobó el foreloper—, y estén seguros de que este río nos conducirá hasta el Ubangui.

En efecto, no sería difícil construir una balsa y abandonarse a la corriente de aquel río.

Hubo, antes de alcanzar su orilla, que atravesar un terreno muy pantanoso.

Siendo el crepúsculo de muy corta duración en aquellas comarcas ecuatoriales, la oscuridad era ya profunda cuando el foreloper y sus compañeros se detuvieron en una ribera bastante elevada.

En aquel lugar, los árboles eran escasos y presentaban masas más espesas aguas arriba y aguas abajo.

En cuanto a la anchura del río, John Cort creyó poder evaluarla en unos cuarenta metros. No se trataba, pues, de un simple arroyo, sino de un afluente de cierta importancia cuya corriente no parecía muy rápida.

Esperar al día siguiente para hacerse cargo de la situación era lo que aconsejaba la razón. Siendo lo más urgente encontrar un cobijo seco donde pasar la noche, Khamis descubrió oportunamente una anfractuosidad rocosa, especie de gruta excavada en la caliza de la ribera, que bastaría para albergarlos a los cuatro.

Se decidió, para empezar, cenar con los restos de la carne asada. De este modo, no sería necesario encender un fuego cuyo resplandor habría podido atraer a los animales. Cocodrilos e hipopótamos abundan en los cursos de agua de África. Si frecuentaban aquel río —lo cual era probable—, más valía no tener que defenderse de un ataque nocturno.

Cierto es que una hoguera mantenida a la entrada de la gruta, bien humeante, habría disipado la nube de mosquitos que pululaban al pie de la ribera. Pero, entre dos inconvenientes, más valía elegir el

menor y desafiar el aguijón de los mosquitos y demás insectos molestos antes que las enormes mandíbulas de los caimanes.

Durante las primeras horas, John Cort se mantuvo de guardia en el orificio de la anfractuosidad, mientras sus compañeros dormían a pierna suelta pese al zumbido de los mosquitos.

Durante su guardia, si no vio nada sospechoso, al menos en varias ocasiones creyó oír una palabra que parecía articulada por labios humanos en un tono quejumbroso...

Y esa palabra era «ngora», que significa «madre» en lengua indígena.

CAPÍTULO VII — LA JAULA VACÍA

¿Cómo no felicitarse de que el foreloper hubiese descubierto tan oportunamente una gruta, debida a una disposición natural de la ribera? En el suelo, una arena fina, muy seca. Ni rastro de humedad, ni en las paredes laterales ni en la superior. Gracias a aquel cobijo, sus ocupantes no habían tenido que sufrir una lluvia intensa que no cesó de caer hasta medianoche. Refugio asegurado, pues, en dicho lugar durante todo el tiempo que exigiese la construcción de una balsa.

Por lo demás, soplaba un viento bastante vivo del norte. El cielo se había despejado con los primeros rayos del sol. Se anunciaba una jornada calurosa. Quizá Khamis y sus compañeros acabaran por echar de menos la sombra de los árboles bajo los que habían caminado durante cinco días.

John Cort y Max Huber no ocultaron su buen humor. Aquel río iba a transportarlos sin fatiga, a lo largo de unos cuatrocientos kilómetros, hasta su desembocadura en el Ubangui, del que debía de ser tributario. Así se cubrirían las tres cuartas partes restantes del trayecto en condiciones más favorables.

Este cálculo fue establecido con suficiente exactitud por John Cort, a partir de las observaciones que le proporcionó el foreloper.

Dirigieron entonces la mirada a derecha e izquierda, es decir, al norte y al sur.

Aguas arriba, el curso de agua, que se extendía casi en línea recta, desaparecía, a un kilómetro, bajo la maraña de árboles.

Aguas abajo, la vegetación se apretaba a una distancia más próxima de quinientos metros, donde el río formaba un recodo brusco hacia el sureste. A partir de aquel recodo, la selva recobraba su espesor normal.

A decir verdad, era un amplio claro pantanoso lo que ocupaba aquella porción de la orilla derecha. En la ribera opuesta, los árboles se apiñaban en filas cerradas. Una arboleda muy densa se escalonaba sobre la superficie de un terreno bastante accidentado, y sus copas, iluminadas por el sol naciente, se recortaban en un horizonte lejano.

En cuanto al cauce del río, un agua transparente, de corriente tranquila, lo colmaba a rebosar, arrastrando viejos troncos, manojos de maleza, montones de hierbas arrancadas a las dos riberas, roídas por la corriente.

Lo primero que acudió a la memoria de John Cort fue que había oído la palabra «ngora» pronunciada en las proximidades de la gruta durante la noche. Buscó, pues, ver si alguna criatura humana rondaba por los alrededores.

Que los nómadas se aventuraran a veces a descender aquel río para alcanzar el Ubangui era cosa admisible, sin que de ello se dedujera que el inmenso espacio de la selva, que se extendía hacia el este hasta las fuentes del Nilo, estuviese frecuentado por tribus errantes o habitado por tribus sedentarias.

John Cort no divisó ningún ser humano en las inmediaciones del pantano ni en las orillas del curso de agua.

«He sido víctima de una ilusión —pensó—. Es posible que me haya dormido un instante, y fue en un sueño cuando creí oír esa palabra.»

Así que no dijo nada del incidente a sus compañeros.

—Querido Max —preguntó entonces—, ¿le ha presentado ya a nuestro buen Khamis todas sus excusas por haber dudado de la existencia de este río, de la que él nunca dudó?

—Ha tenido razón frente a mí, John, y me alegro de haberme equivocado, ya que la corriente va a transportarnos sin fatiga hasta las orillas del Ubangui...

—Sin fatiga... no lo afirmaré yo —replicó el foreloper—. Quizá haya cascadas... rápidos...

—Veamos solo el lado bueno de las cosas —declaró John Cort—. Buscábamos un río, aquí está... Pensábamos en construir una balsa, construyámosla...

—Esta misma mañana voy a poner manos a la obra —dijo Khamis—, y, si quiere usted ayudarme, señor John...

—Por supuesto, Khamis. Mientras trabajamos, Max tendrá a bien ocuparse de nuestro avituallamiento...

—Es tanto más urgente —insistió Max Huber— cuanto que no queda nada de comer... Ese glotón de Llanga lo devoró todo anoche...

—¡Yo... mi amigo Max! —se defendió Llanga, que, tomándoselo en serio, pareció dolido por el reproche.

—¡Eh, bribón, bien ves que estoy bromeando! Vamos, ven conmigo... Seguiremos la ribera hasta el recodo del río. Con el pantano a un lado y el agua corriente al otro, la caza acuática no faltará ni a derecha ni a izquierda, y, quién sabe, quizá algún buen pez para variar el menú...

—Desconfíe de los cocodrilos... y también de los hipopótamos, señor Max —aconsejó el foreloper.

—¡Vamos, Khamis, un pernil de hipopótamo asado en su punto no es desdeñable, me parece! ¿Cómo un animal de carácter tan apacible..., un cerdo de agua dulce al fin y al cabo..., no iba a tener una carne sabrosa?

—De carácter apacible, es posible, señor Max, pero, cuando se le irrita, isu furia es terrible!

—Pero no se le pueden cortar unos cuantos kilogramos de sí mismo sin exponerse a enfadarlo un poco...

—En fin —añadió John Cort—, si advierte usted el menor peligro, vuelva lo antes posible. Sea prudente...

—Y usted, tranquilo, John. Vamos, Llanga...

—Ve, muchacho —dijo John Cort—, iy no olvides que te confiamos a tu amigo Max!

Tras semejante recomendación, se podía tener por seguro que nada desagradable le ocurriría a Max Huber, puesto que Llanga velaría por su persona.

Max Huber tomó su carabina y revisó la cartuchera.

—Economice sus municiones, señor Max... —dijo el foreloper.

—Lo más posible, Khamis. Pero es verdaderamente lamentable que la naturaleza no haya creado el «cartuchero» como ha creado el árbol del pan y el árbol de la manteca de las selvas africanas. Al pasar, uno cogería sus cartuchos como se cogen higos o dátiles.

Con esta observación de una exactitud indiscutible, Max Huber y Llanga se alejaron siguiendo una especie de sendero por debajo de la ribera, y pronto se perdieron de vista.

John Cort y Khamis se ocuparon entonces de buscar maderas apropiadas para la construcción de una balsa. Si no podía ser más que un aparejo muy rudimentario, aún así era preciso reunir los materiales.

El foreloper y su compañero no poseían más que una hachuela y sus navajas de bolsillo. Con semejantes herramientas, ¿cómo atacar a los gigantes de la selva o siquiera a sus congéneres de talla más reducida? Así pues, Khamis contaba con emplear las ramas caídas, que uniría con lianas y sobre las que se dispondría una especie de suelo cubierto de tierra y hierbas. Con unos cuatro metros de largo

por dos y medio de ancho, aquella balsa bastaría para el transporte de tres hombres y un niño, que, por lo demás, desembarcarían a las horas de las comidas y de los altos nocturnos.

De esas maderas, cuya caída habían provocado la vejez, el viento o algún rayo, había cantidad en el pantano donde ciertos árboles de esencia resinosa se mantenían aún en pie. La víspera, Khamis se había propuesto recoger en aquel lugar las diversas piezas necesarias para la construcción de la balsa. Comunicó a John Cort su intención y este se declaró dispuesto a acompañarlo.

Tras una última ojeada al río, aguas arriba y aguas abajo, pareciendo todo tranquilo en las inmediaciones del pantano, John Cort y Khamis se pusieron en camino.

No tuvieron que dar más de un centenar de pasos para encontrar un montón de piezas flotables. La dificultad más seria sería, sin duda, arrastrarlas hasta el pie de la ribera. En caso de que fuesen demasiado pesadas para dos personas, no lo intentarían hasta el regreso de los cazadores.

Mientras tanto, todo hacía creer que Max Huber hacía buena caza. Acababa de resonar una detonación, y la puntería del francés permitía afirmar que aquel disparo no debía de haberse perdido. Con toda seguridad, disponiendo de municiones en cantidad suficiente, la alimentación de la pequeña tropa habría estado asegurada durante aquellos cuatrocientos kilómetros que la separaban del Ubangui e incluso para un trayecto más largo.

Ahora bien, Khamis y John Cort estaban ocupados eligiendo las mejores maderas cuando su atención fue atraída por unos gritos procedentes de la dirección que había tomado Max Huber.

—Es la voz de Max... —dijo John Cort.

—Sí —respondió Khamis—, y también la de Llanga.

En efecto, un falsete agudo se mezclaba con una voz varonil.

—¿Estarán en peligro? —preguntó John Cort.

Ambos atravesaron de nuevo el pantano y alcanzaron la ligera elevación bajo la cual se abría la gruta. Desde aquel punto, dirigiendo la vista aguas abajo, avistaron a Max Huber y al pequeño indígena detenidos en la ribera. Ni seres humanos ni animales en los alrededores. Por lo demás, sus gestos no eran sino una invitación a reunirse con ellos y no manifestaban inquietud alguna.

Khamis y John Cort, tras haber bajado, recorrieron rápidamente trescientos o cuatrocientos metros, y, una vez reunidos, Max Huber se limitó a decir:

—Quizá no necesite tomarse la molestia de construir una balsa, Khamis...

—¿Y por qué? —preguntó el foreloper.

—Porque aquí hay una ya hecha... en mal estado, es verdad, pero las piezas son buenas.

Y Max Huber señalaba, en un entrante de la orilla, una especie de plataforma, un ensamblaje de maderos y tablones, retenido por una cuerda medio podrida cuyo extremo se enrollaba en una estaca de la ribera.

—¡Una balsa! —exclamó John Cort.

—¡Es sin duda una balsa! —constató Khamis.

En efecto, sobre el destino de aquellos maderos y tablones, ninguna duda era admisible.

—¿Habrán descendido ya indígenas por el río hasta este lugar? —observó Khamis.

—Indígenas o exploradores —respondió John Cort—. Y, sin embargo, si esta parte de la selva del Ubangui hubiese sido visitada, se habría sabido en el Congo o en el Camerún.

—En total —declaró Max Huber—, poco importa; la cuestión es saber si esta balsa, o lo que queda de ella, puede servirnos...

—Sin duda.

Y el foreloper iba a deslizarse hasta el nivel de la ensenada cuando un grito de Llanga lo detuvo.

El niño, que se había alejado unos cincuenta pasos aguas abajo, acudía corriendo, agitando un objeto que sostenía en la mano.

Un instante después entregaba a John Cort dicho objeto. Era un candado de hierro, roído por el óxido, desprovisto de su llave, y cuyo mecanismo, por lo demás, habría sido incapaz de funcionar.

—Decididamente —dijo Max Huber—, no se trata de nómadas congoleños ni de otros a quienes los misterios de la cerrajería moderna sean desconocidos. Son blancos a los que esta balsa ha transportado hasta este recodo del río...

—¡Y que, habiéndose alejado de ella, no regresaron jamás! —añadió John Cort.

Justa consecuencia que extraer del incidente. El estado de oxidación del candado, el deterioro de la balsa, demostraban que habían transcurrido varios años desde que el uno se había perdido y la otra había sido abandonada al borde de aquella ensenada.

Dos deducciones se desprendían, pues, de este doble hecho, lógico e indiscutible. Así, cuando fueron presentadas por John Cort, Max Huber y Khamis no vacilaron en aceptarlas:

Primera: unos exploradores o viajeros no indígenas habían alcanzado aquel claro tras embarcarse más arriba o más abajo de la linde de la gran selva.

Segunda: dichos exploradores o viajeros, por una razón u otra, habían dejado allí su balsa para ir a reconocer aquella porción de la selva situada en la orilla derecha.

En todo caso, ninguno de ellos había reaparecido jamás. Ni John Cort ni Max Huber recordaban que se hubiese hablado, desde que vivían en el Congo, de una exploración de este tipo.

Si aquello no era lo extraordinario, era cuando menos lo inesperado, y Max Huber tendría que renunciar al honor de haber

sido el primer visitante de la gran selva, considerada erróneamente como impenetrable.

Sin embargo, muy indiferente a esta cuestión de prioridad, Khamis examinaba con atención los maderos y los tablones de la balsa. Los primeros se encontraban en bastante buen estado; los segundos habían sufrido más con las inclemencias, y tres o cuatro habría que reemplazarlos. Pero, en fin, construir de punta a cabo un aparejo nuevo resultaba ya innecesario. Unas cuantas reparaciones bastarían. El foreloper y sus compañeros, no menos satisfechos que sorprendidos, poseían el vehículo flotante que les permitiría alcanzar la confluencia del río.

Mientras Khamis se ocupaba de esta tarea, los dos amigos intercambiaban sus ideas a propósito de aquel incidente.

—No hay duda —repetía John Cort—: unos blancos han reconocido ya la parte superior de este curso de agua, unos blancos, eso es indudable... Que esta balsa, hecha de piezas toscas, pudiera ser obra de indígenas, ¡de acuerdo! Pero está el candado...

—El candado revelador... sin contar otros objetos que quizá recojamos... —observó Max Huber.

—¿Más aún, Max?

—¡Vamos, querido John! Es posible que encontremos los vestigios de un campamento, del que no hay rastro en este lugar, pues no hay que considerar como tal la gruta donde hemos pasado la noche. No parece haber servido ya de lugar de alto, y no dudo de que hayamos sido los primeros en buscar refugio en ella hasta ahora...

—Es evidente, querido Max. Vayamos hasta el recodo del río...

—Tanto más indicado cuanto que ahí termina el claro, John, y no me sorprendería que un poco más allá...

—¿Khamis? —llamó John Cort.

El foreloper se reunió con los dos amigos.

—Y bien, ¿esa balsa? —preguntó John Cort.

—La repararemos sin demasiado esfuerzo... Voy a traer las maderas necesarias.

—Antes de ponernos a la tarea —propuso Max Huber—, bajemos a lo largo de la orilla. ¡Quién sabe si no recogeremos algunos utensilios con una marca de fábrica que indique su procedencia! Vendría de perlas para completar nuestra batería de cocina, harto insuficiente... Una cantimplora y ni siquiera una taza ni un cazo...

—¿No pretenderá usted, querido Max, descubrir una despensa con la mesa puesta para huéspedes de paso?

—No pretendo nada, querido John, pero estamos ante un hecho inexplicable... Tratemos de encontrarle una explicación plausible.

—Sea, Max. ¿No hay inconveniente, Khamis, en alejarse un kilómetro?

—A condición de no pasar del recodo —respondió el foreloper—. Puesto que tenemos la posibilidad de navegar, ahorrémonos las marchas inútiles...

—Entendido, Khamis —replicó John Cort—. Y, mientras la corriente arrastre nuestra balsa, tendremos todo el tiempo de observar si existen rastros de campamento en una u otra orilla.

Los tres hombres y Llanga siguieron la ribera, especie de dique natural entre el pantano y el río.

Sin dejar de caminar, no cesaban de mirar a sus pies, buscando alguna huella, una pisada humana, o algún objeto que hubiese quedado en el suelo.

Pese a un minucioso examen, tanto en lo alto como al pie de la ribera, no se encontró nada. En ninguna parte se hallaron indicios de paso o de alto. Cuando Khamis y sus compañeros alcanzaron la primera fila de árboles, fueron saludados por los gritos de una banda de simios. Aquellos cuadrumanos no parecieron demasiado sorprendidos por la aparición de seres humanos. Huyeron, sin embargo. Que hubiese representantes de la grey simiesca retozando entre las ramas no era para extrañarse. Eran babuinos, mandriles,

que se asemejan físicamente a los gorilas, chimpancés y orangutanes. Como todas las especies africanas, no poseían más que un rudimento de cola, ornamento este reservado a las especies americanas y asiáticas.

—Después de todo —hizo observar John Cort—, no son ellos quienes han construido la balsa, y, por inteligentes que sean, todavía no han llegado a usar candados...

—Ni jaulas, que yo sepa... —dijo entonces Max Huber.

—¿Jaulas? —exclamó John Cort—. ¿A cuento de qué, Max, habla usted de jaulas?

—Es que me parece distinguir... entre los matorrales... a una veintena de pasos de la orilla... una especie de construcción...

—Algún termitero en forma de colmena, como los que levantan las hormigas de África... —respondió John Cort.

—No, el señor Max no se ha equivocado —afirmó Khamis—. Ahí hay... sí... se diría incluso una cabaña construida al pie de dos mimosas, cuya fachada es de enrejado...

—Jaula o cabaña —replicó Max Huber—, veamos qué hay dentro...

—Seamos prudentes —dijo el foreloper— y acerquémonos al amparo de los árboles...

—¿Qué podemos temer? —repuso Max Huber, a quien un doble sentimiento de impaciencia y curiosidad espoleaba, como de costumbre.

Por lo demás, los alrededores parecían desiertos. No se oía sino el canto de los pájaros y los gritos de los simios en fuga. Ningún rastro antiguo o reciente de un campamento aparecía en el límite del claro. Nada tampoco en la superficie del curso de agua, que arrastraba espesos manojos de hierba. Al otro lado, la misma apariencia de soledad y abandono. Los últimos cien pasos fueron rápidamente cubiertos a lo largo de la ribera, que se curvaba entonces para seguir el recodo del río. El pantano terminaba en aquel punto, y el

suelo se secaba a medida que se elevaba bajo la arboleda más densa.

La extraña construcción se mostraba entonces en tres cuartos, apoyada en las mimosas, cubierta por un tejado inclinado que desaparecía bajo una techumbre de hierbas amarillentas. No presentaba ninguna abertura lateral, y las lianas colgantes ocultaban sus paredes hasta la base.

Lo que le daba un aspecto innegable de jaula era la reja, o más bien el enrejado de su fachada, semejante al que, en las casas de fieras, separa a los animales del público.

Aquella reja tenía una puerta, una puerta abierta en aquel momento.

En cuanto a la jaula, estaba vacía.

Es lo que comprobó Max Huber, que fue el primero en precipitarse al interior.

De utensilios quedaban unos cuantos: una olla en bastante buen estado, un cazo, una taza, tres o cuatro botellas rotas, una manta de lana apolillada, jirones de tela, un hacha herrumbrosa, un estuche de gafas medio podrido en el que ya no se dejaba leer un nombre de fabricante.

En un rincón yacía una caja de latón cuya tapa, bien ajustada, debía de haber preservado su contenido, si es que contenía algo.

Max Huber la recogió, intentó abrirla, no lo consiguió. La oxidación hacía que las dos partes de la caja se adhiriesen. Hubo que pasar un cuchillo por la hendidura de la tapa, que cedió.

La caja contenía un cuaderno en buen estado de conservación, y, en la cubierta de aquel cuaderno, estaban impresas estas dos palabras que Max Huber leyó en voz alta:

Doctor JOHAUSEN

CAPÍTULO VIII — EL DOCTOR JOHAUSEN

Si John Cort, Max Huber e incluso Khamis no exclamaron al oír pronunciar aquel nombre, fue porque la estupefacción les había cortado el habla.

Aquel nombre de Johausen fue una revelación. Desvelaba una parte del misterio que envolvía la más estrafalaria de las tentativas científicas modernas, en la que lo cómico se mezclaba con lo serio, y lo trágico también, pues había que creer que había tenido un desenlace de los más deplorables.

Quizá se recuerde el experimento al que quiso entregarse el americano Garner con el fin de estudiar el lenguaje de los simios y dar a sus teorías una demostración experimental. El nombre del profesor, los artículos publicados en el *Hayser's Weekly* de Nueva York, el libro publicado y difundido en Inglaterra, Alemania, Francia y América, no podían ser olvidados por los habitantes del Congo y del Camerún, y en particular por John Cort y Max Huber.

—¡Él, por fin! —exclamó uno—. ¡Él, de quien no se tenía ya ninguna noticia!

—¡Y de quien nunca se tendrá, puesto que no está aquí para darnosla! —exclamó el otro.

Él, para el francés y el americano, era el doctor Johausen. Pero, precediendo al doctor, he aquí lo que había hecho el señor Garner. No era este yanqui quien habría podido decir lo que Jean-Jacques Rousseau dice de sí mismo al comienzo de las *Confesiones*:

«Acometo una empresa que no tuvo jamás ejemplo y que no tendrá imitadores.» El señor Garner debía tener uno.

Antes de partir hacia el continente negro, el profesor Garner ya se había puesto en contacto con el mundo de los simios, el mundo domesticado, se entiende. De sus largas y minuciosas observaciones extrajo la convicción de que aquellos cuadrumanos hablaban, de que se comprendían entre sí, de que empleaban el lenguaje articulado, de que se servían de cierta palabra para expresar la necesidad de comer, de otra para expresar la necesidad de beber. En el interior del Jardín Zoológico de Washington, el señor Garner había hecho disponer fonógrafos destinados a recoger las palabras de aquel vocabulario. Observó incluso que los simios —lo que los distingue esencialmente de los hombres— no hablaban nunca sin necesidad. Y se vio conducido a formular su opinión en estos términos:

«El conocimiento que tengo del mundo animal me ha dado la firme creencia de que todos los mamíferos poseen la facultad del lenguaje en un grado que está en relación con su experiencia y sus necesidades.»

Con anterioridad a los estudios del señor Garner, ya se sabía que los mamíferos, perros, simios y otros, tienen el aparato laringo-bucal dispuesto como el del hombre y la glotis organizada para la emisión de sonidos articulados. Pero también se sabía —pese a lo que diga la escuela de los simiólogos— que el pensamiento ha precedido a la palabra. Para hablar hay que pensar, y pensar exige la facultad de generalizar, facultad de la que los animales carecen. El loro habla, pero no entiende una palabra de lo que dice. La verdad, en fin, es que, si los animales no hablan, se debe a que la naturaleza no los ha dotado de una inteligencia suficiente, pues nada se lo impediría. En realidad, como ya se ha establecido, «para que haya lenguaje —ha dicho un sabio crítico— es preciso que haya juicio y razonamiento basados, al menos implícitamente, en un concepto abstracto y universal». No obstante, estas reglas, conformes al sentido común, el profesor Garner no quería tenerlas en cuenta.

Es obvio que su doctrina fue muy discutida. Así pues, tomó la resolución de ir a ponerse en contacto con los sujetos de los que encontraría gran número y variedad en las selvas del África tropical. Cuando hubiera aprendido el gorila y el chimpancé, regresaría a América y publicaría, junto con la gramática, el diccionario de la lengua simiesca. Habría entonces que darle la razón y rendirse a la evidencia.

¿Cumplió el señor Garner la promesa que se había hecho a sí mismo y al mundo científico? Era la cuestión, y, sin duda alguna a este respecto, el doctor Johausen no lo creía, como vamos a poder comprobar.

En el año 1892, el señor Garner dejó América con destino al Congo, llegó a Libreville el 12 de octubre y se instaló en la factoría John Holtand and Co. hasta el mes de febrero de 1894.

Fue solo entonces cuando el profesor se decidió a comenzar su campaña de estudio. Tras remontar el Ogooué en un pequeño vapor, desembarcó en Lambaréné y, el 22 de abril, alcanzó la misión católica del Fernand-Vaz.

Los Padres del Espíritu Santo lo acogieron hospitalariamente en su casa, construida a la orilla de aquel magnífico lago Fernand-Vaz. El profesor no tuvo sino que felicitarse por las atenciones del personal de la misión, que no escatimó nada para facilitarle su aventurera tarea de zoólogo.

Ahora bien, detrás del establecimiento se apretaban los primeros árboles de una vasta selva en la que abundaban los simios. No cabía imaginar circunstancias más favorables para entablar comunicación con ellos. Pero lo necesario era vivir en su intimidad y, en suma, compartir su existencia.

A este propósito, el señor Garner había mandado fabricar una jaula de hierro desmontable. Su jaula fue transportada a la selva. Si se le quiere creer, vivió en ella tres meses, la mayor parte del tiempo solo, y pudo estudiar así al cuadrumano en estado natural.

La verdad es que el prudente americano se había limitado a instalar su vivienda metálica a veinte minutos de la misión de los Padres, cerca de su fuente, en un paraje que bautizó con el nombre de Fuerte Gorila, al que se accedía por un camino sombreado. Incluso durmió allí tres noches consecutivas. Devorado por miríadas de mosquitos, no pudo aguantar más, desmontó su jaula y volvió a pedir a los Padres del Espíritu Santo una hospitalidad que le fue concedida sin retribución. Finalmente, el 18 de junio, abandonando definitivamente la misión, regresó a Inglaterra y volvió a América, trayendo como único recuerdo de su viaje dos pequeños chimpancés que se obstinaron en no conversar con él.

He ahí el resultado obtenido por el señor Garner. En resumidas cuentas, lo que parecía hartamente evidente era que el dialecto de los simios, si existía, estaba todavía por descubrir, así como las funciones respectivas que desempeñaban un papel en la formación de su lenguaje.

Ciertamente, el profesor sostenía que había sorprendido diversos signos vocales con un significado preciso, tales como: «whouw», comida; «cheny», bebida; «iegk», cuidado, y otros cuidadosamente anotados. Más tarde incluso, a raíz de experiencias realizadas en el Jardín Zoológico de Washington, y gracias al empleo del fonógrafo, afirmaba haber registrado una palabra genérica referente a todo lo que se come y a todo lo que se bebe; otra para el uso de la mano; otra para la estimación del tiempo. En resumen, según él, aquel lenguaje se componía de ocho o nueve sonidos principales, modificados por treinta o treinta y cinco modulaciones, de las cuales daba incluso la tonalidad musical, articulándose casi siempre en la sostenido. Para concluir, y según su opinión, de conformidad con la doctrina darwiniana sobre la unidad de la especie y la transmisión hereditaria de las cualidades físicas, no de los defectos, podía decirse: «Si las razas humanas son los derivados de un tronco simiesco, ¿por qué los dialectos humanos no serían los derivados de la lengua primitiva de esos antropoides?» Solo que, ¿ha tenido el hombre simios por ancestros? Eso era lo que habría que demostrar, y no está demostrado.

En suma, el pretendido lenguaje de los simios, sorprendido por el naturalista Garner, no era sino la serie de sonidos que estos mamíferos emiten para comunicarse con sus semejantes, como hacen todos los animales: perros, caballos, ovejas, gansos, golondrinas, hormigas, abejas, etc. Y, según la observación de un estudioso, esta comunicación se establece ya por gritos, ya por signos y movimientos especiales, y, si no traducen pensamientos propiamente dichos, al menos expresan impresiones vivas, emociones morales, como la alegría o el terror.

Era, pues, de toda evidencia que la cuestión no había podido ser resuelta por los estudios incompletos y poco experimentales del profesor americano. Y fue entonces cuando, dos años después de él, se le ocurrió a un doctor alemán repetir la tentativa trasladándose, esta vez, al corazón de la selva, en medio del mundo de los cuadrumanos, y no ya a veinte minutos de un establecimiento de misioneros, aunque tuviese que convertirse en presa de los mosquitos, a los que no había podido resistir la pasión simiológica del señor Garner.

Había entonces en el Camerún, en Malimba, un cierto sabio de nombre Johausen. Residía allí desde hacía algunos años. Era médico, más aficionado a la zoología y la botánica que a la medicina. Cuando fue informado del infructuoso experimento del profesor Garner, le vino la idea de retomarlo, a pesar de haber cumplido la cincuentena. John Cort había tenido ocasión de conversar con él varias veces en Libreville.

Si ya no era joven, el doctor Johausen gozaba al menos de una salud excelente. Hablaba el inglés y el francés como su lengua materna, y entendía incluso el dialecto indígena gracias al ejercicio de su profesión. Su fortuna le permitía, por lo demás, dar sus cuidados gratuitamente, pues no tenía parientes directos ni colaterales en grado sucesorio. Independiente en toda la acepción de la palabra, sin cuentas que rendir a nadie, con una confianza en sí mismo que nada habría podido quebrantar, ¿por qué no iba a hacer lo que le viniera en gana? Conviene añadir que, excéntrico y

maniático, bien parecía que hubiese lo que en Francia llaman «una grieta» en su intelecto.

El doctor tenía a su servicio a un indígena del que estaba bastante satisfecho. Cuando este conoció el proyecto de ir a vivir en la selva en medio de los simios, no vaciló en aceptar la oferta de su amo, sin saber muy bien a qué se comprometía.

De lo que se sigue que el doctor Johausen y su criado se pusieron manos a la obra. Una jaula desmontable, tipo Garner, mejor acondicionada, más confortable, encargada a Alemania, fue entregada a bordo de un paquebote que hacía escala en Malimba. Por otro lado, en aquella ciudad se encontró sin dificultad el modo de reunir provisiones, conservas y demás, así como municiones, de manera que no se necesitase avituallamiento alguno durante un largo período. En cuanto al mobiliario, muy rudimentario, ropa de cama, lencería, vestimenta, utensilios de aseo y cocina, estos objetos fueron tomados de la casa del doctor, y también un viejo organillo callejero, en la idea de que los simios no debían de ser insensibles al encanto de la música. Al mismo tiempo, hizo acuñar un cierto número de medallas de níquel, con su nombre y su retrato, destinadas a las autoridades de aquella colonia simiesca que esperaba fundar en el África central.

Para terminar, el 13 de febrero de 1896, el doctor y el indígena se embarcaron en Malimba con su material en una barca del Nbarri y remontaron su curso con el fin de ir...

¿De ir adónde? Eso es lo que el doctor Johausen no había dicho ni querido decir a nadie. Al no necesitar ser avituallado en mucho tiempo, se vería así al abrigo de toda importunidad. El indígena y él se bastarían a sí mismos. No habría motivo alguno de perturbación o distracción para los cuadrumanos de los que quería hacer su única compañía, y sabría contentarse con las delicias de su conversación, sin dudar de que sorprendería los secretos de la lengua macaca.

Lo que se supo más tarde fue que la barca, tras remontar el Nbarri durante un centenar de leguas, ancló en la aldea de Nghila;

que una veintena de negros fueron contratados como porteadores; que el material se encaminó en dirección al este. Pero, a partir de ese momento, no se volvió a saber del doctor Johausen. Los porteadores, de vuelta en Nghila, eran incapaces de indicar con precisión el lugar donde se habían despedido de él.

En resumen, transcurridos dos años, y pese a algunas búsquedas que no habían de conducir a nada, ninguna noticia del doctor alemán ni de su fiel criado.

Lo que había ocurrido, John Cort y Max Huber iban a poder reconstruirlo, al menos en parte.

El doctor Johausen había alcanzado, con su escolta, un río en el noroeste de la selva del Ubangui; luego procedió a la construcción de una balsa cuyos tablones y maderos proporcionó su material; por último, terminado este trabajo y despedida la escolta, su criado y él descendieron el curso de aquel río desconocido, se detuvieron y montaron la cabaña en el lugar donde acababa de ser encontrada, bajo los primeros árboles de la orilla derecha, al extremo del claro.

He ahí la parte de certidumbre en el asunto del profesor. ¡Pero cuántas hipótesis acerca de su situación actual!

¿Por qué estaba vacía la jaula? ¿Por qué la habían abandonado sus dos ocupantes? ¿Cuántos meses, semanas o días estuvo habitada? ¿Fue voluntariamente como se marcharon? Ninguna probabilidad a este respecto... ¿Es que habían sido raptados? ¿Por quién? ¿Por indígenas? Pero la selva del Ubangui pasaba por estar deshabitada... ¿Cabía admitir que habían huido ante el ataque de fieras? En fin, ¿vivían todavía el doctor Johausen y el indígena?

Estas diversas cuestiones fueron planteadas rápidamente entre los dos amigos. Cierto es que, a cada hipótesis, no podían dar respuestas plausibles y se perdían en las tinieblas de aquel misterio.

—Consultemos el cuaderno... —propuso John Cort.

—Estamos reducidos a eso —dijo Max Huber—. Quizá, a falta de datos explícitos, solo con las fechas, sea posible establecer...

John Cort abrió el cuaderno, cuyas páginas se adherían unas a otras por la humedad.

—No creo que este cuaderno nos revele gran cosa... —observó.

—¿Por qué?

—Porque todas las páginas están en blanco... salvo la primera...

—¿Y esa primera página, John?

—Algunos retazos de frases, algunas fechas también, que, sin duda, debían servir más adelante al doctor Johausen para redactar su diario.

Y John Cort, con bastante dificultad por cierto, logró descifrar las líneas siguientes, escritas a lápiz en alemán y que iba traduciendo sobre la marcha:

29 de julio de 1896. — Llegado con la escolta a la linde de la selva del Ubangui... Acampado en la orilla derecha de un río... Construido nuestra balsa.

3 de agosto. — Balsa terminada... Despedida la escolta hacia Nghila... Borrado todo rastro de campamento... Embarcado con mi criado.

9 de agosto. — Descendido el curso de agua durante siete días, sin obstáculos... Parada en un claro... Numerosos simios en los alrededores... Lugar que parece conveniente.

10 de agosto. — Desembarcado el material... Lugar elegido para montar la cabaña-jaula bajo los primeros árboles de la orilla derecha, al extremo del claro... Simios numerosos, chimpancés, gorilas.

13 de agosto. — Instalación completa... Tomada posesión de la cabaña... Alrededores absolutamente desiertos... Ningún rastro de seres humanos, indígenas u otros... Caza acuática muy abundante... Río con abundancia de peces... Bien resguardados en la cabaña durante una borrasca.

25 de agosto. — Veintisiete días transcurridos... Existencia organizada con regularidad... Algunos hipopótamos en la superficie del río, pero ninguna agresión por su parte... Alces y antílopes abatidos... Grandes simios venidos la noche pasada a las proximidades de la cabaña... ¿De qué especie son? Eso no ha podido determinarse aún... No han hecho demostraciones hostiles, unas veces corriendo por el suelo, otras encaramados a los árboles... Creído entrever un fuego a unos cien pasos bajo la arboleda... Hecho curioso a verificar: parece que estos simios hablan, que intercambian entre sí algunas frases... Una cría ha dicho: «¡Ngora!... ¡Ngora!... ¡Ngora!...», palabra que los indígenas emplean para designar a la madre.

Llanga escuchaba atentamente lo que leía su amigo John, y, en ese momento, exclamó:

—¡Sí... sí... ngora... ngora... madre... ngora... ngora!

Ante aquella palabra registrada por el doctor Johausen y repetida por el chiquillo, ¿cómo no iba a recordar John Cort que, la noche anterior, había llegado a sus oídos? Creyendo que se trataba de una ilusión, de un error, no había dicho nada a sus compañeros sobre aquel incidente. Pero, después de la observación del doctor, juzgó que debía ponerlos al corriente. Y cuando Max Huber exclamó:

—Decididamente, ¿es que el profesor Garner habría tenido razón? ¿Simios que hablan?

—Todo lo que puedo decir, querido Max, es que yo también oí esa palabra de «ngora» —afirmó John Cort.

Y relató en qué circunstancias aquella palabra había sido pronunciada con voz quejumbrosa durante la noche del 14 al 15, mientras él estaba de guardia.

—Vaya, vaya —dijo Max Huber—, esto no deja de ser extraordinario...

—¿No es eso lo que usted pedía, querido amigo? —replicó John Cort.

Khamis había escuchado aquel relato. Verosímilmente, lo que parecía interesar al francés y al americano lo dejaba bastante frío. Los hechos relativos al doctor Johausen los acogía con indiferencia. Lo esencial era que el doctor hubiera construido una balsa de la que ahora se dispondría, así como de los objetos que contenía su jaula abandonada. En cuanto a saber qué había sido de su criado y de él, el foreloper no comprendía que hubiese motivo para inquietarse, y menos aún que alguien pudiera tener la idea de lanzarse a través de la gran selva para descubrir sus huellas, a riesgo de ser raptado como ellos lo habían sido sin duda. Así pues, si Max Huber y John Cort proponían ir en su busca, se emplearía en disuadirlos, les recordaría que el único partido a tomar era continuar el viaje de regreso descendiendo el curso de agua hasta el Ubangui.

La razón, por lo demás, indicaba que no cabía hacer ninguna tentativa con probabilidades de éxito... ¿Hacia qué lado se habría ido uno para encontrar al doctor alemán? Si al menos hubiera existido algún indicio, quizá John Cort habría considerado un deber acudir en su auxilio, quizá Max Huber se habría considerado el instrumento de su salvación, designado por la Providencia. Pero nada, nada más que aquellas frases fragmentarias del cuaderno, cuya última entrada figuraba bajo la fecha del 25 de agosto; nada más que páginas en blanco que fueron vanamente hojeadas hasta la última.

Así que John Cort concluyó:

—Es indudable que el doctor llegó a este lugar un 9 de agosto y que sus notas se detienen el 25 del mismo mes. Si no escribió más desde esa fecha, es porque, por una razón u otra, había abandonado su cabaña, donde solo permaneció trece días...

—Y —añadió Khamis— difícilmente se puede imaginar qué ha podido ser de él.

—No importa —observó Max Huber—, yo no soy curioso...

—¡Oh! Querido amigo, lo es usted en grado sumo...

—Tiene razón, John, y por conocer la clave de este enigma...

—Partamos —se limitó a decir el foreloper.

En efecto, no había que demorarse. Poner la balsa en condiciones de abandonar el claro, descender el río: eso se imponía. Si más adelante se juzgaba conveniente organizar una expedición en beneficio del doctor Johausen, aventurarse hasta los últimos confines de la gran selva, podría hacerse en condiciones más favorables, y los dos amigos serían libres de participar.

Antes de salir de la jaula, Khamis la inspeccionó hasta el último rincón. Quizá encontrase algún objeto aprovechable. No sería un acto de indelicadeza, pues, tras dos años de ausencia, ¿cómo admitir que su propietario reapareciese algún día para reclamarlos?

La cabaña, bien construida en conjunto, ofrecía todavía un excelente cobijo. La techumbre de cinc, recubierta de paja, había resistido las inclemencias de la mala estación. La fachada delantera, la única que estaba enrejada, miraba al este, menos expuesta así a los grandes vientos. Y, probablemente, el mobiliario —ropa de cama, mesa, sillas, baúl— se habría encontrado intacto si no se lo hubiesen llevado, y, a decir verdad, aquello parecía bastante inexplicable.

Sin embargo, tras aquellos dos años de abandono, diversas reparaciones habrían sido necesarias. Los tablones de las paredes laterales empezaban a desencajarse, la base de los montantes se movía en la tierra húmeda, indicios de deterioro se manifestaban bajo los festones de lianas y verdor.

Era una tarea de la que Khamis y sus compañeros no tenían por qué encargarse. Que aquella cabaña fuese a servir algún día de refugio a algún otro aficionado a la simiología era altamente improbable. Se dejaría, pues, tal como estaba.

Y ahora, ¿no se recogerían más objetos que el cazo, la taza, el estuche de gafas, el hacha y la caja del cuaderno que los dos amigos acababan de recoger? Khamis buscó con cuidado. Ni armas, ni utensilios, ni cajas, ni conservas, ni ropas. Así pues, el foreloper iba a salir con las manos vacías cuando, en un ángulo del fondo, a la

derecha, el suelo, al golpearlo con el pie, devolvió un sonido metálico.

—Ahí hay algo... —dijo.

—¿Quizá una llave? —respondió Max Huber.

—¿Y por qué una llave? —preguntó John Cort.

—¡Pues, querido John..., la llave del misterio!

No era una llave, sino una caja de hojalata que había sido enterrada en aquel lugar y que Khamis extrajo. No parecía haber sufrido deterioro y, con viva satisfacción, se comprobó que contenía un centenar de cartuchos.

—¡Gracias, buen doctor —exclamó Max Huber—, y ojalá podamos corresponder algún día al señalado servicio que nos habrá prestado!

Servicio señalado, en efecto, pues aquellos cartuchos eran precisamente del mismo calibre que las carabinas del foreloper y de sus dos compañeros.

No quedaba más que regresar al lugar del alto y poner la balsa en condiciones de navegabilidad.

—Antes —propuso John Cort— veamos si existe algún rastro del doctor Johausen y de su criado en los alrededores... Es posible que ambos fueran arrastrados por los indígenas a las profundidades de la selva, pero también es posible que sucumbieran defendiéndose... y si sus restos están sin sepultura...

—Nuestro deber sería darles sepultura —declaró Max Huber.

Las búsquedas en un radio de cien metros no dieron resultado. Cabía concluir que el infortunado Johausen había sido raptado, ¿y por quién si no por los indígenas, aquellos mismos que el doctor tomaba por simios y que conversaban entre sí? ¿Qué verosimilitud, en efecto, que unos cuadrumanos estuviesen dotados de habla?

—En todo caso —hizo observar John Cort—, esto indica que la selva del Ubangui está frecuentada por nómadas, y debemos mantenernos en guardia...

—Como usted dice, señor John —aprobó Khamis—. Y ahora, a la balsa...

—¡Y no saber qué ha sido de ese buen teutón! —replicó Max Huber—. ¿Dónde puede estar?

—Donde están las personas de las que no se tienen noticias —dijo John Cort.

—¿Es eso una respuesta, John?

—Es la única que podemos dar, querido Max.

Cuando todos hubieron regresado a la gruta, eran aproximadamente las nueve. Khamis se ocupó primero de preparar el almuerzo. Puesto que disponía de una olla, Max Huber pidió que se sustituyera la carne asada o a la brasa por carne hervida. Sería una variante en el menú habitual. Aceptada la propuesta, se encendió el fuego y, hacia mediodía, los comensales se deleitaron con un caldo al que solo le faltaban el pan, las verduras y la sal.

Pero, antes del almuerzo, todos habían trabajado en las reparaciones de la balsa, como siguieron haciéndolo después. Afortunadamente, Khamis había encontrado detrás de la cabaña algunos tablones que pudieron sustituir a los de la plataforma, podridos en varios puntos. Gran faena evitada, dada la falta de herramientas. Aquel conjunto de maderos y tablones fue atado de nuevo con lianas tan sólidas como ligamentos de hierro, o al menos como cabos de amarre. La obra estaba terminada cuando el sol desapareció tras los macizos de la orilla derecha del río.

La partida había sido aplazada hasta el día siguiente al alba. Más valía pasar la noche en la gruta. En efecto, la lluvia que amenazaba se puso a caer con fuerza hacia las ocho.

Así pues, tras haber encontrado el lugar donde se había instalado el doctor Johausen, ¡Khamis y sus compañeros partirían sin saber qué había sido de él! Nada... inada! ¡Ni un solo indicio! Aquel pensamiento no dejaba de obsesionar a Max Huber, mientras que apenas preocupaba a John Cort y dejaba al foreloper del todo

indiferente. Iba a soñar con babuinos, chimpancés, gorilas, mandriles, simios parlantes, aun reconociendo que el doctor no podía haber tenido que vérselas sino con indígenas... Y entonces —iel imaginativo que era!— la gran selva se le aparecía de nuevo con sus eventualidades misteriosas, las inverosímiles obsesiones que le sugerían sus profundidades, tribus nuevas, tipos desconocidos, aldeas perdidas bajo los grandes árboles...

Antes de tenderse en el fondo de la gruta:

—Querido John, y usted también, Khamis —dijo—, tengo una propuesta que hacerles...

—¿Cuál, Max?

—Hacer algo por el doctor...

—¿Lanzarse en su busca? —protestó el foreloper.

—No —prosiguió Max Huber—, sino dar su nombre a este curso de agua, que no lo tiene, supongo...

Y he aquí por qué el río Johausen figurará en lo sucesivo en los mapas modernos del África ecuatorial.

La noche fue tranquila, y, mientras velaban por turnos, ni John Cort, ni Max Huber, ni Khamis oyeron una sola palabra llegar a sus oídos.

CAPÍTULO IX — AL HILO DEL RÍO JOHAUSEN

Eran las seis y media de la mañana cuando, en la fecha del 16 de marzo, la balsa largó amarras, se alejó de la ribera y tomó la corriente del río Johausen.

Apenas clareaba. El alba se levantó rápidamente. Las nubes corrían por las altas zonas del espacio bajo la influencia de un viento vivo. La lluvia ya no amenazaba, pero el tiempo permanecería cubierto durante toda la jornada.

Khamis y sus compañeros no tendrían de qué quejarse, puesto que iban a descender la corriente de un río por lo general ampliamente expuesto a los rayos perpendiculares del sol.

La balsa, de forma oblonga, no medía más que unos dos metros y medio de ancho por unos cuatro de largo, justo lo suficiente para cuatro personas y los pocos objetos que transportaba con ellas. Muy reducido, por cierto, aquel material: la caja metálica de cartuchos, las armas —tres carabinas—, el cazo, la olla, la taza. En cuanto a los tres revólveres, de calibre inferior al de las carabinas, no habrían podido servir más que para una veintena de disparos, contando los cartuchos que quedaban en los bolsillos de John Cort y Max Huber. En total, cabía esperar que las municiones no faltasen a los cazadores hasta su llegada a las orillas del Ubanguí.

A proa de la balsa, sobre una capa de tierra cuidadosamente apisonada, estaba dispuesto un montón de leña seca, fácilmente renovable, para el caso en que Khamis necesitase fuego fuera de las horas de alto. A popa, una potente espadilla, hecha con uno de los

tablones, permitiría dirigir el aparejo o al menos mantenerlo en el sentido de la corriente.

Entre las dos orillas, distantes unos cincuenta metros, la corriente se desplazaba con una velocidad de aproximadamente un kilómetro por hora. A este paso, la balsa emplearía, pues, de veinte a treinta días en recorrer los cuatrocientos kilómetros que separaban al foreloper y a sus compañeros del Ubangui. Si era más o menos la media obtenida por la marcha bajo los árboles, el desplazamiento se efectuaría casi sin fatigas.

En cuanto a los obstáculos que pudieran obstruir el curso del río Johausen, no se sabía a qué atenerse. Lo que se constató al principio fue que el río era profundo y sinuoso. Habría que vigilar atentamente su curso. Si cascadas o rápidos lo embarazaban, el foreloper actuaría según las circunstancias.

Hasta la parada de mediodía, la navegación se realizó sin dificultad. Maniobrando, se evitaron los remolinos en las puntas de las riberas. La balsa no tocó fondo ni una sola vez, gracias a la destreza de Khamis, que rectificaba la dirección con un brazo vigoroso.

John Cort, apostado a proa, con la carabina a su lado, observaba las riberas con un interés puramente cinegético. Pensaba en renovar las provisiones. Si alguna pieza de pelo o pluma llegaba a su alcance, sería fácilmente abatida. Fue precisamente lo que sucedió hacia las nueve y media. Una bala mató en seco un waterbuck, especie de antílope que frecuenta las orillas de los ríos.

—¡Buen tiro! —dijo Max Huber.

—Tiro inútil —declaró John Cort— si no podemos tomar posesión de la pieza...

—Será cosa de unos instantes —replicó el foreloper.

Y, apoyándose en la espadilla, acercó la balsa a la orilla, junto a una pequeña playa donde yacía el waterbuck. Despiece del animal y reserva de las partes aprovechables para las próximas comidas.

Entretanto, Max Huber había puesto a contribución sus talentos de pescador, aunque no disponía más que de aparejos muy rudimentarios: dos cabos de cordel encontrados en la jaula del doctor y, a modo de anzuelos, espinas de acacia cebadas con pequeños trozos de carne. ¿Se decidirían a picar los peces, entre los que se veían aparecer en la superficie del río?

Max Huber se había arrodillado a estribor de la balsa, y Llanga, a su derecha, seguía la operación con vivo interés.

Hay que creer que los lucios del río Johausen no son menos voraces que estúpidos, pues uno de ellos no tardó en tragarse el anzuelo. Después de haberlo «aturdido» —es la expresión—, como hacen los indígenas con el hipopótamo capturado de este modo, Max Huber tuvo la habilidad de sacarlo al cabo de su sedal. El pez pesaba de cuatro a cinco kilogramos, y es seguro que los pasajeros no esperarían al día siguiente para degustarlo.

En la parada de mediodía, el almuerzo se compuso de un filete asado de waterbuck y del lucio, del que solo quedaron las espinas. Para la cena se convino en hacer sopa con un buen trozo de antílope. Y, como eso requeriría varias horas de cocción, el foreloper encendió el hogar a proa de la balsa y afianzó la olla sobre el fuego. Después la navegación se reanudó sin interrupción hasta la noche.

La pesca no dio resultado alguno durante la tarde. Hacia las seis, Khamis se detuvo a lo largo de una estrecha playa rocosa, sombreada por las ramas bajas de un gomero de la especie krabah. Había elegido con acierto el lugar de alto.

En efecto, los bivalvos, mejillones y ostráceos, abundaban entre las piedras. Así pues, unos cocidos y otros crudos, completaron agradablemente el menú de la noche. Con tres o cuatro trozos de galleta y una pizca de sal, la comida no habría dejado nada que desear.

Como la noche amenazaba con ser oscura, el foreloper no quiso abandonarse a la deriva. El río Johausen arrastraba a veces troncos enormes. Un abordaje habría podido ser muy perjudicial para la

balsa. Se organizó, pues, la dormida al pie del gomero, sobre un lecho de hierbas. Gracias a la guardia sucesiva de John Cort, Max Huber y Khamis, el campamento no recibió ninguna visita indeseable. Eso sí, los gritos de los simios no cesaron desde la puesta del sol hasta su salida.

—¡Y me atrevo a afirmar que esos no hablaban! —exclamó Max Huber cuando, llegado el día, fue a sumergir en las limpias aguas del río su rostro y sus manos, que los dañinos mosquitos apenas habían perdonado.

Aquella mañana, la partida se retrasó más de una hora. Caía una lluvia violenta. Más valía evitar aquellos chaparrones diluvianos que el cielo vierte con tanta frecuencia sobre la región ecuatorial de África. El espeso follaje del gomero preservó el campamento en cierta medida, así como la balsa, atracada al pie de sus poderosas raíces. Además, el tiempo era tormentoso. En la superficie del río, las gotas de agua se redondeaban en pequeñas ampollas eléctricas. Algunos truenos rodaban aguas arriba sin relámpagos. No había que temer granizo, pues las inmensas selvas de África poseen el don de desviar su caída.

Sin embargo, el estado de la atmósfera era lo bastante alarmante como para que John Cort creyera deber hacer esta observación:

—Si esta lluvia no cesa, será preferible permanecer donde estamos... Ahora tenemos municiones... las cartucheras están llenas, pero lo que falta son mudas de ropa...

—En efecto —replicó Max Huber riendo—, ¿por qué no vestirnos a la moda del país..., en piel humana? ¡Eso simplifica las cosas! Basta con bañarse para lavar la ropa y restregarse contra la maleza para cepillarse el traje.

La verdad era que, desde hacía una semana, los dos amigos habían debido proceder cada mañana a este lavado, a falta de poder cambiarse.

Sin embargo, el aguacero fue tan violento que no duró más de una hora. Se aprovechó ese tiempo para el primer desayuno. En

aquella comida figuró un plato nuevo, muy bienvenido: huevos de avutarda recién puestos, descubiertos por Llanga y que Khamis hizo cocer en el agua hirviendo del cazo. Esta vez también, Max Huber se quejó, no sin razón, de que la buena naturaleza hubiese descuidado poner en los huevos el grano de sal del que no podían prescindir.

Hacia las siete y media, la lluvia cesó, aunque el cielo siguió tormentoso. Así pues, la balsa volvió a la corriente en medio del río.

Puestos los sedales a remolque, varios peces tuvieron la amabilidad de picar a tiempo para figurar en el menú del almuerzo.

Khamis propuso no hacer la parada habitual, a fin de recuperar el retraso de la mañana. Aceptada su propuesta, John Cort encendió el fuego y la olla no tardó en cantar sobre las brasas ardientes. Como aún quedaba una reserva suficiente de waterbuck, los fusiles permanecieron mudos. Y sin embargo, Max Huber fue tentado más de una vez por algunas hermosas piezas que merodeaban en parejas por las orillas.

Aquella parte de la selva era muy rica en caza. Sin contar las aves acuáticas, los rumiantes abundaban. Con frecuencia, cabezas de impalas y de sasabíes, que son una variedad de antílopes, asomaron sus cuernos entre las hierbas y los juncos de las riberas. En varias ocasiones se acercaron alces de gran tamaño, gamos rojos, steimboks —gacelas de pequeña talla—, kudús, de la especie de los ciervos del África central, cuagas e incluso jirafas, cuya carne es muy succulenta. Habría sido fácil abatir algunas de aquellas piezas, pero ¿para qué, si la comida estaba asegurada hasta el día siguiente? Y además, inútil sobrecargar y abarrotar la balsa. Es lo que John Cort hizo observar oportunamente a su amigo.

—¿Qué quiere, querido John? —confesó Max Huber—. El fusil se me sube solo a la cara cuando veo tiros tan hermosos a mi alcance.

No obstante, como no habría sido sino tirar por tirar, y aunque esa consideración no sea para detener a un verdadero cazador, Max Huber le ordenó a su carabina que se estuviera quieta, que no se encarase por sí sola. Los alrededores no retumbaron, pues, con

detonaciones intempestivas, y la balsa descendió apaciblemente la corriente del río Johausen.

Khamis, John Cort y Max Huber tuvieron, en cambio, ocasión de desquitarse por la tarde. Las armas de fuego debieron hacer oír su voz, la voz de la defensa, si no la de la ofensiva.

Desde la mañana, una decena de kilómetros habían sido recorridos. El río describía entonces caprichosas sinuosidades, aunque su dirección general se mantuviera siempre hacia el suroeste. Sus riberas, muy accidentadas, presentaban una bordura de árboles enormes, principalmente bombax, cuyo parasol se abovedaba sobre la superficie del río.

¡Juzgúese! Aunque la anchura del Johausen no había disminuido, e incluso alcanzaba a veces de cincuenta a sesenta metros, las ramas bajas de aquellos bombax se unían formando un túnel de verdor bajo el cual murmuraba un ligero chapoteo. Cantidad de aquellas ramas, entrelazadas en sus extremos, se unían mediante lianas serpenteantes, puente vegetal por el que unos ágiles saltimbanquis, o al menos unos cuadrumanos, habrían podido trasladarse de una orilla a la otra.

Las nubes tormentosas no habían abandonado aún las zonas bajas del horizonte, el sol abrasaba el espacio y sus rayos caían a plomo sobre el río.

Así pues, Khamis y sus compañeros no podían sino apreciar aquella navegación bajo un espeso dosel de verdura. Les recordaba la marcha por el sotobosque, a lo largo de los pasos umbríos, sin fatiga esta vez, sin los estorbos de un suelo erizado de zizifus y otras hierbas espinosas.

—Decididamente, esto es un parque, esta selva del Ubangui — declaró John Cort—, un parque con sus macizos arborescentes y sus aguas corrientes. Uno se creería en la región del Parque Nacional de los Estados Unidos, en las fuentes del Misuri y del Yellowstone.

—Un parque donde pululan los simios —hizo observar Max Huber—. Es como para creer que toda la grey simiesca se ha dado cita

aquí. ¡Estamos en pleno reino de cuadrumanos, donde chimpancés, gorilas y gibones reinan con plena soberanía!

Lo que justificaba esta observación era la enorme cantidad de aquellos animales que ocupaban las orillas, aparecían en los árboles, corrían y brincaban en las profundidades de la selva. Jamás Khamis y sus compañeros habían visto tantos, ni tan turbulentos, ni tan contorsionistas. ¡Qué de gritos, qué de saltos, qué de volteretas, y qué serie de muecas habría podido captar un fotógrafo con su objetivo!

—Después de todo —añadió Max Huber—, nada más natural. ¿No estamos en el centro de África? Pues bien, entre los indígenas y los cuadrumanos congoleños —exceptuando a Khamis, por supuesto—, considero que la diferencia es mínima...

—Es justamente —replicó John Cort— la que distingue al hombre del animal, al ser dotado de inteligencia del ser que solo está sometido a las impersonalidades del instinto...

—¡Este último infinitamente más seguro que aquella, querido John!

—No lo niego, Max. Pero estos dos factores de la vida están separados por un abismo y, mientras no se haya colmado, la escuela transformista no estará en posición de pretender que el hombre desciende del simio...

—Justo —respondió Max Huber—, y siempre falta un peldaño en la escalera, un tipo entre el antropoide y el hombre, con un poco menos de instinto y un poco más de inteligencia... Y si ese tipo no se ha hallado, es sin duda porque no ha existido nunca... Por lo demás, aun cuando existiera, la cuestión planteada por la doctrina darwiniana no estaría aún resuelta, al menos a mi juicio...

En aquel momento, había algo mejor que hacer que intentar resolver, en virtud del axioma de que la naturaleza no procede a saltos, la cuestión de si todos los seres vivos se enlazan entre sí. Lo que convenía era tomar precauciones o medidas contra las manifestaciones hostiles de una caterva temible por su superioridad

numérica. Habría sido de una rara imprudencia tratarla como cantidad despreciable. Aquellos cuadrumanos formaban un ejército reclutado entre toda la población simiesca del Ubangui. Por sus demostraciones, no cabía equivocarse, y pronto habría que defenderse a ultranza.

El foreloper observaba aquella ruidosa agitación no sin seria inquietud. Se le notaba en el rudo semblante al que afluía la sangre, las espesas cejas fruncidas, la mirada de penetrante vivacidad, la frente surcada de profundos pliegues.

—Estemos preparados —dijo—, con la carabina cargada y los cartuchos a mano, porque no sé muy bien cómo van a ponerse las cosas...

—¡Bah! Un disparo habrá dispersado enseguida a esas bandas... —replicó Max Huber.

Y se echó la carabina al hombro.

—¡No dispare, señor Max! —exclamó Khamis—. No debemos atacar... no debemos provocar... ¡Bastante es con tener que defenderse!

—Pero ellos empiezan... —replicó John Cort.

—¡No respondamos más que si se hace necesario! —declaró Khamis.

La agresión no tardó en acentuarse. Desde la orilla partían piedras, trozos de ramas, lanzados por aquellos simios cuyas grandes especies están dotadas de una fuerza colosal. Arrojaban incluso proyectiles de naturaleza más inofensiva, entre otros los frutos arrancados de los árboles.

El foreloper intentó mantener la balsa en medio del río, casi a igual distancia de una y otra ribera. Los golpes serían menos peligrosos por ser menos certeros. La desgracia era no tener ningún medio de protegerse de aquel ataque. Además, el número de los asaltantes crecía, y varios proyectiles habían alcanzado ya a los pasajeros, sin hacerles demasiado daño, a decir verdad.

—Ya basta... —acabó por decir Max Huber.

Y, apuntando a un gorila que se agitaba entre los juncos, lo abatió de un solo disparo.

Al ruido de la detonación respondieron clamores ensordecedores. La agresión no cesó, las bandas no huyeron. Y, al fin y al cabo, pretender exterminarlos, a aquellos simios, uno tras otro, las municiones no habrían bastado. Solo con una bala por cuadrumano, la reserva se habría agotado enseguida. ¿Qué harían entonces los cazadores con las cartucheras vacías?

—No disparemos más —ordenó John Cort—. Eso no serviría sino para sobreexcitar a esos malditos animales. Salgamos del paso, esperemos, con solo unos cuantos golpes sin importancia...

—¡Gracias! —replicó Max Huber, a quien una piedra acababa de alcanzar en la pierna.

Se continuó, pues, descendiendo, seguidos por la doble escolta a lo largo de las orillas, muy sinuosas en aquella parte del río Johausen. En ciertos estrechamientos, se aproximaban tanto que la anchura del cauce se reducía en un tercio. La marcha de la balsa se aceleraba entonces con la velocidad de la corriente.

En fin, al cerrar la noche, quizá cesasen las hostilidades. Quizá los asaltantes se dispersarían a través de la selva. En todo caso, si fuese preciso, en vez de detenerse para el alto vespertino, Khamis se arriesgaría a navegar toda la noche. Pero no eran más que las cuatro, y, hasta las siete, la situación seguiría siendo muy inquietante.

En efecto, lo que la agravaba era que la balsa no estaba a salvo de una invasión. Si a los simios, como a los gatos, no les gusta el agua, si no había que temer que se echaran a nadar, la disposición de las ramas por encima del río les permitía, en diversos puntos, aventurarse por aquellos puentes de ramas y lianas y luego dejarse caer sobre las cabezas de Khamis y sus compañeros. No sería más que un juego para aquellas bestias tan ágiles como dañinas.

Fue precisamente la maniobra que cinco o seis grandes gorilas intentaron hacia las cinco, en un recodo del río donde se unía el ramaje de los bombax. Aquellos animales, apostados a cincuenta pasos aguas abajo, esperaban el paso de la balsa.

John Cort los señaló, y no había que equivocarse sobre sus intenciones.

—Van a caernos encima —exclamó Max Huber—, y si no los obligamos a largarse...

—¡Fuego! —ordenó el foreloper.

Tres detonaciones resonaron. Tres simios, mortalmente alcanzados, tras intentar agarrarse a las ramas, se desplomaron en el río.

En medio de clamores más violentos, una veintena de cuadrumanos se internaron entre las lianas, listos para precipitarse.

Hubo que recargar las armas apresuradamente y disparar sin perder un instante. Se sucedió un fuego bastante nutrido. Diez o doce gorilas y chimpancés fueron heridos antes de que la balsa se encontrase bajo el puente vegetal y, desanimados, sus congéneres huyeron hacia las orillas.

Una reflexión acudió a la mente: que si el profesor Garner se hubiese instalado en aquellas profundidades de la gran selva, su suerte habría sido la del doctor Johausen. Admitiendo que este último hubiera sido recibido por la población forestal del mismo modo que Khamis, John Cort y Max Huber, ¿no bastaba eso para explicar su desaparición? No obstante, en caso de agresión, se habrían debido encontrar testimonios inequívocos. Dados los instintos destructores de los simios, la jaula no habría permanecido intacta, y solo habrían quedado sus restos en el lugar que ocupaba.

Después de todo, a aquella hora, lo más urgente no era preocuparse por el doctor alemán, sino por lo que sería de la balsa. Precisamente, la anchura del río disminuía poco a poco. A cien pasos a la derecha, delante de una punta, el agua arremolinada indicaba

un fuerte remolino. Si la balsa caía en él, al dejar de actuar la corriente desviada por la punta, sería arrastrada contra la orilla. Khamis podía mantenerla con su espadilla en el hilo del agua, pero obligarla a apartarse del remolino sería difícil. Los simios de la orilla derecha vendrían a asaltarla en gran número. Ponerlos en fuga a tiros se imponía, pues. Las carabinas entraron, pues, en acción en el momento en que la balsa comenzaba a girar sobre sí misma.

Un instante después, la banda había desaparecido. No fueron las balas ni las detonaciones las que la dispersaron. Desde hacía una hora, una tormenta subía hacia el cénit. Las nubes lívidas cubrían ahora el cielo. En ese momento, los relámpagos incendiaron el espacio y el meteoro se desencadenó con esa prodigiosa rapidez propia de las bajas latitudes. Ante aquellos formidables estampidos del rayo, los cuadrumanos sintieron esa perturbación instintiva que la influencia eléctrica produce en todos los animales. Se asustaron, fueron a buscar bajo macizos más espesos un cobijo contra aquellas coruscaciones cegadoras, aquel formidable desgarramiento de las nubes. En pocos minutos, las dos riberas quedaron desiertas, y, de aquella banda, solo quedó una veintena de cuerpos, sin vida, tendidos entre los juncos de las orillas.

CAPÍTULO X — ¡NGORA!

Al día siguiente, el cielo serenado —podría decirse desempolvado por el poderoso plumero de las tormentas— redondeaba su bóveda de un azul crudo por encima de las copas de los árboles. Al salir el sol, las finas gotitas de las hojas y las hierbas se volatilizaron. El suelo, muy rápidamente secado, se prestaba a caminar por la selva. Pero no se trataba de reemprender a pie la ruta del suroeste. Si el río Johausen no se desviaba de aquella dirección, Khamis ya no dudaba de alcanzar en una veintena de días la cuenca del Ubangui.

La violenta perturbación atmosférica, sus miles de relámpagos, sus prolongados truenos, sus rayos, no habían cesado hasta las tres de la madrugada. Tras haber atracado en la ribera a través del remolino, la balsa había encontrado un cobijo. En aquel lugar se erguía un enorme baobab cuyo tronco, ahuecado por dentro, ya no se sostenía sino por la corteza. Khamis y sus compañeros, apretándose, cabrían en él. Se transportó allí el modesto material — utensilios, armas, municiones—, que no hubo de sufrir las rachas y cuyo reembarque se efectuó a la hora de la partida.

—A fe mía, ha llegado a tiempo esta tormenta —observó John Cort, que conversaba con Max mientras el foreloper disponía los restos de la caza para aquella primera comida.

Sin dejar de charlar, los dos jóvenes se ocupaban en limpiar sus carabinas, tarea indispensable después de la intensa fusilería de la víspera.

Entretanto, Llanga hurgaba entre los juncos y las hierbas en busca de nidos y huevos.

—Sí, querido John, la tormenta ha llegado a tiempo —dijo Max Huber—, ¡y quiera el cielo que esos abominables animales no se les ocurra reaparecer ahora que se ha disipado! En cualquier caso, mantengámonos en guardia.

Khamis no había dejado de temer que al despuntar el día los cuadrumanos regresasen a las dos orillas. Y de entrada se tranquilizó: no se oía ruido sospechoso alguno a medida que el alba penetraba en el sotobosque.

—He recorrido la orilla unos cien pasos y no he avistado ningún simio —aseguró John Cort.

—Es buen augurio —respondió Max Huber—, y espero emplear en adelante nuestros cartuchos en otra cosa que en defendernos de macacos. Creí que toda nuestra reserva iba a irse en ello...

—¿Y cómo habríamos podido renovarla? —prosiguió John Cort—. No hay que contar con una segunda jaula para reabastecerse de balas, pólvora y plomo...

—¡Eh! —exclamó Max Huber—. ¡Cuando pienso que el doctor pretendía establecer relaciones sociales con semejantes seres! ¡Bonita sociedad! En cuanto a descubrir qué términos emplean para invitarse a cenar y cómo se dan los buenos días o las buenas noches, hay que ser realmente un profesor Garner, de los que hay unos cuantos en América..., o un doctor Johausen, de los que hay unos cuantos en Alemania, y quizá incluso en Francia...

—¿En Francia, Max?

—¡Oh! Si se buscara entre los sabios del Instituto o de la Sorbona, se encontraría bien algún idio...

—¡Idiota! —repitió John Cort en tono de protesta.

—Idiomógrafo —completó Max Huber— capaz de venir a las selvas congoleñas a repetir las tentativas del profesor Garner y del doctor

Johausen.

—En todo caso, querido Max, si estamos tranquilos respecto al primero, que parece haber roto toda relación con la sociedad de los macacos, no ocurre lo mismo con el segundo, y mucho me temo que...

—¡Que los babuinos u otros le hayan roto los huesos! —prosiguió Max Huber—. A juzgar por cómo nos recibieron ayer, puede juzgarse si son seres civilizados y si es posible que lo sean algún día.

—Mire, Max, me figuro que las bestias están destinadas a seguir siendo bestias...

—¡Y los hombres también! —replicó Max Huber riendo—. No quita que lamento mucho regresar a Libreville sin traer noticias del doctor...

—De acuerdo, pero lo importante para nosotros sería haber logrado atravesar esta interminable selva...

—Ya se hará...

—Sea, ¡pero quisiera que ya estuviera hecho!

Por lo demás, el recorrido no presentaba ya sino probabilidades bastante favorables, puesto que la balsa no tenía más que abandonarse a la corriente. Aún así, convenía que el cauce del río Johausen no estuviese embarazado por rápidos, cortado por barreras, interrumpido por cascadas. Es lo que temía sobre todo el foreloper.

En aquel momento, llamó a sus compañeros para el desayuno. Llanga regresó casi al instante, trayendo algunos huevos de pato que fueron reservados para la comida del mediodía. Gracias al trozo de antílope, no habría necesidad de renovar la provisión de caza antes de la parada de mediodía.

—¡Vaya! Se me ocurre algo —sugirió John Cort—: para no haber gastado inútilmente nuestras municiones, ¿por qué no alimentarnos de la carne de los simios?

—¡Puaj! —hizo Max Huber.

—¡Mire qué melindroso!

—Cómo, querido John, ¿chuletas de gorila, solomillos de gibón, piernas de chimpancé... toda una fricasé de mandriles?

—No está malo —afirmó Khamis—. Los indígenas no desdeñan una carne así a la brasa.

—Y yo la comería si hiciera falta... —dijo John Cort.

—¡Antropófago! —exclamó Max Huber—. Comerse casi a un semejante...

—Gracias, Max...

En fin de cuentas, se abandonó a las aves de rapiña los cuadrumanos muertos durante la batalla. La selva del Ubangui poseía bastantes rumiantes y aves para que no se les hiciese a los representantes de la especie simiesca el honor de introducirlos en un estómago humano.

Khamis experimentó serias dificultades para sacar la balsa del remolino y doblar la punta.

Todos echaron una mano en aquella maniobra, que llevó cerca de una hora. Hubo que cortar jóvenes balizas, desramarlas luego para convertirlas en pértigas con las que se apartaron de la ribera. Como el remolino mantenía allí la balsa, si la banda hubiera regresado a aquella hora, no habría sido posible esquivar su ataque lanzándose a la corriente. Sin duda, ni el foreloper ni sus compañeros habrían salido sanos y salvos de aquella lucha demasiado desigual.

En suma, tras mil esfuerzos, la balsa rebasó el extremo de la punta y comenzó a descender de nuevo el curso del río Johausen.

La jornada prometía ser hermosa. Ningún síntoma de tormenta en el horizonte, ninguna amenaza de lluvia. En cambio, un aguacero de rayos solares caía a plomo, y el calor habría sido tórrido sin una viva brisa del norte, de la que la balsa se habría ayudado mucho de haber poseído una vela.

El río se ensanchaba gradualmente a medida que se dirigía hacia el suroeste. Se acabaron los túneles de verdor extendiéndose sobre su cauce, se acabaron las ramas entrelazándose de una orilla a otra. En tales condiciones, la reaparición de los cuadrumanos en ambas riberas no habría presentado los mismos peligros que la víspera. Por lo demás, no se mostraron.

Las orillas del río, sin embargo, no estaban desiertas. Numerosas aves acuáticas las animaban con sus gritos y sus vuelos: patos, avutardas, pelícanos, martines pescadores y múltiples ejemplares de zancudas.

John Cort abatió varias parejas de aquellas aves, que sirvieron para el almuerzo, junto con los huevos encontrados por el joven indígena. Además, a fin de recuperar el tiempo perdido, no se hizo alto a la hora habitual y la primera parte de la jornada transcurrió sin el menor incidente.

Por la tarde se produjo una alarma, no sin serios motivos.

Eran las cuatro aproximadamente cuando Khamis, que manejaba la espadilla a popa, pidió a John Cort que lo relevase y fue a apostarse de pie a proa.

Max Huber se incorporó, se aseguró de que nada amenazaba ni en la orilla derecha ni en la izquierda y dijo al foreloper:

—¿Qué mira usted?

—Eso.

Y, con la mano, Khamis señalaba aguas abajo una agitación bastante violenta de las aguas.

—Otro remolino —dijo Max Huber—, o más bien una especie de maelstrom de río... Cuidado, Khamis, de no caer ahí dentro...

—No es un remolino —afirmó el foreloper.

—¿Y qué es entonces?

A esta pregunta respondió casi al instante una especie de chorro líquido que se elevó unos tres metros por encima de la superficie del

río.

Y Max Huber, muy sorprendido, exclamó:

—¿Es que, por casualidad, hay ballenas en los ríos del África central?

—No... hipopótamos —replicó el foreloper.

Un resoplido sonoro se dejó oír en el instante en que emergía una cabeza enorme con mandíbulas armadas de fuertes defensas, y, por emplear comparaciones singulares pero justas, «un interior de boca semejante a una masa de carne de carnicería, y unos ojos comparables al tragaluz de una cabaña holandesa». Así se han expresado en sus relatos algunos viajeros particularmente imaginativos.

De estos hipopótamos se encuentran desde el cabo de Buena Esperanza hasta el vigésimo tercer grado de latitud norte. Frecuentan la mayoría de los ríos de aquellas vastas regiones, los pantanos y los lagos. Sin embargo, según una observación que se ha hecho, si el río Johausen hubiese sido tributario del Mediterráneo — lo que no era posible—, no habría habido que preocuparse de los ataques de estos anfibios, pues nunca se muestran allí, salvo en el alto Nilo.

El hipopótamo es un animal temible, aunque de carácter apacible. Por una razón u otra, cuando está sobreexcitado, bajo el imperio del dolor, en el instante en que acaba de ser arponeado, se enfurece, se precipita con furia contra los cazadores, los persigue a lo largo de las riberas, embiste contra las canoas, a las que tiene talla para volcar y fuerza para reventar, con unas mandíbulas lo bastante poderosas para cercenar un brazo o una pierna.

Ciertamente, ningún pasajero de la balsa —ni siquiera Max Huber, por enrabiado que estuviese de proezas cinegéticas— debía tener la idea de atacar a semejante anfibio. Pero quizá el anfibio quisiera asaltarlos, y si alcanzaba la balsa, si la embestía, si la aplastaba con su peso, que a veces llega a los dos mil kilogramos, si la acorneaba con sus terribles defensas, ¿qué sería de Khamis y sus compañeros?

La corriente era rápida entonces, y quizá más valía limitarse a seguirla en lugar de acercarse a una de las orillas: el hipopótamo se habría dirigido tras ellos. En tierra, es cierto, sus acometidas habrían sido más fáciles de esquivar, puesto que es inepto para moverse con rapidez con sus patas cortas y bajas, su vientre enorme que arrastra por el suelo. Tiene más de cerdo que de jabalí. Pero en la superficie del río, la balsa estaría a su merced. La haría pedazos, y, suponiendo que los pasajeros hubiesen ganado a nado las orillas, ¡qué enojosa eventualidad la de verse obligados a construir una segunda embarcación flotante!

—Intentemos pasar sin ser vistos —aconsejó Khamis—. Tumbémonos, no hagamos ruido alguno, y estemos listos para echarnos al agua si es necesario...

—Yo me encargo de ti, Llanga —dijo Max Huber.

Se siguió el consejo del foreloper, y cada cual se tumbó sobre la balsa, que la corriente arrastraba con cierta rapidez. En aquella posición, quizá hubiera posibilidad de no ser avistados por el hipopótamo.

Y fue un gran resoplido, una especie de gruñido porcino, lo que los cuatro oyeron unos instantes después, cuando las sacudidas indicaron que franqueaban las aguas agitadas por el enorme animal.

Hubo unos segundos de viva ansiedad. ¿Iba la balsa a ser levantada por la cabeza del monstruo o sumergida bajo su pesada masa?

Khamis, John Cort y Max Huber no se tranquilizaron hasta que la agitación de las aguas hubo cesado, al tiempo que disminuía la intensidad del resoplido cuyas cálidas emanaciones habían sentido al pasar. Se incorporaron entonces y ya no vieron al anfibio, que se había sumergido de nuevo en las capas profundas del río.

Ciertamente, unos cazadores acostumbrados a luchar contra el elefante, que acababan de hacer campaña con la caravana de Urdax, no habrían debido asustarse del encuentro con un hipopótamo. Varias veces habían atacado a estos animales en medio de los

pantanos del alto Ubangui, pero en condiciones más favorables. A bordo de aquel frágil ensamblaje de tabloncillos cuya pérdida habría sido tan lamentable, se comprenderán sus aprensiones, y fue una suerte que hubieran evitado las acometidas de la formidable bestia.

Por la noche, Khamis se detuvo en la desembocadura de un arroyo de la orilla izquierda. No se habría podido elegir mejor para la noche, al pie de un grupo de plataneros cuyas anchas hojas formaban cobijo. En aquel lugar, la playa estaba cubierta de moluscos comestibles, que fueron recogidos y comidos crudos o cocidos, según la especie. En cuanto a los plátanos, su sabor silvestre dejaba que desear. Afortunadamente, el agua del arroyuelo, mezclada con el jugo de aquellos frutos, proporcionó una bebida bastante refrescante.

—Todo eso estaría perfecto —dijo Max Huber— si tuviéramos la certeza de dormir tranquilamente... Por desgracia, están esos malditos insectos que no se guardarán de perdonarnos... ¡A falta de mosquitero, nos despertaremos punteados de picaduras!

Y, en verdad, es lo que habría ocurrido si Llanga no hubiera encontrado el modo de ahuyentar aquellas miríadas de mosquitos reunidos en nubes zumbantes.

Se había alejado remontando el arroyo, cuando su voz se dejó oír a corta distancia.

Khamis lo alcanzó al instante y Llanga le mostró en la playa montones de boñigas secas, dejadas por los rumiantes —antílopes, ciervos, búfalos y otros— que solían venir a abrevarse en aquel lugar.

Pues bien, mezclar esas boñigas con una hoguera llameante —lo cual produce un humo espeso de una acritud particular— es el mejor medio, y quizá el único, de ahuyentar a los mosquitos. Los indígenas lo emplean siempre que pueden y les va bien con ello.

Un instante después, un gran montón se elevaba al pie de los plataneros. Se reavivó el fuego con leña muerta. El foreloper echó

varias boñigas. Una nube de humo se desprendió y el aire quedó al instante limpio de aquellos insoportables insectos.

La hoguera hubo de ser mantenida durante toda la noche por John Cort, Max Huber y Khamis, que velaron por turnos. Así pues, llegada la mañana, bien repuestos gracias a un buen sueño, reanudaron desde el amanecer el descenso del río Johausen.

Nada hay tan variable como el tiempo bajo este clima del centro de África. Al cielo despejado de la víspera sucedía un cielo grisáceo que prometía una jornada lluviosa. Cierto es que, como las nubes se mantenían en las zonas bajas, no cayó más que una lluvia fina, simple polvareda líquida, no obstante muy desagradable de recibir.

Por fortuna, Khamis había tenido una excelente idea. Las hojas de platanero, de la especie «enseté», son quizá las más grandes de todo el reino vegetal. Los negros se sirven de ellas para techar sus chozas. Solo con una docena se podía montar una especie de toldo en el centro de la balsa, atando sus pecíolos con lianas. Es lo que el foreloper había hecho antes de partir. Los pasajeros se encontraban, pues, a cubierto de aquella lluvia tenue que resbalaba sobre las hojas de enseté.

Durante la primera parte de la jornada se mostraron algunos simios a lo largo de la orilla derecha, una veintena de gran tamaño, que parecían inclinados a reanudar las hostilidades de la antevíspera. Lo más sensato era evitar todo contacto con ellos, y se logró manteniendo la balsa pegada a la orilla izquierda, menos frecuentada por las bandas de cuadrumanos.

John Cort hizo observar juiciosamente que las relaciones debían de ser raras entre las tribus simiescas de ambas orillas, puesto que la comunicación no se establecía más que por los puentes de ramaje y lianas, difícilmente practicables incluso para los simios.

Se «quemó» la parada de mediodía, y, por la tarde, la balsa no se detuvo más que una sola vez, a fin de embarcar un antílope sasabí que John Cort había abatido detrás de una maraña de juncos, cerca de un recodo del río.

En aquel recodo, el río Johausen, torciendo hacia el sureste, modificaba casi en ángulo recto su dirección habitual. Esto no dejó de inquietar a Khamis al verse así empujado hacia el interior de la selva, cuando el término del viaje se encontraba en la dirección opuesta, del lado del Atlántico. Evidentemente, no se podía dudar de que el río Johausen fuese un tributario del Ubanguí, pero tener que ir a buscar esa confluencia a algunos centenares de kilómetros, en el centro del Congo independiente, imenudo rodeo! Afortunadamente, tras una hora de navegación, el foreloper, gracias a su instinto de orientación —pues el sol no se mostraba—, reconoció que el curso de agua retomaba su dirección primera. Estaba, pues, permitido esperar que arrastraría la balsa hasta el límite del Congo francés, desde donde sería fácil alcanzar Libreville.

A las seis y media, de un vigoroso golpe de espadilla, Khamis atracó en la orilla izquierda, al fondo de una estrecha ensenada, sombreada por las amplias frondas de un cailcedrat de una especie idéntica a la caoba de las selvas senegalesas.

Si la lluvia ya no caía, el cielo no se había despejado de aquellas brumas cuyo espesor el sol no había podido perforar. No habría que inferir de ello que la noche fuese fría. Un termómetro habría marcado entre veinticinco y veintiséis grados centígrados. El fuego crepitó pronto entre las piedras de la ensenada, y fue únicamente para las exigencias culinarias, el asado de un cuarto de sasabí. Esta vez, Llanga habría buscado en vano moluscos para variar el menú, o plátanos para endulzar el agua del río Johausen, el cual, a pesar de cierta similitud de nombre, como hizo observar Max Huber, no recordaba en modo alguno el johannisberg del señor de Metternich. En cambio, se sabría ahuyentar a los mosquitos por el mismo procedimiento que la víspera.

A las siete y media, aún no era de noche. Una vaga claridad se reflejaba en las aguas del río. En su superficie flotaban amasijos de juncos y plantas, troncos de árboles arrancados de las riberas.

Mientras John Cort, Max Huber y Khamis preparaban la dormida, amontonando brazadas de hierba seca al pie del árbol, Llanga iba y

venía por la orilla, entreteniéndose en seguir aquella deriva de despojos flotantes.

En aquel momento apareció aguas arriba, a una treintena de toesas, el tronco de un árbol de mediano tamaño, provisto de todo su ramaje. Había sido partido a metro y medio por debajo de su horcadura, donde la rotura era fresca. Alrededor de aquellas ramas, las más bajas de las cuales se arrastraban por el agua, se retorció un follaje bastante espeso, algunas flores, algunos frutos, todo un verdor que había sobrevivido a la caída del árbol.

Con toda probabilidad, aquel árbol había sido alcanzado por un rayo de la última tormenta. Desde el lugar donde se implantaban sus raíces, había caído sobre la ribera, y luego, resbalando poco a poco, libre de los juncos, atrapado por la corriente, derivaba con los numerosos restos en la superficie del río.

No hay que imaginarse que Llanga hubiese hecho o fuese capaz de hacer tales reflexiones. Aquel tronco no lo habría mirado más que los demás despojos arrastrados por el mismo movimiento, si su atención no hubiera sido atraída de un modo muy especial.

En efecto, entre los intersticios de las ramas, Llanga creyó entrever a una criatura viva que hacía gestos como para pedir socorro. En medio de la penumbra, no pudo distinguir al ser en cuestión. ¿Era de origen animal?

Muy indeciso, iba a llamar a Max Huber y a John Cort cuando se produjo un nuevo incidente.

El tronco no estaba ya más que a una cuarentena de metros, desviándose hacia la ensenada donde estaba atracada la balsa.

En aquel instante, un grito resonó, un grito singular, o más bien una especie de llamada desesperada, como si un ser humano pidiera auxilio. Luego, cuando el tronco pasó ante la ensenada, aquel ser se precipitó a la corriente con la evidente intención de ganar la orilla.

Llanga creyó reconocer a un niño, de talla inferior a la suya. Aquel niño debía de haberse encontrado en el árbol en el momento de su

caída. ¿Sabía nadar? Muy mal, en todo caso, e insuficientemente para alcanzar la ribera. Visiblemente, las fuerzas le fallaban. Se debatía, desaparecía, reaparecía, y, a intervalos, una especie de cloqueo escapaba de sus labios.

Obedeciendo a un sentimiento de humanidad, sin tomarse el tiempo de avisar, Llanga se arrojó al río y alcanzó el punto donde el niño acababa de hundirse por última vez.

Al instante, John Cort y Max Huber, que habían oído el primer grito, acudieron corriendo a la orilla de la ensenada. Al ver a Llanga sosteniendo un cuerpo en la superficie del río, le tendieron la mano para ayudarlo a subir a la ribera.

—¿Eh? Llanga —exclamó Max Huber—, ¿qué has ido a pescar ahí?

—Un niño... mi amigo Max... un niño... Se ahogaba...

—¿Un niño? —repitió John Cort.

—Sí, mi amigo John.

Y Llanga se arrodilló junto al pequeño ser que acababa de salvar con toda certeza.

Max Huber se inclinó para observarlo más de cerca.

—¡Eh! ¡Esto no es un niño! —declaró, incorporándose.

—¿Qué es, entonces? —preguntó John Cort.

—Un monito... un retoño de esos abominables muequeros que nos asaltaron. ¡Y para sacarlo del agua te has arriesgado a ahogarte, Llanga!

—Un niño... sí... ¡un niño! —repetía Llanga.

—Que no, te digo, y te aconsejo que lo mandes a reunirse con su familia al fondo del bosque.

Fuera porque no creyese lo que afirmaba su amigo Max, Llanga se obstinaba en ver un niño en aquel pequeño ser que le debía la vida y que aún no había recobrado el conocimiento. Así pues, sin pretender separarse de él, lo levantó en brazos. Al fin y al cabo, lo

mejor era dejarlo hacer a su antojo. Tras haberlo llevado al campamento, Llanga se aseguró de que el niño aún respiraba, lo friccionó, lo calentó, y luego lo acostó sobre la hierba seca, esperando a que abriese los ojos.

Organizada la vela como de costumbre, los dos amigos no tardaron en dormirse, mientras que Khamis permanecería de guardia hasta medianoche. Llanga no pudo entregarse al sueño. Espiaba los más leves movimientos de su protegido; tendido junto a él, le tomaba las manos, escuchaba su respiración... Y cuál fue su sorpresa cuando, hacia las once, oyó esta palabra pronunciada con voz débil: «Ngora... ngora...», icomo si aquel niño llamase a su madre!

CAPÍTULO XI — LA JORNADA DEL 19 DE MARZO

En aquella parada, se podía estimar en doscientos kilómetros el recorrido efectuado mitad a pie, mitad con la balsa. ¿Quedaban aún otros tantos para alcanzar el Ubangui? No, en opinión del foreloper, y aquella segunda parte del viaje se haría rápidamente, a condición de que ningún obstáculo detuviese la navegación.

Se embarcaron desde el amanecer con el pequeño pasajero suplementario, del que Llanga no había querido separarse. Tras haberlo transportado bajo el toldo de follaje, quiso quedarse junto a él, esperando que abriese los ojos.

Que se trataba de un miembro de la familia de los cuadrumanos del continente africano —chimpancés, orangutanes, gorilas, mandriles, babuinos y demás—, eso no ofrecía duda en el ánimo de Max Huber y de John Cort. Ni siquiera se habían preocupado demasiado de mirarlo más de cerca, de concederle una atención particular. No les interesaba gran cosa. Llanga lo había salvado, quería quedárselo, como se queda uno con un pobre perro recogido por compasión, ipues bueno! Que se hiciera un compañero de él, nada mejor, y eso hablaba bien de su corazón. Después de todo, puesto que los dos amigos habían adoptado al joven indígena, bien le estaba permitido a este adoptar un monito. Según todas las probabilidades, en cuanto encontrase la ocasión de escabullirse bajo los árboles, este último abandonaría a su salvador con esa ingratitud de la que los hombres no tienen el monopolio.

Cierto es que, si Llanga hubiera ido a decirle a John Cort, a Max Huber, incluso a Khamis: «¡Habla, este mono! Ha repetido tres o cuatro veces la palabra "ngora"», quizá su atención se habría despertado, ¡y su curiosidad también! Quizá lo habrían examinado con más cuidado, a aquel animalito... Quizá habrían descubierto en él algún ejemplar de una raza desconocida hasta entonces, la de los cuadrumanos parlantes...

Pero Llanga calló, temiendo haberse equivocado, haber oído mal. Se prometió observar a su protegido, y, si la palabra «ngora» o cualquier otra escapaba de sus labios, avisaría enseguida a su amigo John y a su amigo Max.

Es, pues, una de las razones por las que permaneció bajo el toldo, intentando dar un poco de alimento a su protegido, que parecía debilitado por un largo ayuno. Sin duda, alimentarlo sería difícil, pues los simios son frugívoros. Ahora bien, Llanga no tenía ni un solo fruto que ofrecerle, nada más que carne de antílope que no le sentaría bien. Además, una fiebre bastante alta no le habría permitido comer, y permanecía en una especie de sopor.

—¿Y cómo va tu mono? —preguntó Max Huber a Llanga cuando este se asomó, una hora después de la partida.

—Sigue durmiendo, mi amigo Max.

—¿Y te empeñas en quedártelo?

—Sí... si me lo permiten...

—No veo ningún inconveniente, Llanga... Pero ten cuidado de que no te arañe...

—¡Oh, mi amigo Max!

—¡Hay que desconfiar! ¡Son malos como gatos, esos bichos!

—¡Este no! Es tan pequeño... Tiene una carita tan dulce...

—A propósito, ya que quieres hacer de él tu camarada, ocúpate de ponerle un nombre...

—¿Un nombre? ¿Y cuál?

—Jocko, ¡pardiez! ¡Todos los monos se llaman Jocko!

Es probable que aquel nombre no le convenía a Llanga. No respondió nada y volvió junto a su protegido.

Durante aquella mañana, la navegación fue favorable y no se sufrió demasiado del calor. La capa de nubes era lo bastante espesa para que el sol no pudiese atravesarla. Había motivos para felicitarlo de ello, ya que el río Johausen discurría a veces a través de amplios claros. Imposible encontrar cobijo a lo largo de las riberas, donde los árboles eran escasos. El suelo volvía a ser pantanoso. Habría hecho falta alejarse medio kilómetro a derecha o izquierda para alcanzar los macizos más próximos. Lo que debía temerse era que la lluvia se reanudase con su violencia habitual, pero el cielo se limitó a amenazas.

No obstante, si las aves acuáticas volaban en bandadas sobre el pantano, los rumiantes apenas se dejaban ver, de donde vivo disgusto de Max Huber. A los patos y las avutardas de los días anteriores, habría querido sustituir antílopes sasabíes, inyalas, waterbucks u otros. Por eso, apostado a proa de la balsa, carabina lista, como un cazador al acecho, escrutaba con la mirada la orilla de la que el foreloper se aproximaba según el capricho de la corriente.

Hubo que contentarse con los muslos y alas de las aves para el almuerzo. En suma, nada de extraño en que aquellos supervivientes de la caravana del portugués Urdax se sintiesen cansados de su alimentación diaria. Siempre carne asada, hervida o a la brasa, siempre agua clara, ni frutas, ni pan, ni sal. Pescado, ¡y tan insuficientemente preparado! Les urgía llegar a los primeros establecimientos del Ubanguí, donde todas aquellas privaciones serían pronto olvidadas gracias a la generosa hospitalidad de los misioneros.

Aquel día, Khamis buscó en vano un emplazamiento favorable para el alto. Las riberas, erizadas de gigantescos juncos, parecían inabordables. Sobre su base, medio empapada, ¿cómo efectuar un

desembarco? El recorrido salía ganando, por lo demás, puesto que la balsa no interrumpió su marcha.

Se navegó así hasta las cinco. Entretanto, John Cort y Max Huber conversaban sobre los incidentes del viaje. Rememoraban los diversos episodios desde la partida de Libreville: las cacerías interesantes y fructíferas en las regiones del alto Ubangui, las grandes batidas de elefantes, los peligros de aquellas expediciones, de los que habían salido tan bien durante dos meses; luego el regreso efectuado sin contratiempos hasta el altozano de los tamarindos, los fuegos errantes, la aparición del formidable tropel de paquidermos, la caravana atacada, los porteadores en fuga, el jefe Urdax aplastado tras la caída del árbol, la persecución de los elefantes detenida en la linde de la gran selva...

—¡Triste desenlace para una campaña tan afortunada hasta entonces! —concluyó John Cort—. ¿Y quién sabe si no irá seguido de un segundo no menos desastroso?

—Es posible, pero, en mi opinión, no es probable, querido John...

—En efecto, quizá exagero...

—Sin duda, ¡y esta selva no tiene más misterio que sus grandes bosques del Lejano Oeste! Ni siquiera tenemos que temer un ataque de pieles rojas. Aquí, ni nómadas, ni sedentarios, ni chilucs, ni denkas, ni monbutus, esas feroces tribus que infestan las regiones del noreste gritando: «¡Carne! ¡Carne!», como perfectos antropófagos que nunca han dejado de ser... No, y este curso de agua al que hemos dado el nombre del doctor Johausen, cuyo rastro tanto habría deseado encontrar, este río, tranquilo y seguro, nos conducirá sin fatigas hasta su confluencia con el Ubangui...

—El Ubangui, querido Max, al que habríamos alcanzado igualmente bordeando la selva, siguiendo el itinerario de ese pobre Urdax, ¡y eso en un carro confortable donde nada nos habría faltado hasta el final del viaje!

—Tiene usted razón, John, ¡y habría sido preferible! Decididamente, esta selva es de lo más banal y no merece ser

visitada... No es más que un bosque, un gran bosque, inada más! Y, sin embargo, había picado mi curiosidad al principio... ¿Recuerda aquellas llamas que iluminaban su linde, aquellas antorchas que brillaban entre las ramas de sus primeros árboles? Luego, ¡nadie! ¿Dónde diablos habrán ido a parar esos negros? A veces me sorprendo buscándolos en la copa de los baobabs, los bombax, los tamarindos y demás gigantes de la familia forestal... No... ni un ser humano...

—Max... —dijo en aquel momento John Cort.

—¿John? —respondió Max Huber.

—¿Quiere mirar en aquella dirección... aguas abajo, en la orilla izquierda?

—¿Qué? ¿Un indígena?

—Sí... pero un indígena a cuatro patas... Allá abajo, por encima de los juncos, un magnífico par de cuernos curvados en quilla...

La atención del foreloper acababa de ser atraída hacia aquel punto.

—Un búfalo... —dijo.

—¡Un búfalo! —repitió Max Huber echando mano de su carabina—. ¡He ahí un plato fuerte de primera, y si lo tengo a buena distancia!

Khamis dio un vigoroso golpe de espadilla. La balsa se acercó oblicuamente a la ribera. Unos instantes después no se encontraba a más de treinta metros.

—¡Cuántos bistecs en perspectiva! —murmuró Max Huber, con la carabina apoyada en la rodilla izquierda.

—Suyo el primer disparo, Max —le dijo John Cort—, y mío el segundo... si es necesario...

El búfalo no parecía dispuesto a abandonar su puesto. Detenido contra el viento, olfateaba el aire a plenas narices, sin presentir el peligro que corría. Como no se le podía apuntar al corazón, había

que apuntarle a la cabeza, y eso fue lo que hizo Max Huber en cuanto se aseguró de tenerlo en la línea de mira.

Resonó la detonación, la cola del animal giró por detrás de los juncos, un bramido de dolor atravesó el espacio, y no el mugido habitual de los búfalos, prueba de que había recibido el golpe mortal.

—¡Ya está! —exclamó Max Huber lanzando, con acento triunfal, esta locución eminentemente francesa.

En efecto, John Cort no tuvo que duplicar el tiro, lo que ahorró un segundo cartucho. La bestia, caída entre los juncos, resbaló al pie de la ribera, lanzando un chorro de sangre que enrojeció a lo largo de la orilla el agua tan límpida del río Johausen.

Para no perder aquella soberbia pieza, la balsa se dirigió hacia el punto donde el rumiante se había desplomado, y el foreloper tomó sus disposiciones para despiezarlo allí mismo a fin de extraer las partes comestibles.

Los dos amigos no pudieron sino admirar aquel ejemplar de los bueyes salvajes de África, de talla gigantesca. Cuando estos animales cruzan las llanuras en manadas de doscientos a trescientos, ¡imagínese qué galopada furiosa entre las nubes de polvo levantadas a su paso!

Era un onja, nombre con que lo designan los indígenas, un toro solitario, más grande que sus congéneres de Europa, de frente más estrecha, hocico más alargado, cuernos más aplastados. Si la piel del onja sirve para fabricar correajes de solidez superior, si sus cuernos proporcionan la materia de tabaqueras y peines, si sus pelos duros y negros se emplean para rellenar sillas y monturas, es con sus solomillos, sus chuletas y sus entrecots con los que se obtiene un alimento tan sabroso como reconstituyente, ya se trate de los búfalos de Asia, de África o del búfalo de América. En suma, Max Huber había tenido un golpe afortunado. A menos que un onja caiga al primer disparo, resulta terrible cuando embiste contra el cazador.

Con la ayuda de su hachuela y su cuchillo, Khamis procedió a la operación del despiece, en la que sus compañeros debieron ayudarle lo mejor que pudieron. No había que cargar la balsa con un peso inútil, y veinte kilogramos de aquella carne apetitosa debían bastar para la alimentación durante varios días.

Ahora bien, mientras se llevaba a cabo aquella proeza, Llanga, de ordinario tan curioso por las cosas que interesaban a su amigo Max y a su amigo John, se había quedado bajo el toldo, y he aquí por qué motivo.

Al ruido de la detonación producida por la carabina, el pequeño ser se había despertado de su sopor. Sus brazos habían hecho un ligero movimiento. Si sus párpados no se habían levantado, al menos, de su boca entreabierta, de sus labios descoloridos, había escapado de nuevo la única palabra que Llanga le había sorprendido hasta entonces:

—Ngora... ngora...

Esta vez, Llanga no se equivocaba. La palabra llegaba bien a su oído, con una articulación singular y una especie de graseo provocado por la erre de «ngora».

Conmovido por el acento doloroso de aquella pobre criatura, Llanga tomó su mano ardiente de una fiebre que duraba desde la víspera. Llenó la taza de agua fresca, intentó verterle algunas gotas en la boca sin conseguirlo. Las mandíbulas, de dientes de una blancura deslumbrante, no se aflojaron. Llanga, mojando entonces un poco de hierba seca, humedeció delicadamente los labios del pequeño, y aquello pareció hacerle bien. Su mano apretó débilmente la que lo sostenía, y la palabra «ngora» fue pronunciada de nuevo.

Y, que no se olvide, esta palabra, de origen congoleño, los indígenas la emplean para designar a la madre... ¿Es que aquel pequeño ser llamaba a la suya?

La simpatía de Llanga se doblaba de una compasión muy natural ante la idea de que aquella palabra iba quizá a perderse en un último suspiro... ¿Un mono?, había dicho Max Huber. ¡No! ¡No era un

mono! Lo que ocurría es que Llanga, en su insuficiencia intelectual, no habría sabido explicarse qué era.

Permaneció así durante una hora, unas veces acariciando la mano de su protegido, otras humedeciéndole los labios, y no lo dejó hasta que el sueño lo hubo adormecido de nuevo.

Entonces, Llanga, decidiéndose a contarlo todo, fue a reunirse con sus amigos, mientras la balsa, separada de la ribera, caía de nuevo en la corriente.

—Y bien —volvió a preguntar Max Huber sonriendo—, ¿cómo va tu mono?

Llanga lo miró, como si vacilase en responder. Luego, poniendo la mano en el brazo de Max Huber:

—No es un mono... —dijo.

—¿No es un mono? —repitió John Cort.

—¡Vamos, es tozudo nuestro Llanga! —repuso Max Huber—. ¿A ver? ¿Te has metido en la cabeza que era un niño como tú?

—Un niño... no como yo... pero un niño...

—Escucha, Llanga —prosiguió John Cort, y con más seriedad que su compañero—, ¿pretendes que es un niño?

—Sí... ha hablado... esta noche.

—¿Ha hablado?

—Y acaba de hablar hace un momento...

—¿Y qué ha dicho ese pequeño prodigio? —preguntó Max Huber.

—Ha dicho «ngora»...

—¡Cómo! ¿Esa palabra que yo había oído? —exclamó John Cort, sin ocultar su sorpresa.

—Sí... «ngora» —afirmó el joven indígena.

Solo había dos hipótesis: o Llanga había sido víctima de una ilusión, o había perdido la cabeza.

—Verifiquémoslo —dijo John Cort—, y, con tal de que sea cierto, iserá cuando menos extraordinario, querido Max!

Ambos penetraron bajo el toldo y examinaron al pequeño durmiente.

Ciertamente, a primera vista, se habría podido afirmar que debía de ser de raza simiesca. Lo que llamó la atención de John Cort de entrada fue que se encontraba en presencia no de un cuadrumano, sino de un bímano. Ahora bien, desde las últimas clasificaciones generalmente admitidas de Blumenbach, se sabe que solo el hombre pertenece a este orden en el reino animal. Aquella singular criatura no poseía más que dos manos, cuando todos los simios, sin excepción, tienen cuatro, y sus pies parecían conformados para la marcha, no siendo prensiles como los de los tipos de la raza simiesca.

John Cort, en primer lugar, se lo hizo notar a Max Huber.

—Curioso... imuy curioso! —replicó este.

En cuanto a la talla de aquel pequeño ser, no pasaba de los setenta y cinco centímetros.

Parecía, por lo demás, estar en su infancia y no tener más de cinco o seis años. Su piel, desprovista de pelo, presentaba un ligero vello rojizo. En la frente, el mentón, las mejillas, ninguna apariencia de sistema piloso, que solo proliferaba en el pecho, los muslos y las piernas. Sus orejas terminaban en una carne redondeada y blanda, diferentes de las de los cuadrumanos, las cuales carecen de lóbulos. Sus brazos no se alargaban desmesuradamente. La naturaleza no lo había agraciado con el quinto miembro, común a la mayoría de los simios, esa cola que les sirve para el tacto y la prensión. Tenía la cabeza de forma redonda, el ángulo facial de unos ochenta grados, la nariz chata, la frente poco huidiza. Si no eran cabellos lo que cubría su cráneo, era al menos una especie de vellón análogo al de los indígenas del África central. Evidentemente, aquel tipo se

reclamaba más del hombre que del simio por su conformación general, y muy probablemente también por su organización interna.

A qué grado de asombro llegaron Max Huber y John Cort, cabe imaginarlo, ante un ser absolutamente nuevo que ningún antropólogo había observado jamás, y que, en suma, parecía estar a medio camino entre la humanidad y la animalidad.

Y además, Llanga había afirmado que hablaba, a menos que el joven indígena hubiese tomado por una palabra articulada lo que no era sino un grito que no respondía a idea alguna, un grito debido al instinto, no a la inteligencia.

Los dos amigos permanecían en silencio, esperando que la boca del pequeño se entreabriera, mientras Llanga seguía humedeciéndole la frente y las sienes. Su respiración, sin embargo, era menos jadeante, su piel menos caliente, y el acceso de fiebre tocaba a su fin. Al fin sus labios se distendieron ligeramente.

—Ngora... ngora... —repitió.

—¡Esto sí que pasa de toda razón! —exclamó Max Huber.

Y ni el uno ni el otro querían creer lo que acababan de oír.

¡Cómo! ¡Aquel ser, fuera lo que fuese, que no ocupaba ciertamente el grado superior de la escala animal, poseía el don de la palabra! Si hasta entonces no había pronunciado más que esa única palabra de la lengua congoleña, ¿no cabía suponer que empleaba otras, que tenía ideas, que sabía traducirlas en frases?

Lo que era de lamentar era que sus ojos no se abriesen, que no se pudiera buscar en ellos esa mirada donde el pensamiento se refleja y que responde a tantas cosas. Pero sus párpados seguían cerrados, y nada indicaba que estuviesen a punto de levantarse...

Sin embargo, John Cort, inclinado sobre él, acechaba las palabras o los gritos que pudieran escapársele. Le sostenía la cabeza sin que se despertara, y cuál fue su sorpresa al ver un cordón enrollado alrededor de aquel cuellecito.

Hizo deslizar el cordón, hecho de una trenza de seda, para alcanzar el nudo de sujeción, y casi al instante dijo:

—¡Una medalla!

—¿Una medalla? —repitió Max Huber.

John Cort desató el cordón.

¡Sí! Una medalla de níquel, grande como una moneda de un sou, con un nombre grabado en un lado y un perfil grabado en el otro.

El nombre era el de Johausen; el perfil, el del doctor.

—¡Él! —exclamó Max Huber—. ¡Y este crío, condecorado con la orden del profesor alemán, cuya jaula vacía hemos encontrado!

Que aquellas medallas se hubiesen repartido por la región del Camerún, nada de extraño, puesto que el doctor Johausen las había distribuido en numerosas ocasiones entre los congoleños y las congoleñas. Pero que una insignia de ese tipo estuviese colgada precisamente del cuello de aquel extraño habitante de la selva del Ubangui...

—Es fantástico —declaró Max Huber—, y, a menos que estos medio simios medio hombres hayan robado esta medalla de la caja del doctor...

—¿Khamis? —llamó John Cort.

Si llamaba al foreloper, era para ponerlo al corriente de estos hechos extraordinarios y preguntarle qué pensaba de aquel descubrimiento.

Pero, en ese mismo momento, se oyó la voz del foreloper, que gritaba:

—¡Señor Max... señor John!

Los dos jóvenes salieron del toldo y se acercaron a Khamis.

—Escuchen —dijo este.

A quinientos metros aguas abajo, el río torcía bruscamente hacia la derecha en un recodo donde los árboles reaparecían en espesos macizos. El oído, tendido en aquella dirección, percibía un bramido sordo y continuo que no se parecía en nada a mugidos de rumiantes ni a aullidos de fieras. Era una especie de estruendo que se acrecentaba a medida que la balsa ganaba en aquella dirección...

—Un ruido sospechoso... —dijo John Cort.

—Y del que no reconozco la naturaleza —añadió Max Huber.

—Quizá haya allí abajo una cascada o un rápido... —prosiguió el foreloper—. El viento sopla del sur, ¡y noto que el aire está todo mojado!

Khamis no se equivocaba. Por la superficie del río pasaba como un vapor líquido que solo podía provenir de una violenta agitación de las aguas.

Si el río estaba cortado por un obstáculo, si la navegación iba a verse interrumpida, aquello constituía una eventualidad lo bastante grave para que Max Huber y John Cort dejasen de pensar en Llanga y en su protegido.

La balsa derivaba con cierta rapidez y, más allá del recodo, se aclararían las causas de aquel lejano tumulto.

Franqueado el recodo, los temores del foreloper no se vieron sino demasiado justificados.

A unas cien toesas aproximadamente, un amontonamiento de rocas negruzcas formaba barrera de una orilla a otra, salvo en su centro, donde las aguas se precipitaban coronándola de espuma. A cada lado venían a estrellarse contra un dique natural y, en ciertos puntos, saltaban por encima. Era, a un tiempo, el rápido en el centro, la cascada lateralmente. Si la balsa no se arrimaba a una de las riberas, si no se conseguía sujetarla sólidamente, sería arrastrada y se estrellaría contra la barrera, a menos que zozobrase en el rápido.

Todos habían conservado la sangre fría. Además, no había un instante que perder, pues la velocidad de la corriente se acentuaba.

—¡A la orilla... a la orilla! —gritó Khamis.

Eran entonces las seis y media y, con aquel tiempo brumoso, el crepúsculo no dejaba ya más que una claridad dudosa que apenas permitía distinguir los objetos.

Esta dificultad, sumada a tantas otras, complicaba la maniobra.

Fue en vano que Khamis intentó dirigir la balsa hacia la ribera. Sus fuerzas no bastaban. Max Huber se unió a él para resistir la corriente, que los arrastraba en línea recta hacia el centro de la barrera. Entre los dos obtuvieron cierto resultado, y habrían conseguido salir de aquella deriva si la espadilla no se hubiera roto.

—Estemos listos para saltar a las rocas, antes de vernos metidos en el rápido... —ordenó Khamis.

—No hay otra cosa que hacer —respondió John Cort.

En medio de todo aquel estruendo, Llanga acababa de salir del toldo. Miró, comprendió el peligro... En lugar de pensar en sí mismo, pensó en el otro, en el pequeño. Fue a tomarlo en brazos y se arrodilló a popa.

Un minuto después, la balsa era atrapada por el rápido. No obstante, quizá no chocaría contra la barrera y descendería sin zozobrar...

La mala suerte se impuso, y fue contra una de las rocas de la izquierda donde el frágil aparejo embistió con extrema violencia. En vano Khamis y sus compañeros intentaron agarrarse a la barrera, sobre la que lograron lanzar la caja de cartuchos, las armas, los utensilios...

Todos fueron precipitados en el torbellino en el instante en que la balsa se hacía añicos, cuyos restos desaparecieron aguas abajo entre las aguas mugientes.

CAPÍTULO XII — BAJO LOS ÁRBOLES

Al día siguiente, tres hombres yacían junto a una hoguera cuyos últimos carbones acababan de consumirse. Vencidos por la fatiga, incapaces de resistir al sueño, después de haberse puesto de nuevo la ropa secada ante aquel fuego, se habían dormido.

¿Qué hora era, y aun, era de día o de noche? Ninguno de ellos habría podido decirlo. Sin embargo, calculando el tiempo transcurrido desde la víspera, parecía que el sol debía de hallarse sobre el horizonte. Pero ¿en qué dirección quedaba el este? Esta pregunta, de haber sido formulada, habría quedado sin respuesta.

¿Estaban aquellos tres hombres, pues, en el fondo de una caverna, en un lugar impenetrable a la luz del día?

No: a su alrededor se apretaban árboles en tal número que detenían la vista a la distancia de unos pocos metros. Incluso con la hoguera encendida, entre los enormes troncos y las lianas que se tendían de uno a otro, habría sido imposible reconocer un sendero practicable para peatones. La rama más baja formaba un techo a apenas quince metros del suelo. Por encima, tan denso era el follaje, hasta la extrema cima, que ni la claridad de las estrellas ni los rayos del sol pasaban a su través. Una prisión no habría sido más oscura, sus muros no habrían sido más infranqueables, y sin embargo no era más que uno de los sotobosques de la gran selva.

En aquellos tres hombres se habría reconocido a John Cort, Max Huber y Khamis.

¿Por qué encadenamiento de circunstancias se encontraban en aquel lugar? Lo ignoraban. Tras la destrucción de la balsa contra la barrera, sin haber podido aferrarse a las rocas, habían sido precipitados en las aguas del rápido, y no sabían nada de lo que había seguido a aquella catástrofe. ¿A quién debían su salvación el foreloper y sus compañeros? ¿Quién los había transportado hasta aquel espeso macizo antes de que hubieran recobrado el conocimiento?

Por desgracia, no todos habían escapado a aquel desastre. Uno de ellos faltaba: el hijo adoptivo de John Cort y Max Huber, el pobre Llanga, y también el pequeño ser que había salvado una primera vez... ¿Y quién sabe si no fue al querer salvarlo por segunda vez cuando pereció con él?

Ahora, Khamis, John Cort y Max Huber no poseían ni municiones ni armas, ningún utensilio, salvo sus navajas de bolsillo y la hachuela que el foreloper llevaba al cinto. Se acabó la balsa, y, por otra parte, ¿hacia qué lado se habrían dirigido para encontrar el curso del río Johausen?

¿Y la cuestión de la comida, cómo resolverla? Los productos de la caza iban a faltar... ¿Quedarían reducidos Khamis, John Cort y Max Huber a las raíces, a los frutos silvestres, recursos insuficientes y muy problemáticos? ¿No era acaso la perspectiva de morir de hambre a breve plazo?

Un plazo de dos o tres días, no obstante, pues la alimentación estaría al menos asegurada durante ese lapso de tiempo. Lo que quedaba del búfalo había sido depositado en aquel lugar. Tras repartirse las pocas tajadas ya cocidas, se habían dormido alrededor de aquel fuego a punto de extinguirse.

John Cort se despertó el primero en medio de una oscuridad que la noche no habría hecho más profunda. Acostumbrándose sus ojos a aquellas tinieblas, divisó vagamente a Max Huber y a Khamis acostados al pie de los árboles. Antes de sacarlos de su sueño, fue a reavivar la hoguera acercando las puntas de los tizones que ardían

bajo la ceniza. Luego recogió una brazada de leña muerta y hierbas secas, y pronto una llama crepitante arrojó sus resplandores sobre el campamento.

—Ahora —dijo John Cort— veamos cómo salir de aquí, pero ¿cómo?

El crepitar de la hoguera no tardó en despertar a Max Huber y a Khamis. Se incorporaron casi al mismo tiempo. El sentimiento de la situación les volvió, e hicieron lo que había que hacer: celebraron consejo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Max Huber.

—Donde nos han transportado —respondió John Cort—, y con eso quiero decir que no sabemos nada de lo que ha ocurrido desde...

—Desde una noche y un día quizá... —añadió Max Huber—. ¿Fue ayer cuando nuestra balsa se estrelló contra la barrera? Khamis, ¿tiene usted alguna idea al respecto?

Por toda respuesta, el foreloper se limitó a sacudir la cabeza. Imposible determinar la cuenta del tiempo transcurrido, ni decir en qué condiciones se había efectuado el rescate.

—¿Y Llanga? —preguntó John Cort—. Ha perecido con toda seguridad, ipuesto que no está con nosotros! Quienes nos salvaron no pudieron sacarlo del rápido...

—¡Pobre niño! —suspiró Max Huber—. ¡Sentía por nosotros un afecto tan vivo! Lo queríamos... le habríamos dado una existencia tan feliz... Haberlo arrancado de las manos de aquellos denkas, y ahora... ¡Pobre niño!

Los dos amigos no habrían dudado en arriesgar la vida por Llanga... Pero ellos también habían estado a punto de perecer en el torbellino, e ignoraban a quién debían su salvación...

Inútil añadir que ya no pensaban en la singular criatura recogida por el joven indígena, y que se había ahogado con él, sin duda. Bien otras cuestiones los preocupaban a aquella hora, cuestiones mucho

más graves que aquel problema de antropología relativo a un tipo mitad hombre y mitad simio.

John Cort prosiguió:

—Cuando hago memoria, no recuerdo nada de los hechos que siguieron a la colisión contra la barrera... Un poco antes, me pareció ver a Khamis de pie, lanzando las armas y los utensilios sobre las rocas...

—Sí —dijo Khamis—, y con bastante acierto para que esos objetos no cayeran al río... Después...

—Después —declaró Max Huber—, en el momento en que fuimos engullidos, creí... sí... creí ver hombres...

—Hombres... en efecto... —respondió vivamente John Cort—, indígenas que, gesticulando, gritando, se precipitaron hacia la barrera...

—¿Vieron ustedes indígenas? —preguntó el foreloper, muy sorprendido.

—Una docena aproximadamente —afirmó Max Huber—, y son ellos, según toda probabilidad, quienes nos sacaron del río...

—Luego —añadió John Cort—, sin que hubiésemos recobrado el conocimiento, nos transportaron a este lugar... con estos restos de provisiones... Finalmente, después de encender este fuego, se apresuraron a desaparecer...

—Y han desaparecido incluso tan bien —añadió Max Huber— que no encontramos ni rastro de ellos. Lo que demuestra que les importaba poco nuestra gratitud...

—Paciencia, querido Max —replicó John Cort—, es posible que estén alrededor de este campamento... ¿Cómo admitir que nos hubiesen traído aquí para abandonarnos después?

—¡Y en qué lugar! —exclamó Max Huber—. Que haya en esta selva del Ubangui espesuras tan densas, eso supera la imaginación! Estamos en plena oscuridad...

—De acuerdo... pero ¿es de día? —observó John Cort.

Esta cuestión no tardó en resolverse afirmativamente. Por opaco que fuese el follaje, se percibía por encima de las copas de los árboles, de treinta a cincuenta metros de altura, los vagos resplandores del espacio. No parecía dudoso que el sol, en aquel momento, iluminase el horizonte. Los relojes de John Cort y de Max Huber, empapados por las aguas del río, ya no podían indicar la hora. Habría que fiarse, pues, de la posición del disco solar, y aun eso solo sería posible si sus rayos penetraban a través de las ramas.

Mientras los dos amigos intercambiaban estas diversas preguntas a las que no sabían cómo responder, Khamis los escuchaba sin pronunciar palabra. Se había puesto en pie, recorría el estrecho espacio que aquellos enormes árboles dejaban libre, rodeado por una barrera de lianas y zízifos espinosos. Al mismo tiempo, buscaba descubrir un rincón de cielo en el intervalo de las ramas; intentaba reencontrar en sí aquel sentido de la orientación que nunca tendría mejor ocasión de ejercerse. Si ya había atravesado los bosques del Congo o del Camerún, no se había adentrado por regiones tan impenetrables. Aquella parte de la gran selva no podía compararse a la que sus compañeros y él habían recorrido desde la linde hasta el río Johausen. A partir de aquel punto, se habían dirigido generalmente hacia el suroeste. Pero ¿dónde quedaba ahora el suroeste, y el instinto de Khamis lo orientaría a este respecto?

En el momento en que John Cort, adivinando su vacilación, iba a interrogarlo, fue Khamis quien preguntó:

—Señor Max, ¿está usted seguro de haber avistado indígenas cerca de la barrera?

—Muy seguro, Khamis, en el momento en que la balsa se estrellaba contra las rocas.

—¿Y en qué orilla?

—En la orilla izquierda.

—¿Dice usted la orilla izquierda?

—Sí... la orilla izquierda.

—¿Estaríamos entonces al este del río?

—Sin duda, y, por consiguiente —añadió John Cort—, en la parte más profunda de la selva... Pero ¿a qué distancia del río Johausen?

—Esa distancia no puede ser considerable —declaró Max Huber—. Estimarla en unos pocos kilómetros sería exagerar. Es inadmisibile que nuestros salvadores, fuesen quienes fuesen, nos hayan transportado lejos...

—Soy de esa opinión —afirmó Khamis—, el río no puede estar alejado... así que nos conviene alcanzarlo y luego reanudar nuestra navegación aguas abajo de la barrera, en cuanto hayamos construido una balsa...

—¿Y cómo vivir hasta entonces, y luego durante el descenso hacia el Ubangui? —objetó Max Huber—. Ya no tenemos los recursos de la caza...

—Además —hizo observar John Cort—, ¿hacia qué lado buscar el río Johausen? Que desembarcamos en la orilla izquierda, lo acepto... Pero, con la imposibilidad de orientarse, ¿se puede afirmar que el río esté en una dirección antes que en otra?

—Y para empezar —preguntó Max Huber—, ¿por dónde, si me hacen el favor, salir de este matorral?

—Por ahí —respondió el foreloper.

Y señalaba un desgarrón en la cortina de lianas a través del cual sus compañeros y él debían de haber sido introducidos en aquel lugar. Más allá se dibujaba una senda oscura y sinuosa que parecía practicable.

¿Adónde conducía aquella senda? ¿Era al río? Nada menos seguro... ¿No se cruzaba con otras? ¿No se corría el riesgo de perderse en aquel laberinto? Además, antes de cuarenta y ocho horas, lo que quedaba del búfalo habría sido devorado... ¿Y

después? En cuanto a aplacar la sed, las lluvias eran lo bastante frecuentes para apartar todo temor a ese respecto.

—En cualquier caso —observó John Cort—, no es echando raíces aquí como saldremos del apuro, y hay que abandonar este lugar cuanto antes...

—Comamos primero —dijo Max Huber.

Aproximadamente un kilogramo de carne fue repartido en tres partes, y cada cual tuvo que contentarse con aquella magra comida!

—Y pensar —prosiguió Max Huber— que ni siquiera sabemos si es un almuerzo o una cena...

—¡Qué más da! —replicó John Cort—. Al estómago no le importan esas distinciones...

—Sea, pero necesita beber, el estómago, y unas gotas del río Johausen las recibiría como el mejor caldo de los vinos de Francia!

Mientras comían, habían vuelto a quedar en silencio. De aquella oscuridad se desprendía una vaga impresión de inquietud y malestar. La atmósfera, impregnada de los olores húmedos del suelo, se espesaba bajo aquel dosel de follaje. En aquel medio, que parecía incluso impropio para el vuelo de las aves, ni un grito, ni un canto, ni un aleteo. A veces el chasquido seco de una rama muerta cuya caída se amortiguaba al contacto con la alfombra de musgos esponjosos extendida de un tronco a otro. Por instantes, también, un silbido agudo, luego el frufnú entre las hojas secas de una de esas culebrillas de la maleza, de cincuenta a sesenta centímetros de largo, afortunadamente inofensivas. En cuanto a los insectos, zumbaban como de costumbre y no habían escatimado sus picaduras.

Terminada la comida, los tres se levantaron.

Tras recoger el trozo de búfalo, Khamis se dirigió hacia el paso que dejaban entre sí las lianas.

En aquel instante, varias veces y con voz fuerte, Max Huber lanzó esta llamada:

—¡Llanga!... ¡Llanga!... ¡Llanga!...

Fue en vano, y ningún eco devolvió el nombre del joven indígena.

—Partamos —dijo el foreloper.

Y tomó la delantera.

Apenas había puesto el pie en la senda cuando exclamó:

—¡Una luz!

Max Huber y John Cort se adelantaron vivamente.

—¿Los indígenas? —dijo uno.

—¡Esperemos! —respondió el otro.

La luz —muy probablemente una antorcha encendida— aparecía en dirección de la senda, a algunos centenares de pasos. No iluminaba la profundidad del bosque más que en un débil radio, lanzando vivos destellos sobre el envés de las altas ramas.

¿Hacia dónde se dirigía quien portaba aquella antorcha? ¿Iba solo? ¿Había motivos para temer un ataque, o era un socorro que llegaba?

Khamis y los dos amigos vacilaban en adentrarse más en la selva.

Transcurrieron dos o tres minutos.

La antorcha no se había desplazado.

En cuanto a suponer que aquella luz fuese la de un fuego fatuo, no, desde luego, dada su fijeza.

—¿Qué hacemos? —preguntó John Cort.

—Caminar hacia esa luz, puesto que ella no viene a nosotros —respondió Max Huber.

—Vamos —dijo Khamis.

El foreloper remontó la senda unos pasos. Al instante, la antorcha se alejó. ¿Se había percatado, pues, el portador de que aquellos tres extraños acababan de ponerse en movimiento? ¿Pretendía iluminar su marcha bajo aquellos oscuros macizos de la selva, guiarlos de vuelta hacia el río Johausen o cualquier otro curso de agua tributario del Ubangui?

No era momento de contemporizar. Había que seguir aquella luz primero, e intentar luego retomar la ruta hacia el suroeste.

Y helos ahí siguiendo el estrecho sendero, sobre un suelo cuyas hierbas estaban aplastadas desde hacía tiempo, las lianas rotas, la maleza apartada por el paso de hombres o animales.

Sin contar los árboles que Khamis y sus compañeros ya habían encontrado, había otros de especie más rara, como el gura crepitans de frutos explosivos, que hasta entonces solo se había hallado en América en la familia de las euforbiáceas, cuya corteza tierna encierra una sustancia lechosa y cuya nuez estalla con gran estrépito lanzando lejos su semilla; como el tsofar, el árbol silbador, entre cuyas ramas el viento silbaba como a través de una rendija, y que solo había sido señalado en las selvas de Nubia.

John Cort, Max Huber y Khamis caminaron así durante unas tres horas, y, cuando hicieron alto tras aquella primera etapa, la luz se detuvo en el mismo instante...

—Decididamente, es un guía —declaró Max Huber—, ¡un guía de una complacencia perfecta! Si al menos supiéramos adónde nos lleva...

—Que nos saque de este laberinto —respondió John Cort—, ¡y no le pido más! Y bien, Max, todo esto, ¿es bastante extraordinario?

—Bastante... en efecto...

—¡Con tal de que no lo sea demasiado, querido amigo! —añadió John Cort.

Durante la tarde, el sinuoso sendero no dejó de discurrir bajo frondas cada vez más opacas. Khamis iba en cabeza, sus

compañeros detrás, en fila india, pues solo había paso para una persona. Si a veces apretaban el paso para acercarse a su guía, este, apretando igualmente el suyo, mantenía invariablemente su distancia.

Hacia las seis de la tarde, según la estima, de cinco a seis leguas debían de haber sido cubiertas desde la partida. Sin embargo, la intención de Khamis, a pesar de la fatiga, era seguir la luz mientras se mostrase, y se disponía a reanudar la marcha cuando esta se apagó de pronto.

—Hagamos alto —dijo John Cort—. Es evidentemente una indicación que se nos da...

—O más bien una orden —observó Max Huber.

—Obedezcamos, pues —replicó el foreloper—, y pasemos la noche en este lugar.

—Pero mañana —añadió John Cort—, ¿va a reaparecer la luz?

Era la cuestión.

Los tres se tendieron al pie de un árbol. Se repartieron un trozo de búfalo y, afortunadamente, fue posible saciar la sed en un hilillo de agua que serpenteaba bajo las hierbas. Aunque las lluvias eran frecuentes en aquella región forestal, no había caído una sola gota de agua en cuarenta y ocho horas.

—Quién sabe incluso —observó John Cort— si nuestro guía no ha elegido precisamente este lugar porque encontraríamos aquí con qué desalterar la sed...

—Delicada atención —reconoció Max Huber, recogiendo un poco de aquella agua fresca con una hoja enrollada en forma de cucurucho.

Por inquietante que fuese la situación, el cansancio pudo más y el sueño no se hizo esperar. Pero John Cort y Max Huber no se durmieron sin haber hablado de Llanga... ¡Pobre niño! ¿Se habría ahogado en el rápido? Si había sido salvado, ¿por qué no lo habían

vuelto a ver? ¿Por qué no se había reunido con sus dos amigos, John y Max?

Cuando los durmientes despertaron, una débil claridad, filtrándose entre las ramas, indicó que era de día. Khamis creyó poder concluir que habían seguido la dirección del este. Por desgracia, era ir en la mala dirección... En todo caso, no había más que reemprender la marcha.

—¿Y la luz? —dijo John Cort.

—Aquí reaparece —respondió Khamis.

—A fe mía —exclamó Max Huber—, ¡es la estrella de los Reyes Magos! Sin embargo, no nos conduce hacia el occidente, ¿y cuándo llegaremos a Belén?

Ninguna aventura marcó aquella jornada del 22 de marzo. La antorcha luminosa no dejó de guiar a la pequeña tropa, siempre en dirección al este.

A cada lado de la senda, la arboleda parecía impenetrable: troncos apretados unos contra otros, un inextricable entrelazamiento de maleza. Era como si el foreloper y sus compañeros estuviesen metidos en un interminable túnel de verdor. En varios puntos, sin embargo, algunos senderos, no menos estrechos, cortaban aquel que elegía el guía, y, sin él, Khamis no habría sabido cuál tomar.

No se avistó un solo rumiante, ¿y cómo se habrían aventurado animales de gran tamaño hasta allí? Se acabaron aquellas trochas de las que el foreloper había sacado partido antes de alcanzar las orillas del río Johausen.

Así pues, aun cuando los dos cazadores hubieran tenido sus fusiles, ¡de qué poco habrían servido, puesto que no se presentaba ni una sola pieza de caza!

Era, pues, con una aprensión muy justificada como John Cort, Max Huber y el foreloper veían su comida casi enteramente agotada. Una comida más y no quedaría nada. Y si al día siguiente no habían

llegado a su destino, es decir, al término de aquella extraordinaria caminata siguiendo aquella misteriosa luz, ¿qué sería de ellos?

Como la víspera, la antorcha se apagó al caer la noche, y, como la anterior, aquella noche transcurrió sin sobresaltos.

Cuando John Cort se incorporó el primero, despertó a sus compañeros exclamando:

—¡Han venido aquí mientras dormíamos!

En efecto, un fuego estaba encendido, algunos carbones ardientes formaban brasa, y un trozo de antílope colgaba de la rama baja de una acacia por encima de un arroyuelo.

Esta vez, Max Huber no hizo siquiera oír una exclamación de sorpresa.

Ni sus compañeros ni él querían discutir las extrañezas de aquella situación, aquel guía desconocido que los conducía hacia un destino no menos desconocido, aquel genio de la gran selva cuyas huellas seguían desde la antevíspera...

Haciéndose sentir vivamente el hambre, Khamis asó el trozo de antílope, que bastaría para las dos comidas de mediodía y de la noche.

En aquel momento, la antorcha dio de nuevo la señal de partida.

Se reanudó la marcha en las mismas condiciones. No obstante, por la tarde se pudo constatar que el espesor de la arboleda disminuía poco a poco. La luz del día penetraba más, al menos a través de las copas. Sin embargo, fue todavía imposible distinguir al ser, fuese cual fuese, que caminaba por delante.

Al igual que la víspera, de cinco a seis leguas, siempre según la estima, fueron cubiertas durante aquella jornada. Desde el río Johausen, el recorrido podía ser de unos sesenta kilómetros.

Aquella noche, en el instante en que se apagó la antorcha, Khamis, John Cort y Max Huber se detuvieron. Era de noche, sin duda, pues una oscuridad profunda envolvía aquel macizo. Muy

fatigados por aquellas largas etapas, tras acabar el trozo de antílope, tras haberse desalterado con agua fresca, los tres se tendieron al pie de un árbol y se durmieron...

Y —en sueños, seguramente— ¿no creyó Max Huber oír el sonido de un instrumento que tocaba sobre su cabeza el vals tan conocido del *Freischütz* de Weber?

CAPÍTULO XIII — EL PUEBLO AÉREO

Al día siguiente, al despertar, el foreloper y sus compañeros observaron, no sin gran sorpresa, que la oscuridad era más profunda aún en aquella parte de la selva. ¿Era de día? No habrían podido afirmarlo. Fuera como fuese, la luz que los guiaba desde hacía sesenta horas no reaparecía. Necesidad, pues, de esperar a que se mostrase para reemprender la marcha.

No obstante, John Cort hizo una observación de la que sus compañeros y él dedujeron al instante ciertas consecuencias:

—Lo que cabe señalar —dijo— es que esta mañana no hemos tenido fuego y nadie ha venido durante nuestro sueño a traernos el rancho...

—Es tanto más lamentable —añadió Max Huber— cuanto que no queda nada de comer...

—Quizá —prosiguió el foreloper— eso indique que hemos llegado...

—¿Adónde? —preguntó John Cort.

—Adonde nos conducían, iquerido John!

Era una respuesta que no respondía a nada; pero ¿cómo ser más explícito?

Otra observación: si la selva era más oscura, no parecía que fuese más silenciosa. Se oía como una especie de zumbido aéreo, un rumor desordenado, que procedía de las ramas superiores. Mirando,

Khamis, Max Huber y John Cort distinguían vagamente como un ancho techo extendido a unos treinta metros por encima del suelo.

Sin duda, existía a aquella altura un prodigioso entramado de ramas, sin intersticio alguno por el que se filtrase la claridad del día. Un tejado de paja no habría sido más impenetrable a la luz. Esta disposición explicaba la oscuridad que reinaba bajo los árboles.

En el lugar donde los tres habían acampado aquella noche, la naturaleza del suelo estaba muy modificada. Se acabaron aquellas zarzas entreveradas, aquellos zízifos espinosos que lo obstruían fuera de la senda. Una hierba casi rasa, y ningún rumiante habría podido «pastar la anchura de su lengua». Imagínese una pradera cuya superficie jamás regarían lluvias ni manantiales.

Los árboles, dejando entre sí intervalos de seis a diez metros, se asemejaban a los bajos pilares de una construcción colosal, y sus ramas debían de cubrir un área de varios miles de metros cuadrados.

Allí, en efecto, se aglomeraban esos sicómoros africanos cuyo tronco se compone de una cantidad de tallos soldados entre sí; bombax de fuste simétrico, de raíces gigantescas y de una talla superior a la de sus congéneres; baobabs, reconocibles por la forma de calabaza que adoptan en su base, de una circunferencia de veinte a treinta metros, y que corona un enorme haz de ramas colgantes; palmeras dum de tronco bifurcado; palmeras deleb de tronco giboso; ceibas de tronco ahuecado en una serie de cavidades lo bastante grandes para que un hombre pudiese acurrucarse en ellas; caobas que dan piezas de un metro cincuenta de diámetro y que pueden ahuecarse en embarcaciones de quince a dieciocho metros, con una capacidad de tres a cuatro toneladas; dragos de dimensiones gigantescas; bauhinias, simples arbustos bajo otras latitudes, aquí los gigantes de esta familia de leguminosas. Imagínese lo que debía de ser el despliegue de las copas de estos árboles a unos cien metros en el aire.

Transcurrió aproximadamente una hora. Khamis no dejaba de pasear la mirada en todas direcciones, al acecho de la luz conductora... ¿Y por qué habría renunciado a seguir al guía desconocido? Cierto es que su instinto, unido a ciertas observaciones, lo incitaba a pensar que se había dirigido siempre hacia el este. Ahora bien, no era en esa dirección donde discurría el curso del Ubangui, no era el camino de vuelta... ¿Adónde los había arrastrado, pues, aquella extraña luz?

Puesto que no reaparecía, ¿qué hacer? ¿Abandonar aquel lugar? ¿Para ir adónde? ¿Permanecer allí? ¿Y alimentarse en ruta? Ya sentían hambre y sed...

—Sin embargo —dijo John Cort—, nos veremos obligados a partir, y me pregunto si no sería mejor ponernos en marcha de inmediato...

—¿Hacia qué lado? —objetó Max Huber.

Era la cuestión, ¿y en qué indicio podía uno apoyarse para resolverla?

—En fin —prosiguió John Cort con impaciencia—, nuestros pies no están enraizados aquí, ¡que yo sepa! La circulación es posible entre estos árboles, y la oscuridad no es tan profunda como para que no se pueda uno orientar...

—¡Vengan! —ordenó Khamis.

Y los tres fueron en descubierta a lo largo de medio kilómetro. Pisaban invariablemente el mismo suelo desbrozado, la misma alfombra pelada y seca, tal como habría estado bajo el cobijo de un tejado impenetrable tanto a la lluvia como a los rayos del sol. Por doquier los mismos árboles, de los que solo se veían las ramas bajas. Y siempre aquel rumor confuso que parecía caer de lo alto y cuyo origen seguía siendo inexplicable.

¿Estaba absolutamente desierto aquel sotobosque? No, y, en varias ocasiones, Khamis creyó entrever sombras deslizándose entre los árboles. ¿Era una ilusión? No sabía muy bien qué pensar. Por fin,

después de media hora infructuosamente empleada, sus compañeros y él fueron a sentarse junto al tronco de una bauhinia.

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a aquella oscuridad, que, por otra parte, se atenuaba. Gracias al sol ascendente, un poco de claridad se propagaba bajo aquel techo tendido por encima del suelo. Ya se podían distinguir los objetos a una veintena de pasos.

Y he aquí que estas palabras fueron pronunciadas a media voz por el foreloper:

—Algo se mueve allá abajo...

—¿Un animal o un hombre? —preguntó John Cort mirando en aquella dirección.

—Sería un niño, en todo caso —hizo observar Khamis—, pues es de pequeña talla...

—¡Un mono, pardiez! —declaró Max Huber.

Inmóviles, guardaron silencio para no asustar a dicho cuadrumano. Si se lograba atraparlo, pues bien, pese a la repugnancia manifestada por la carne simiesca por parte de Max Huber y John Cort... Ciertamente es que, a falta de fuego, ¿cómo asarla o tostarla? A medida que se acercaba, aquel ser no mostraba asombro alguno. Caminaba sobre las patas traseras y se detuvo a unos pocos pasos.

¡Cuál no fue la estupefacción de John Cort y de Max Huber al reconocer a aquella singular criatura que Llanga había salvado, el protegido del joven indígena!

Y estas palabras se cruzaron:

—Él... es él...

—Sin ninguna duda...

—Pero entonces, si este pequeño está aquí, ¿por qué no iba a estar Llanga?

—¿Están seguros de no equivocarse? —preguntó el foreloper.

—Segurísimos —afirmó John Cort—, y, además, lo vamos a comprobar.

Sacó del bolsillo la medalla retirada del cuello del pequeño y, sujetándola por el cordón, la balanceó como un objeto que se presenta ante los ojos de un niño para atraerlo.

Apenas este hubo visto la medalla, se lanzó de un salto. ¡Ya no estaba enfermo! Durante aquellos tres días de ausencia había recobrado la salud y, al mismo tiempo, su agilidad natural. Así que se abalanzó sobre John Cort con la evidente intención de recuperar lo suyo.

Khamis lo atrapó al vuelo, y entonces ya no fue la palabra «ngora» la que escapó de la boca del pequeño, sino estas palabras claramente articuladas:

—¡Li-Mai! ¡Ngala... Ngala!

Lo que significaban estas palabras de una lengua desconocida incluso para Khamis, sus compañeros y él no tuvieron tiempo de preguntárselo. Bruscamente aparecieron otros individuos de la misma especie, de alta talla estos, de no menos de un metro setenta del talón a la nuca.

Khamis, John Cort y Max Huber no habían podido reconocer si tenían que vérselas con hombres o con cuadrumanos. Resistir a una docena de aquellos silvícolas de la gran selva habría sido inútil. El foreloper, Max Huber y John Cort fueron agarrados por los brazos, empujados hacia delante, obligados a caminar entre los árboles, y, rodeados por la banda, no se detuvieron sino después de un recorrido de quinientos o seiscientos metros.

En aquel punto, la inclinación de dos árboles, bastante próximos uno de otro, había permitido fijar en ellos ramas transversales, dispuestas como peldaños. Si no era una escalera, era más que una escala. Cinco o seis individuos de la escolta treparon por ella, mientras los demás obligaban a sus prisioneros a seguir el mismo camino, sin maltratarlos no obstante.

A medida que se ascendía, la luz se dejaba percibir a través de las frondas. Por los intersticios se filtraban algunos rayos de aquel sol del que Khamis y sus compañeros habían estado privados desde que habían dejado el curso del río Johausen.

Max Huber habría obrado de mala fe si se hubiese negado a reconocer que, decididamente, aquello entraba en la categoría de lo extraordinario.

Cuando la ascensión concluyó, a unos treinta metros del suelo, ¡cuál no fue su sorpresa! Veían desplegarse ante ellos una plataforma ampliamente iluminada por la luz del cielo. Por encima se redondeaban las verdeantes copas de los árboles. En su superficie estaban alineadas, en cierto orden, chozas de adobe amarillo y follaje que bordeaban calles. El conjunto formaba un pueblo establecido a aquella altura sobre una extensión tal que no se podían divisar sus límites.

Allí iban y venían una multitud de indígenas de tipo semejante al del protegido de Llanga. Su postura, idéntica a la del hombre, indicaba que tenían la costumbre de caminar erguidos, con lo que tenían derecho a ese calificativo de *erectus* dado por el doctor Eugène Dubois a los pitecántropos hallados en las selvas de Java, carácter antropogénico que dicho sabio considera como uno de los más importantes del intermediario entre el hombre y los simios, conforme a las previsiones de Darwin.

Si los antropólogos han podido decir que los cuadrumanos más elevados en la escala simiesca, los que más se aproximan a la conformación humana, se diferencian sin embargo de ella por la particularidad de que se sirven de sus cuatro miembros cuando huyen, parecía que esta observación no habría podido aplicarse a los habitantes del pueblo aéreo.

Pero Khamis, Max Huber y John Cort debieron aplazar para más adelante sus observaciones al respecto. Fuesen aquellos seres de los que debían situarse entre el animal y el hombre o no, su escolta, conversando en un idioma incomprensible, los empujó hacia una

choza en medio de una población que los miraba sin asombrarse demasiado. La puerta se cerró tras ellos y se vieron lisa y llanamente encarcelados en dicha choza.

—¡Perfecto! —declaró Max Huber—. Y lo que más me sorprende es que estos originales no parecen prestarnos atención. ¿Es que ya habrán visto hombres?

—Es posible —prosiguió John Cort—, pero queda por saber si tienen la costumbre de alimentar a sus prisioneros...

—¡O si no tienen más bien la de alimentarse de ellos! —añadió Max Huber.

Y, en efecto, puesto que, entre las tribus de África, los monbutus y otros se entregan todavía a las prácticas del canibalismo, ¿por qué aquellos silvícolas, que apenas les eran inferiores, no habrían tenido la costumbre de comerse a sus semejantes, o poco menos?

En todo caso, que aquellos seres fuesen antropoides de una especie superior a los orangutanes de Borneo, a los chimpancés de Guinea, a los gorilas del Gabón, que son los más próximos a la humanidad, eso no era discutible. En efecto, sabían hacer fuego y emplearlo para diversos usos domésticos: como la hoguera del primer campamento, como la antorcha que el guía había paseado a través de aquellas sombrías soledades. Y entonces vino la idea de que aquellas llamas errantes, señaladas en la linde, podían haber sido encendidas por estos extraños habitantes de la gran selva.

A decir verdad, se supone que ciertos cuadrumanos hacen uso del fuego. Así, Emin Pachá cuenta que los bosques de Msokgonie, durante las noches estivales, son infestados por bandas de chimpancés que se alumbran con antorchas y van a merodear hasta en las plantaciones.

Lo que convenía igualmente señalar es que aquellos seres, de especie desconocida, estaban conformados como los humanos en lo referente a la postura y la marcha. Ningún otro cuadrumano habría sido más digno de llevar ese nombre de orangután, que significa exactamente «hombre de los bosques».

—Y además hablan... —hizo observar John Cort, después de diversas observaciones que se intercambiaron a propósito de los habitantes de aquel pueblo aéreo.

—Pues bien, si hablan —exclamó Max Huber—, es porque tienen palabras para expresarse, ¡y las que quieren decir: «¡Me muero de hambre! ¿Cuándo nos sentamos a la mesa?» no me disgustaría conocerlas!

De los tres prisioneros, Khamis era el más anonadado. En su mollera, poco dada a las discusiones antropológicas, no le cabía que aquellos seres no fuesen animales, que aquellos animales no fuesen simios. Eran simios que caminaban, que hablaban, que hacían fuego, que vivían en poblados, pero al fin y al cabo simios. E incluso encontraba ya bastante extraordinario que la selva del Ubangui albergase tales especies de las que nunca se había tenido noticia. Su dignidad de indígena del continente negro se resentía de que aquellas bestias «estuviesen tan próximas a sus propios congéneres por sus facultades naturales».

Hay prisioneros que se resignan y otros que no se resignan. John Cort y el foreloper —y sobre todo el impaciente Max Huber— no pertenecían a la segunda categoría. Aparte de la molestia de estar encerrado en el fondo de aquella choza, la imposibilidad de ver nada a través de sus paredes opacas, la inquietud por el futuro, la incertidumbre sobre el desenlace de esta aventura, eran motivos sobrados de preocupación. Y además el hambre los apremiaba, pues la última comida se remontaba a unas quince horas.

Había, sin embargo, una circunstancia sobre la que podía fundarse alguna esperanza, vaga, sin duda: que el protegido de Llanga habitaba aquel pueblo —su pueblo natal, probablemente— y en medio de su familia, admitiendo que lo que llamamos familia existiese entre aquellos silvícolas del Ubangui.

—Ahora bien —dijo John Cort—, puesto que el pequeño fue salvado del torbellino, cabe pensar que Llanga lo fue también... No deben de haberse separado, y si Llanga se entera de que tres

hombres acaban de ser traídos a este pueblo, ¿cómo no iba a comprender que se trata de nosotros? En suma, no nos han hecho ningún daño hasta ahora, y es probable que tampoco se lo hayan hecho a Llanga...

—Evidentemente, el protegido está sano y salvo —admitió Max Huber—, pero ¿lo está el protector? Nada prueba que nuestro pobre Llanga no haya perecido en el río...

Nada, en efecto.

En aquel momento, la puerta de la choza, que estaba custodiada por dos robustos mozos, se abrió, y el joven indígena apareció.

—¡Llanga... Llanga! —exclamaron a la vez los dos amigos.

—¡Mi amigo Max... mi amigo John! —respondió Llanga, que cayó en sus brazos.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó el foreloper.

—Desde ayer por la mañana...

—¿Y cómo has venido?

—Me trajeron a través de la selva...

—Los que te llevaban debieron de caminar más deprisa que nosotros, Llanga...

—¡Muy deprisa!

—¿Y quién te llevó?

—Uno de los que me habían salvado... que los habían salvado a ustedes también...

—¿Hombres?

—Sí... hombres... no simios... ¡no! No simios.

Siempre afirmativo, el joven indígena. En todo caso, eran ejemplares de una raza particular, sin duda, afectados del signo «menos» respecto a la humanidad... Una raza intermedia de

primitivos, quizá especímenes de ese género de antropitecos que faltan en la escala animal...

Y entonces, Llanga contó sumariamente su historia, después de haber besado repetidas veces las manos del francés y del americano, rescatados como él en el momento en que los arrastraba el rápido y a quienes ya no esperaba volver a ver.

Cuando la balsa chocó contra las rocas, habían sido precipitados en el torbellino, él y Li-Mai...

—¿Li-Mai? —exclamó Max Huber.

—Sí... Li-Mai... ese es su nombre... Me lo ha repetido señalándose a sí mismo: «Li-Mai... Li-Mai...»

—¿Así que tiene un nombre? —dijo John Cort.

—Evidentemente, John... Cuando se habla, ¿no es de lo más natural darse un nombre?

—¿Es que esta tribu, esta población, como se quiera —preguntó John Cort—, tiene uno también?

—Sí... los wagddis... —respondió Llanga—. ¡He oído a Li-Mai llamarlos wagddis!

En realidad, aquella palabra no pertenecía a la lengua congoleña. Pero, wagddis o no, unos indígenas se encontraban en la orilla izquierda del río Johausen cuando se produjo la catástrofe. Unos corrieron hacia la barrera, se lanzaron al torrente en socorro de Khamis, John Cort y Max Huber; los otros en socorro de Li-Mai y de Llanga. Este, habiendo perdido el conocimiento, ya no recordaba lo que había pasado después y creía que sus amigos se habían ahogado en el rápido.

Cuando Llanga volvió en sí, estaba en brazos de un robusto wagddi, el padre mismo de Li-Mai, el cual, por su parte, estaba en brazos de la «ngora», ¡su madre! Lo que cabía admitir era que, unos días antes de que Llanga lo encontrase, el pequeño se había extraviado en la selva y sus padres se habían puesto a buscarlo. Ya

se sabe cómo Llanga lo había salvado, cómo, sin él, habría perecido en las aguas del río.

Bien tratado, bien cuidado, Llanga fue transportado hasta el pueblo wagddiano. Li-Maï no tardó en recobrar las fuerzas, pues no estaba enfermo sino de inanición y fatiga. Después de haber sido el protegido de Llanga, se convirtió en su protector. El padre y la madre de Li-Maï se habían mostrado agradecidos con el joven indígena. ¿Acaso no se encuentra la gratitud en los animales por los servicios que se les prestan, y entonces por qué no habría de existir en seres que les son superiores?

En resumen, aquella misma mañana, Llanga había sido llevado por Li-Maï ante aquella choza. ¿Por qué razón? Lo ignoraba entonces. Pero unas voces se dejaban oír, y, prestando oído, había reconocido las de John Cort y Max Huber.

He ahí lo que había sucedido desde la separación en la barrera del río Johausen.

—Bien, Llanga, ¡bien! —dijo Max Huber—. Pero nos morimos de hambre, y, antes de continuar tus explicaciones, si puedes, gracias a tus protecciones influyentes...

Llanga salió y no tardó en regresar con algunas provisiones: un buen trozo de búfalo asado, salado en su punto, media docena de frutos de la acacia adansoniana, llamados pan de mono o pan de hombre, plátanos frescos y, en una calabaza, un agua límpida con el jugo lechoso de lutex que destila una liana de caucho de la especie «landolphia africana».

Se comprenderá que la conversación quedó suspendida. John Cort, Max Huber y Khamis tenían una necesidad demasiado formidable de alimento como para mostrarse exigentes con la calidad. Del trozo de búfalo, del pan y los plátanos, no dejaron más que los huesos y las pieles.

John Cort, entonces, interrogó al joven indígena, preguntándole si aquellos wagddis eran numerosos.

—¡Muchos... muchos! He visto muchos... en las calles, en las chozas... —respondió Llanga.

—¿Tantos como en los pueblos de Bornú o del Barguimi?

—Sí...

—¿Y no bajan nunca?

—Sí... sí... para cazar... para recoger raíces, frutas... para buscar agua...

—¿Y hablan?

—Sí... pero yo no entiendo... Y sin embargo... palabras a veces... palabras... que conozco... como dice Li-Maï.

—¿Y el padre... la madre de ese pequeño?

—¡Oh! Muy buenos conmigo... y lo que les he traído viene de ellos...

—Me urge expresarles todos mis agradecimientos... —declaró Max Huber.

—¿Y este pueblo en los árboles, cómo se llama?

—Ngala.

—¿Y en este pueblo hay un jefe? —preguntó John Cort.

—Sí...

—¿Lo has visto?

—No, pero he oído que lo llamaban Msélo-Tala-Tala.

—¡Palabras indígenas! —exclamó Khamis.

—¿Y qué significan esas palabras?

—El padre Espejo —respondió el foreloper.

En efecto, así es como los congoleños designan a un hombre que lleva gafas.

CAPÍTULO XIV — LOS WAGDDIS

Su Majestad Msélo-Tala-Tala, rey de aquella tribu de los wagddis, gobernando aquel pueblo aéreo: he ahí, ¿no era cierto?, lo que debía bastar para satisfacer los *desiderata* de Max Huber. En la furia francesa de su imaginación, ¿no había entrevisto, bajo las profundidades de aquella misteriosa selva del Ubangui, generaciones nuevas, ciudades desconocidas, todo un mundo extraordinario cuya existencia nadie sospechaba? Pues bien, estaba servido a medida.

Fue el primero en felicitarse por haber acertado de lleno y no se detuvo sino ante esta no menos justa observación de John Cort:

—Convenido, querido amigo, usted es, como todo poeta, doble de adivino, y ha adivinado...

—Justo, querido John, pero sea cual sea esta tribu semihumana de los wagddis, mi intención no es acabar mis días en su capital...

—¡Vaya, querido Max! Hay que permanecer aquí el tiempo suficiente para estudiar esta raza desde el punto de vista etnológico y antropológico, a fin de publicar un grueso volumen en cuarto que revolucionará los institutos de los dos continentes...

—Sea —replicó Max Huber—, observaremos, compararemos, estudiaremos a fondo todas las tesis relativas a la cuestión del antropomorfismo, con dos condiciones, no obstante...

—¿La primera?

—Que se nos deje, así lo espero, la libertad de ir y venir por este pueblo...

—¿Y la segunda?

—Que, después de haber circulado libremente, podamos marcharnos cuando nos convenga...

—¿Y a quién dirigirnos? —preguntó Khamis.

—A Su Majestad el padre Espejo —respondió Max Huber—. Pero, a todo esto, ¿por qué lo llaman así sus súbditos?

—¿Y en lengua congoleña? —replicó John Cort.

—¿Es que Su Majestad es miope o présbita... y lleva gafas? —prosiguió Max Huber.

—Y, para empezar, esas gafas, ¿de dónde habrían salido? —añadió John Cort.

—No importa —continuó Max Huber—, cuando estemos en condiciones de conversar con ese soberano, ya sea porque él haya aprendido nuestra lengua, ya porque nosotros hayamos aprendido la suya, le ofreceremos firmar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con América y Francia, iy no podrá hacer menos que nombrarnos grandes cruces de la orden wagddiana!

¿No se pronunciaba Max Huber con excesiva seguridad al contar con que tendrían plena libertad en aquel pueblo y luego lo abandonarían a su conveniencia? Pues si John Cort, Khamis y él no reaparecían en la factoría, ¿a quién se le ocurriría ir a buscarlos a aquel pueblo de Ngala en lo más profundo de la gran selva? Al no ver regresar a nadie de la caravana, ¿quién dudaría de que había perecido entera en las regiones del alto Ubangui?

En cuanto a la cuestión de si Khamis y sus compañeros permanecerían o no prisioneros en aquella choza, quedó zanjada casi al instante. La puerta giró sobre sus ataduras de liana y Li-Mai apareció.

Lo primero que hizo el pequeño fue ir derecho a Llanga y prodigarle mil caricias que este devolvió de buen grado. John Cort tenía, pues, la ocasión de examinar más atentamente a aquella

singular criatura. Pero, como la puerta estaba abierta, Max Huber propuso salir y mezclarse con la población aérea.

Helos, pues, afuera, guiados por el pequeño salvaje —¿no se le puede calificar así?— que daba la mano a su amigo Llanga. Se encontraron entonces en el centro de una especie de encrucijada por la que pasaban y repasaban wagddianos «yendo a sus quehaceres».

Aquella encrucijada estaba plantada de árboles, o más bien sombreada por copas de árboles cuyos robustos troncos soportaban aquella construcción aérea. Reposaba a unos treinta metros sobre el suelo, sobre las ramas maestras de aquellas poderosas bauhinias, bombax y baobabs. Hecha de piezas transversales sólidamente unidas por clavijas y lianas, una capa de tierra apisonada se extendía por su superficie, y, como los puntos de apoyo eran tan sólidos como numerosos, el suelo postizo no temblaba bajo el pie. E incluso cuando las violentas ráfagas soplaban a través de aquellas altas copas, apenas si el armazón de aquella superestructura experimentaba un ligero estremecimiento.

Por los intersticios del follaje penetraban los rayos del sol. El tiempo era bueno aquel día. Amplias manchas de cielo azul se mostraban por encima de las últimas ramas. Una brisa, cargada de penetrantes aromas, refrescaba la atmósfera.

Mientras el grupo de extranjeros deambulaba, los wagddis, hombres, mujeres y niños, los miraban sin manifestar sorpresa alguna. Intercambiaban entre sí diversos comentarios, con voz ronca, frases breves pronunciadas precipitadamente y palabras ininteligibles. No obstante, el foreloper creyó oír algunas expresiones de la lengua congoleña, y no había por qué asombrarse, puesto que Li-Maï se había servido varias veces de la palabra «ngora». Aquello, sin embargo, parecía inexplicable. Pero lo que lo era mucho más es que John Cort quedó sorprendido por la repetición de dos o tres palabras alemanas, entre otras la de «vater», y comunicó esta particularidad a sus compañeros.

—¿Qué quiere usted, querido John? —respondió Max Huber—. Me espero cualquier cosa, incluso que estos seres me den una palmadita en el estómago diciendo: «¿Qué tal... amigo?»

De vez en cuando, Li-Mai, soltando la mano de Llanga, iba hacia uno u otro, como un niño vivo y alegre. Parecía orgulloso de pasear a los extranjeros por las calles del pueblo. No lo hacía al azar —eso se veía—, los llevaba a alguna parte, y no había más que seguirlo, a aquel guía de cinco años.

Aquellos primitivos —así los designaba John Cort— no estaban completamente desnudos. Sin contar el pelaje rojizo que les cubría en parte el cuerpo, hombres y mujeres se envolvían en una especie de taparrabos de un tejido vegetal, más o menos semejante, aunque de fabricación más tosca, a los de agulí en hilo de acacia que se tejen comúnmente en Porto-Novo, en Dahomey.

Lo que John Cort observó especialmente fue que aquellas cabezas wagddianas, redondeadas, reducidas a las dimensiones del tipo microcefálico, muy próximas al ángulo facial humano, presentaban escaso prognatismo. Además, las arcadas superciliares no ofrecían ninguna de esas prominencias que son comunes a toda la raza simiesca. En cuanto a la cabellera, era la lana lisa de los indígenas del África ecuatorial, con la barba poco poblada.

—Y nada de pie prensil... —declaró John Cort.

—Y nada de apéndice caudal —añadió Max Huber—, ini el menor asomo de cola!

—En efecto —respondió John Cort—, y eso ya es un signo de superioridad. Los simios antropomorfos no tienen cola, ni bolsas en las mejillas, ni callosidades. Se desplazan horizontal o verticalmente a su antojo. Pero se ha hecho una observación, y es que los cuadrumanos que caminan erguidos no se sirven de la planta del pie y se apoyan sobre el dorso de los dedos replegados. Pues bien, no sucede así con los wagddis, y su marcha es absolutamente la del hombre, hay que reconocerlo.

Muy acertada, aquella observación, y, sin duda alguna, se trataba de una raza nueva. Por lo demás, en lo que concierne al pie, ciertos antropólogos admiten que no hay diferencia alguna entre el del simio y el del hombre, y este último tendría incluso el pulgar oponible si el empeine no estuviese deformado por el uso del calzado.

Existen además similitudes físicas entre las dos razas. Los cuadrumanos que poseen la postura humana son los menos petulantes, los menos gesticulantes, en una palabra, los más graves y serios de la especie. Ahora bien, precisamente, aquel carácter de gravedad se manifestaba en la actitud como en los actos de aquellos habitantes de Ngala. Además, cuando John Cort los examinase atentamente, podría constatar que su sistema dental era idéntico al del hombre.

Estas semejanzas han podido, pues, hasta cierto punto, engendrar la doctrina de la variabilidad de las especies, la evolución ascensional preconizada por Darwin. Se las ha considerado incluso como decisivas, por comparación entre los ejemplares más elevados de la escala simiesca y los primitivos de la humanidad. Linneo sostuvo la opinión de que había habido hombres trogloditas, expresión que, en cualquier caso, no habría podido aplicarse a los waggdis, los cuales viven en los árboles. Vogt llegó incluso a pretender que el hombre procede de tres grandes simios: el orangután, tipo braquicéfalo de largo pelaje pardo, sería según él el antecesor de los negritos; el chimpancé, tipo dolicocefalo, de mandíbulas menos macizas, sería el antecesor de los negros; finalmente, del gorila, especializado por el desarrollo del tórax, la forma del pie, el andar que le es propio, el carácter osteológico del tronco y las extremidades, descendería el hombre blanco. Pero, a estas similitudes, se pueden oponer disimilitudes de una importancia capital en el orden intelectual y moral, disimilitudes que deben hacer justicia a las doctrinas darwinianas.

Conviene, pues, tomando los caracteres distintivos de estos tres cuadrumanos, sin admitir no obstante que su cerebro posea los doce

millones de células y los cuatro millones de fibras del cerebro humano, creer que pertenecen a una raza superior en la animalidad. Pero nunca se podrá concluir de ello que el hombre sea un mono perfeccionado o el mono un hombre en degeneración.

En cuanto al microcéfalo, del que se quiere hacer un intermediario entre el hombre y el mono, especie vanamente predicha por los antropólogos y vanamente buscada, ese eslabón que falta para enlazar el reino animal con el reino «hominal», ¿había motivos para admitir que estuviese representado por aquellos wagddis? ¿Habían reservado las singulares casualidades de su viaje a aquel francés y a aquel americano el descubrirlo?

Y, aun cuando esta raza desconocida se aproximase físicamente a la raza humana, aún sería preciso que los wagddis poseyesen esos caracteres de moralidad y religiosidad propios del hombre, sin hablar de la facultad de concebir abstracciones y generalizaciones, de la aptitud para las artes, las ciencias y las letras. Solo entonces sería posible pronunciarse de forma perentoria entre las tesis de los monogenistas y los poligenistas.

Una cosa cierta, en suma, era que los wagddis hablaban. No limitados a los meros instintos, tenían ideas —lo que supone el empleo de la palabra— y vocablos cuya reunión formaba un lenguaje. Mejor que gritos acompañados de mirada y gesto, empleaban una palabra articulada, basada en una serie de sonidos y figuras convencionales que debían de haber sido legados por atavismo.

Y es lo que más impresionó a John Cort. Aquella facultad, que implica la participación de la memoria, indicaba una influencia congénita de raza.

Sin embargo, sin dejar de observar las costumbres y hábitos de aquella tribu silvestre, John Cort, Max Huber y Khamis avanzaban por las calles del pueblo.

¿Era grande aquel pueblo? En realidad, su circunferencia no debía de ser inferior a cinco kilómetros.

«Y, como dijo Max Huber, si no es más que un nido, ial menos es un nido vasto!»

Construida por las manos de los wagddis, aquella instalación denotaba un arte superior al de las aves, las abejas, los castores y las hormigas. Si vivían en los árboles, aquellos primitivos que pensaban y expresaban sus pensamientos, era porque el atavismo los había impulsado a ello.

—En todo caso —hizo observar John Cort—, la naturaleza, que nunca se equivoca, ha tenido sus razones para empujar a estos wagddis a adoptar la existencia aérea. En vez de arrastrarse por un suelo insalubre al que el sol no penetra jamás con sus rayos, viven en el medio salutífero de las copas de esta selva.

La mayoría de las chozas, frescas y verdeantes, dispuestas en forma de colmenas, estaban ampliamente abiertas. Las mujeres se entregaban en ellas con actividad a los cuidados muy rudimentarios de su hogar. Los niños se mostraban numerosos, los más pequeños amamantados por sus madres. En cuanto a los hombres, unos hacían entre las ramas la recolección de frutos, otros bajaban por la escalera para atender a sus ocupaciones habituales. Estos subían con algunas piezas de caza, aquellos traían los cántaros que habían llenado en el cauce del río.

—Es una lástima —dijo Max Huber— que no sepamos la lengua de estos naturales... Jamás podremos conversar ni adquirir un conocimiento exacto de su literatura... Por cierto, aún no he avistado la biblioteca municipal... ni el instituto de chicos o de chicas.

Sin embargo, puesto que la lengua wagddiana, según lo que se le había oído a Li-Maï, se mezclaba con palabras indígenas, Khamis probó con algunas de las más usuales dirigiéndose al niño.

Pero, por inteligente que pareciese Li-Maï, no pareció comprender.

Y, sin embargo, delante de John Cort y Max Huber había pronunciado la palabra «ngora» cuando estaba acostado en la balsa. Y, desde entonces, Llanga afirmaba haber sabido por su padre que el pueblo se llamaba Ngala y el jefe Msélo-Tala-Tala.

Por fin, después de una hora de paseo, el foreloper y sus compañeros alcanzaron el extremo del pueblo. Allí se alzaba una choza más importante. Establecida entre las ramas de un enorme bombax, con la fachada enrejada de cañas, su techumbre se perdía en el follaje.

Aquella choza, ¿era el palacio del rey, el santuario de los hechiceros, el templo de los genios, como los que poseen la mayoría de las tribus salvajes, en África, en Australia, en las islas del Pacífico?

Se presentaba la ocasión de sacarle a Li-Maï algunos datos más precisos. Así pues, John Cort, tomándolo por los hombros y girándolo hacia la choza, le dijo:

—¿Msélo-Tala-Tala?

Un gesto de cabeza fue toda la respuesta que obtuvo.

Luego, allí moraba el jefe del pueblo de Ngala, Su Majestad Wagddiana.

Y, sin más ceremonia, Max Huber se dirigió resueltamente hacia la susodicha choza.

Cambio de actitud del niño, que lo retuvo manifestando un verdadero espanto.

Nueva insistencia de Max Huber, que repitió varias veces: «¿Msélo-Tala-Tala?»

Pero, en el momento en que Max Huber iba a alcanzar la choza, el pequeño corrió hacia él y le impidió avanzar más.

¿Estaba prohibido, pues, acercarse a la morada real?

En efecto, dos centinelas wagddis acababan de levantarse y, blandiendo sus armas, una especie de hacha de madera de hierro y una azagaya, defendieron la entrada.

—Vamos —exclamó Max Huber—, aquí como en todas partes, en la gran selva del Ubangui como en las capitales del mundo civilizado,

guardias de corps, guardias de honor, pretorianos de facción ante el palacio, ¡y qué palacio... el de una Majestad homo-simiesca!

—¿Por qué asombrarse, querido Max?

—Pues bien —declaró este—, ya que no podemos ver a este monarca, le pediremos una audiencia por carta...

—Bien —replicó John Cort—; si hablan, estos primitivos, ¡no creo que hayan llegado a saber leer y escribir! Más salvajes todavía que los indígenas del Sudán y del Congo, los fundj, los chilucs, los denkas, los monbutus, no parecen haber alcanzado ese grado de civilización que implica la preocupación de enviar a los hijos a la escuela...

—Me lo sospechaba un poco, John. Además, ¿cómo cartearse con gentes cuya lengua se desconoce?

—Dejémonos guiar por el pequeño —dijo Khamis.

—¿No reconoces la choza de su padre y de su madre? —preguntó John Cort al joven indígena.

—No, mi amigo John —respondió Llanga—, pero... seguramente... Li-Mai nos lleva a ella... Hay que seguirle.

Y entonces, acercándose al niño y tendiendo la mano hacia la izquierda:

—¿Ngora... ngora? —repitió.

Sin duda alguna, el niño comprendió, pues su cabeza se inclinó y se levantó vivamente.

—Lo que indica —hizo observar John Cort— que el gesto de negación y de afirmación es instintivo e idéntico en todos los humanos... una prueba más de que estos primitivos están muy cerca de la humanidad...

Unos minutos después, los visitantes llegaban a un barrio del pueblo más sombreado donde las copas entrelazaban estrechamente su follaje.

Li-Maï se detuvo ante una choza aseada, cuyo techo estaba hecho de las anchas hojas del enseté, aquel platanero tan extendido en la gran selva, las mismas hojas que el foreloper había empleado para el toldo de la balsa. Una especie de adobe formaba las paredes de aquella choza, a la que se accedía por una puerta abierta en aquel momento.

Con la mano, el niño se la señaló a Llanga, que la reconoció.

—Es ahí —dijo.

En el interior, una sola estancia. Al fondo, un lecho de hierbas secas, que era fácil renovar. En un rincón, unas piedras a modo de hogar donde ardían unos tizones. Por únicos utensilios, dos o tres calabazas, un cuenco de barro lleno de agua y dos vasijas de la misma sustancia. Aquellos silvícolas no habían llegado aún a los tenedores y comían con los dedos. Aquí y allá, sobre un estante fijado a las paredes, frutas, raíces, un trozo de carne cocida, media docena de aves desplumadas para la próxima comida y, colgadas de fuertes espinas, tiras de tela de corteza y de agulí.

Un wagddi y una wagddiana se levantaron en el momento en que Khamis y sus compañeros penetraron en la choza.

—iNgora!... ingora!... iLo-Maï... La-Maï! —dijo el niño.

Y el primero añadió, como si hubiese pensado que se le entendería mejor:

—iVater... vater!

Aquella palabra de «padre» la pronunciaba en alemán, muy mal. Por lo demás, ¿qué podía haber más extraordinario que una palabra de aquella lengua en la boca de estos wagddis?

Apenas entrado, Llanga se había acercado a la madre, y esta le abrió los brazos, lo estrechó contra sí, lo acarició con la mano, testimoniando toda su gratitud hacia el salvador de su hijo.

He aquí lo que observó más particularmente John Cort:

El padre era de alta estatura, bien proporcionado, de apariencia vigorosa, los brazos un poco más largos de lo que habrían sido unos brazos humanos, las manos anchas y fuertes, las piernas ligeramente arqueadas, la planta de los pies enteramente aplicada sobre el suelo.

Tenía la tez casi clara de aquellas tribus de indígenas que son más carnívoras que herbívoras, una barba coposa y corta, una cabellera negra y crespa, una especie de vellón que le cubría todo el cuerpo. Su cabeza era de tamaño mediano, sus mandíbulas poco prominentes; sus ojos, de pupila ardiente, brillaban con un vivo fulgor.

Bastante graciosa, la madre, con su fisonomía afable y dulce, su mirada que denotaba una gran afectuosidad, sus dientes bien alineados y de una blancura notable, y —¿en qué individuos del sexo débil no se manifiesta la coquetería?— flores en la cabellera, y también —detalle en suma inexplicable— cuentas de vidrio y perlas de marfil. Aquella joven wagddiana recordaba el tipo de las cafres del Sur, con sus brazos redondos y bien modelados, sus muñecas delicadas, sus extremidades finas, unas manos regordetas, unos pies que darían envidia a más de una europea. Sobre su pelaje lanoso llevaba echada una tela de corteza que la ceñía por la cintura. De su cuello colgaba la medalla del doctor Johausen, semejante a la que llevaba el niño.

Conversar con Lo-Maï y La-Maï no era posible, para vivo disgusto de John Cort. Pero fue visible que aquellos dos primitivos buscaron cumplir con todos los deberes de la hospitalidad wagddiana. El padre ofreció algunas frutas que tomó de un estante, unos matofés de penetrante sabor que provienen de una liana.

Los huéspedes aceptaron los matofés y comieron algunos, con la extrema satisfacción de la familia.

Y entonces hubo ocasión de reconocer la exactitud de estas observaciones hechas ya desde hacía tiempo: que la lengua wagddiana, a semejanza de las lenguas polinesias, ofrecía

paralelismos llamativos con el balbuceo infantil, lo que ha autorizado a los filólogos a pretender que hubo para todo el género humano un largo período de vocales anterior a la formación de las consonantes. Estas vocales, combinándose al infinito, expresan sentidos muy variados, tales como ori oriori, oro oroora, orurna, etc. Las consonantes son la k, la t, la p; las nasales son ng y m. Solo con las vocales ha, ra, se forma una serie de vocablos que, sin consonancias reales, expresan todos los matices y desempeñan el papel de nombres, pronombres, verbos, etc.

En la conversación de estos wagddis, las preguntas y las respuestas eran breves, dos o tres palabras, que comenzaban casi todas por las letras ng, mgou, ms, como entre los congoleños. La madre parecía menos locuaz que el padre, y probablemente su lengua no tenía, como las lenguas femeninas de los dos continentes, la facultad de dar doce mil vueltas por minuto.

Cabe señalar también —y es lo que más sorprendió a John Cort— que estos primitivos empleaban ciertos términos congoleños y alemanes, casi desfigurados por otra parte por la pronunciación.

En total, es verosímil que estos seres no tuviesen más ideas de las que les hacían falta para las necesidades de la existencia y, de palabras, solo las necesarias para expresar esas ideas. Pero, a falta de la religiosidad, que se encuentra en los salvajes más atrasados y que ellos no poseían sin duda, se podía tener por seguro que estaban dotados de cualidades afectivas. No solo sentían por sus hijos esos sentimientos de los que los animales no están desprovistos mientras sus cuidados son necesarios para la conservación de la especie, sino que tales sentimientos se prolongaban más allá, como lo mostraban el padre y la madre con Li-Mai. Además, existía la reciprocidad. Intercambio entre ellos de caricias paternas y filiales... La familia existía.

Después de un cuarto de hora pasado en el interior de aquella choza, Khamis, John Cort y Max Huber salieron bajo la guía de Lo-Mai y de su hijo. Regresaron a la choza donde habían sido

encerrados y que iban a ocupar durante... Siempre aquella pregunta, y quizá no se dejaría solo en sus manos el resolverla.

Allí se despidieron unos de otros. Lo-Maï abrazó por última vez al joven indígena y tendió, no su pata como lo habría hecho un perro, ni su mano como lo habría hecho un cuadrumano, sino sus dos manos, que John Cort y Max Huber estrecharon con más cordialidad que Khamis.

—Querido Max —dijo entonces John Cort—, uno de sus grandes escritores ha pretendido que en todo hombre hay un yo y el otro... Pues bien, es probable que uno de los dos les falte a estos primitivos...

—¿Y cuál, John?

—El otro, seguramente... En todo caso, para estudiarlos a fondo, ¡habría que vivir años entre ellos! Ahora bien, dentro de unos días espero que podamos partir...

—Eso —respondió Max Huber— dependerá de Su Majestad, ¿y quién sabe si el rey Msélo-Tala-Tala no quiere hacer de nosotros chambelanes de la corte wagddiana?

CAPÍTULO XV — TRES SEMANAS DE ESTUDIOS

Y ahora, ¿cuánto tiempo permanecerían John Cort, Max Huber, Khamis y Llanga en aquel pueblo? ¿Vendría un incidente a modificar una situación que no dejaba de ser inquietante? Se sentían muy vigilados, no habrían podido huir. Y, por otra parte, suponiendo que lograsen evadirse, en medio de aquella impenetrable región de la gran selva, ¿cómo alcanzar su linde, cómo reencontrar el curso del río Johausen?

Después de haber deseado tanto lo extraordinario, Max Huber estimaba que la situación perdería singularmente su encanto de prolongarse. Así que iba a mostrarse el más impaciente, el más deseoso de regresar a la cuenca del Ubangui, de alcanzar la factoría de Libreville, de donde John Cort y él no debían esperar socorro alguno.

Por su parte, el foreloper rabiaba de aquella mala suerte que los había hecho caer en las garras —en su opinión eran garras— de aquellos tipos inferiores. No disimulaba el perfecto desprecio que le inspiraban, porque no se diferenciaban sensiblemente de las tribus del África central. Khamis experimentaba una especie de celos instintivos, inconscientes, que los dos amigos percibían muy bien. A decir verdad, estaba no menos impaciente que Max Huber por abandonar Ngala, y todo lo que fuese posible hacer al respecto, lo haría.

Era John Cort quien menos prisa mostraba. Estudiar a aquellos primitivos le interesaba de forma muy especial. Profundizar en sus

costumbres, su existencia en todos sus detalles, su carácter etnológico, su valor moral, saber hasta qué punto descendían hacia la animalidad, unas cuantas semanas habrían bastado. Pero ¿se podía afirmar que la estancia entre los wagddis no duraría más allá, meses, quizá años? ¿Y cuál sería el desenlace de una aventura tan asombrosa?

En todo caso, no parecía que John Cort, Max Huber y Khamis estuviesen amenazados de malos tratos. Sin duda alguna, aquellos silvícolas reconocían su superioridad intelectual. Además, singularidad inexplicable, nunca habían parecido sorprendidos al ver a representantes de la raza humana. No obstante, si estos pretendían emplear la fuerza para huir, se expondrían a violencias que más valía evitar.

—Lo que hay que hacer —dijo Max Huber— es entablar negociaciones con el padre Espejo, el soberano con gafas, y obtener de él que nos devuelva la libertad.

En suma, no debía de ser imposible tener una entrevista con S. M. Msélo-Tala-Tala, a menos que a los extranjeros les estuviese prohibido contemplar su augusta persona. Pero si se llegaba a su presencia, ¿cómo intercambiar preguntas y respuestas? ¡Ni siquiera en lengua congoleña se entenderían! Y además, ¿qué resultaría de ello? ¿El interés de los wagddis no era, reteniendo a aquellos extranjeros, asegurar el secreto de aquella existencia de una raza desconocida en las profundidades de la selva ubanghiana?

Y sin embargo, en opinión de John Cort, aquel encarcelamiento en el pueblo aéreo tenía circunstancias atenuantes, puesto que la ciencia de la antropología comparada sacaría provecho de ello, puesto que el mundo científico se conmovería con aquel descubrimiento de una raza nueva. En cuanto a saber cómo acabaría aquello...

—¡Me lleve el diablo si lo sé! —repetía Max Huber, que no tenía la madera de un Garner o de un Johausen.

Cuando los tres, seguidos de Llanga, hubieron regresado a su choza, advirtieron varias modificaciones de naturaleza satisfactoria.

Y, para empezar, un wagddi estaba ocupado en «hacer la habitación», si cabe emplear esta expresión demasiado francesa. Por lo demás, John Cort ya había notado que aquellos primitivos tenían instintos de limpieza de los que la mayoría de los animales carecen. Si hacían su habitación, también hacían su aseo. Se habían depositado brazadas de hierbas secas al fondo de la choza. Ahora bien, como Khamis y sus compañeros nunca habían tenido otro lecho desde la destrucción de la caravana, aquello no cambiaría sus hábitos.

Además, diversos objetos estaban colocados en el suelo, pues el mobiliario no comprendía ni mesas ni sillas, sino solo algunos utensilios toscos, vasijas y cántaros de fabricación wagddiana. Aquí frutas de varias clases, allí un cuarto de órix que estaba cocido. La carne cruda solo conviene a los animales carnívoros, y es raro encontrar en el grado más bajo de la escala seres cuya alimentación sea invariablemente esa.

—Ahora bien, quienquiera que sea capaz de hacer fuego —declaró John Cort— se sirve de él para la cocción de sus alimentos. No me extraña, pues, que los wagddis se alimenten de carne cocida.

Así, la choza poseía un hogar, compuesto de una piedra plana, y el humo se perdía a través del ramaje del cailcedrat que la cobijaba.

En el momento en que los cuatro llegaron ante la puerta, el wagddi suspendió su trabajo.

Era un joven de unos veinte años, de movimientos ágiles y fisonomía inteligente. Con la mano señaló los objetos que acababan de ser traídos. Entre estos objetos, Max Huber, John Cort y Khamis —con no poca satisfacción— vieron sus carabinas, un poco herrumbrosas, que sería fácil poner a punto.

—¡Pardiez! —exclamó Max Huber—. Son bienvenidas... y llegado el caso...

—Las usaríamos —añadió John Cort—, si tuviéramos nuestra caja de cartuchos...

—Aquí está —respondió el foreloper.

Y mostró la caja metálica dispuesta a la izquierda junto a la puerta.

Aquella caja, aquellas armas, se recordará, Khamis había tenido la presencia de ánimo de lanzarlas sobre las rocas de la barrera en el momento en que la balsa chocó contra ellas, y fuera del alcance de las aguas. Es allí donde los wagddis las encontraron para transportarlas al pueblo de Ngala.

—Si nos han devuelto nuestras carabinas —hizo observar Max Huber—, ¿es que saben para qué sirven las armas de fuego?

—Lo ignoro —respondió John Cort—, pero lo que sí saben es que no hay que quedarse con lo que no es de uno, y eso ya habla en favor de su moralidad.

No importa: la pregunta de Max Huber no dejaba de tener su importancia.

—iKollo... Kollo!

Esta palabra, pronunciada con claridad, resonó repetidas veces, y, al pronunciarla, el joven wagddi se llevaba la mano a la altura de la frente y luego se tocaba el pecho, como diciendo:

—Kollo... isoy yo!

John Cort presumió que debía de ser el nombre de su nuevo criado, y, cuando lo hubo repetido cinco o seis veces, Kollo manifestó su alegría con una risa prolongada.

Pues reían, aquellos primitivos, y había que tenerlo en cuenta desde el punto de vista antropológico. En efecto, ningún ser posee esta facultad excepto el hombre. Entre los más inteligentes —en el perro, por ejemplo— si se sorprenden algunos indicios de risa o de sonrisa, es solo en los ojos, y quizá en las comisuras de los labios. Además, aquellos wagddis no se abandonaban a ese instinto, común

a casi todos los cuadrúpedos, de olfatear su comida antes de probarla, de empezar por comer lo que más les gusta.

He aquí, pues, en qué condiciones iban a vivir los dos amigos, Llanga y el foreloper. Aquella choza no era una prisión. Podrían salir de ella a su antojo. En cuanto a abandonar Ngala, no cabía duda de que se lo impedirían, a menos que obtuviesen esa autorización de S. M. Msélo-Tala-Tala.

Necesidad, pues, provisionalmente quizá, de morderse el freno, de resignarse a vivir en medio de aquel singular mundo silvestre en el pueblo aéreo.

Aquellos wagddis parecían, por lo demás, apacibles por naturaleza, poco pendencieros y —hay que insistir en ello— menos curiosos, menos sorprendidos por la presencia de aquellos extranjeros de lo que habrían estado los más atrasados de los salvajes de África y Australia. La vista de dos blancos y de dos indígenas congoleños no los asombraba tanto como habría asombrado a un indígena africano. Los dejaba indiferentes, y no se mostraban indiscretos. En ellos, ningún síntoma de curiosidad callejera ni de esnobismo. Eso sí, en materia de acrobacia, para trepar a los árboles, saltar de rama en rama, bajar a toda velocidad la escalera de Ngala, habrían dado lecciones a los Billy Hayden, los Joe Bib, los Foottit, que detentaban por aquella época el récord de la gimnasia circense.

Al mismo tiempo que desplegaban aquellas cualidades físicas, los wagddis mostraban una extraordinaria precisión de ojo. Cuando se dedicaban a la caza de aves, las abatían con pequeñas flechas. Sus disparos no debían de ser menos certeros cuando perseguían a los gamos, los alces, los antílopes, y también los búfalos y los rinocerontes en las arboledas vecinas. Fue entonces cuando Max Huber habría querido acompañarlos, tanto para admirar sus proezas cinegéticas como para intentar darles esquinazo.

¡Sí! Huir: en eso piensan sin cesar los prisioneros. Ahora bien, la fuga solo era practicable por la única escalera, y, en el rellano

superior, montaban guardia unos guerreros cuya vigilancia habría sido difícil de burlar.

Varias veces, Max Huber sintió el deseo de tirar a las aves que abundaban en los árboles: sou-mangas, chotacabras, pintadas, abubillas, gríots y otras muchas, de las que aquellos silvícolas hacían gran consumo. Pero sus compañeros y él eran provistos a diario de caza, particularmente de la carne de diversos antílopes —órixes, inyalas, sasabíes, waterbucks— tan numerosos en la selva del Ubangui. Su criado Kollo no los dejaba carecer de nada; renovaba cada día la provisión de agua fresca para las necesidades del hogar y la provisión de leña seca para el mantenimiento de la lumbre.

Y además, usar las carabinas como armas de caza habría tenido el inconveniente de revelar su potencia. Más valía guardar ese secreto y, llegado el caso, utilizarlas como armas ofensivas o defensivas.

Si sus huéspedes estaban provistos de carne, era porque los wagddis también se alimentaban de ella, unas veces asada sobre brasas, otras hervida en las vasijas de barro fabricadas por ellos. Era incluso lo que Kollo hacía por su cuenta, aceptando la ayuda de Llanga, no así la de Khamis, que se habría negado en su orgullo de indígena.

Conviene señalar —y esto para viva satisfacción de Max Huber— que la sal ya no faltaba. No era el cloruro de sodio que se halla en disolución en las aguas del mar, sino sal gema, muy extendida en África, en Asia, en América, y cuyas eflorescencias debían de cubrir el suelo en las inmediaciones de Ngala. Aquel mineral —el único que entra en la alimentación— bastaba el puro instinto para que su utilidad les fuese conocida a los wagddis como a cualquier animal.

Una cuestión que interesó a John Cort fue la cuestión del fuego. ¿Cómo lo obtenían aquellos primitivos? ¿Era por el frotamiento de un trozo de madera dura sobre un trozo de madera blanda según el método de los salvajes? No, no procedían de ese modo, y empleaban el sílex, del que sacaban chispas por percusión. Estas chispas bastaban para encender la pelusa del fruto del rentenier,

muy común en las selvas africanas, que goza de todas las propiedades de la yesca.

Además, la alimentación nitrogenada se completaba, en las familias wagddianas, con una alimentación vegetal de la que la naturaleza hacía todos los gastos. Eran, por un lado, raíces comestibles de dos o tres clases; por otro, una gran variedad de frutos, como los que da la acacia adansoniana, que lleva indistintamente el nombre justificado de pan de hombre o de pan de mono; como el karita, cuya castaña se llena de una materia grasa capaz de sustituir a la mantequilla; como el kijelia, con sus bayas de sabor un poco insípido, que compensa su cualidad nutritiva y también su tamaño, pues no miden menos de sesenta centímetros de largo; como, en fin, otras frutas, plátanos, higos, mangos, en estado silvestre, y también el tso, que da frutos bastante buenos, todo ello aderezado con vainas de tamarindo a modo de condimento. Además, los wagddis hacían uso igualmente de la miel, cuyos panales descubrían siguiendo al cuco indicador. Y, ya con este producto tan precioso, ya con el jugo de diversas plantas —entre ellas el lutex destilado por cierta liana— mezclado con el agua del río, componían bebidas fermentadas de alto grado alcohólico. Que nadie se extrañe: ¿no se ha reconocido que los mandriles de África, que no son sino simios, tienen una marcada debilidad por el alcohol?

Hay que añadir que un curso de agua, muy rico en peces, que pasaba bajo Ngala, contenía las mismas especies que las encontradas por Khamis y sus compañeros en el río Johausen. Pero ¿era navegable, y los wagddis se servían de embarcaciones? Eso era lo que habría sido importante saber en caso de fuga.

Pues bien, aquel curso de agua era visible desde el extremo del pueblo opuesto a la morada real. Apostándose junto a los últimos árboles, se divisaba su cauce, de diez a doce metros de ancho. A partir de aquel punto, se perdía entre hileras de árboles soberbios: bombax de cinco fustes, magníficos mparamousis de nudosas trenzas, admirables msoukoulios cuyo tronco se envolvía en lianas

gigantescas, esas epífitas que lo estrechaban entre sus repliegues de serpientes.

Pues bien, sí, los wagddis sabían construir embarcaciones, un arte que no ignoran ni siquiera los últimos naturales de Oceanía. Su artilugio flotante era más que la balsa, menos que la piragua: un simple tronco de árbol ahuecado con fuego y hacha. Se gobernaba con una pala plana y, cuando la brisa soplaba favorable, con una vela tendida en dos espares, hecha de una corteza ablandada por un batido regular con mazos de una madera de hierro extremadamente dura.

Lo que John Cort pudo constatar, no obstante, fue que aquellos primitivos no hacían uso de legumbres ni cereales en su alimentación. No sabían cultivar ni sorgo, ni mijo, ni arroz, ni mandioca, tarea que es corriente entre las tribus del África central. Pero no había que pedirles a aquellos sujetos lo que se encontraba en la industria agrícola de los denkas, los fundj, los monbutus, a quienes se puede clasificar con justicia dentro de la raza humana.

Finalmente, hechas todas estas observaciones, John Cort se preocupó de reconocer si aquellos wagddis tenían en sí el sentimiento de la moralidad y la religiosidad.

Un día, Max Huber le preguntó cuál era el resultado de sus observaciones al respecto.

—Cierta moralidad, cierta probidad, la tienen —respondió—. Distinguen sin duda lo que está bien de lo que está mal. Poseen también el sentimiento de la propiedad. Ya lo sé, numerosos animales están provistos de él, y los perros, entre otros, no se dejan quitar de buena gana lo que están comiendo. En mi opinión, los wagddis tienen la noción de lo tuyo y lo mío. Lo he observado a propósito de uno de ellos que había robado unas frutas en una choza en la que acababa de entrar.

—¿Lo citaron ante el juez de faltas o ante el tribunal correccional? —preguntó Max Huber.

—Ríase, querido amigo, pero lo que digo tiene su importancia, y el ladrón fue apaleado de buena ley por el robado, al que sus vecinos prestaron ayuda. Añado que estos primitivos se distinguen por una institución que los acerca a la humanidad...

—¿Cuál?

—La familia, que está regularmente constituida entre ellos: la vida en común del padre y la madre, los cuidados dados a los hijos, la continuidad del afecto paterno y filial. ¿No lo hemos observado en Lo-Mai? Estos wagddis tienen incluso impresiones de orden humano. Fíjese en nuestro Kollo... ¿No se sonroja bajo la acción de una influencia moral? Ya sea por pudor, por timidez, por modestia o por confusión, las cuatro eventualidades que llevan el rubor a la frente del hombre, es incontestable que ese efecto se produce en él. Luego un sentimiento..., iluego un alma!

—Entonces —preguntó Max Huber—, puesto que estos wagddis poseen tantas cualidades humanas, ¿por qué no admitirlos en las filas de la humanidad?

—Porque parecen carecer de una concepción que es propia de todos los hombres, querido Max.

—¿Y qué entiende usted por eso?

—La concepción de un ser supremo, en una palabra, la religiosidad, que se encuentra en las tribus más salvajes. No he constatado que adoren divinidades... Ni ídolos ni sacerdotes...

—A menos —respondió Max Huber— que su divinidad sea precisamente ese rey Msélo-Tala-Tala del que no nos dejan ver ni la punta de la nariz...

Habría sido el caso, sin duda, de intentar una experiencia concluyente: ¿resistían aquellos primitivos a la acción tóxica de la atropina, a la que el hombre sucumbe mientras que los animales la soportan impunemente? Si sí, eran bestias; si no, eran humanos. Pero la experiencia no podía hacerse, a falta de dicha sustancia. Hay que añadir, además, que durante la estancia de John Cort y Max

Huber en Ngala no hubo ningún fallecimiento. La cuestión queda, pues, sin resolver de si los wagddis quemaban o enterraban los cadáveres, y si tenían el culto a los muertos.

No obstante, si sacerdotes, o siquiera hechiceros, no se encontraban en medio de aquella tribu wagddiana, sí se veía cierto número de guerreros, armados de arcos, azagayas, lanzas y hachuelas, un centenar aproximadamente, elegidos entre los más vigorosos y mejor plantados. ¿Estaban únicamente al servicio de la guardia del rey, o se empleaban tanto a la defensiva como a la ofensiva? Podía ser que la gran selva albergase otros pueblos de la misma naturaleza, del mismo origen, y, si aquellos habitantes se contaban por millares, ¿por qué no habrían hecho la guerra a sus semejantes como la hacen las tribus de África?

En cuanto a la hipótesis de que los wagddis hubiesen tomado ya contacto con los indígenas del Ubangui, del Barguimi, del Sudán o con los congoleños, era poco admisible, ni siquiera con aquellas tribus de enanos, los bambustis, que el misionero inglés Albert Lloyd encontró en las selvas del África central, industriosos cultivadores de los que Stanley ha hablado en el relato de su último viaje. Si el contacto hubiese tenido lugar, la existencia de aquellos silvícolas se habría revelado hacía tiempo, y no habría estado reservado a John Cort y Max Huber el descubrirla.

—Pero —prosiguió este último—, si resulta que los wagddis se matan entre sí, querido John, ¿eso permitiría sin discusión clasificarlos entre la especie humana!

Por lo demás, era bastante probable que los guerreros wagddianos no se abandonasen a la ociosidad y que organizaran razias en los alrededores. Después de ausencias que duraban dos o tres días, regresaban, algunos heridos, trayendo objetos diversos, utensilios o armas de fabricación wagddiana.

En varias ocasiones, el foreloper hizo tentativas para salir del pueblo: tentativas infructuosas. Los guerreros que custodiaban la escalera intervinieron con cierta violencia. En una ocasión sobre

todo, Khamis habría sido maltratado si Lo-Mai, atraído por la escena, no hubiese acudido en su auxilio.

Hubo, por cierto, una fuerte discusión entre este último y un robusto individuo llamado Raggi. Por el traje de piel que llevaba, las armas que colgaban de su cintura, las plumas que adornaban su cabeza, cabía creer que aquel Raggi debía de ser el jefe de los guerreros. Solo por su aire feroz, sus gestos imperiosos, su brutalidad natural, se sentía que estaba hecho para el mando.

A raíz de aquellas tentativas, los dos amigos habían esperado que serían enviados ante Su Majestad, y que verían al fin a aquel rey que sus súbditos ocultaban con celoso cuidado en el fondo de la morada real... Se quedaron con las ganas. Probablemente, Raggi tenía plena autoridad, y más valía no exponerse a su cólera reincidiendo. Las posibilidades de evasión quedaban, pues, muy reducidas, a menos que los wagddis, si atacaban algún pueblo vecino, fuesen atacados a su vez, y, al amparo de una agresión, se ofreciera la ocasión de abandonar Ngala... Pero después, ¿qué sería de ellos?

Por lo demás, el pueblo no fue amenazado durante aquellas primeras semanas, si no es por ciertos animales que Khamis y sus compañeros no habían encontrado todavía en la gran selva. Si los wagddis pasaban su existencia en Ngala, si regresaban a él al caer la noche, poseían sin embargo algunas chozas a orillas del río. Se habría dicho un pequeño puerto fluvial donde se reunían las embarcaciones de pesca, que tenían que defender contra los hipopótamos, los manatíes y los cocodrilos, bastante numerosos en las aguas africanas.

Un día, el 9 de abril, se produjo un violento tumulto. Resonaban gritos en dirección al río. ¿Era un ataque dirigido contra los wagddis por seres semejantes a ellos? Sin duda, gracias a su situación, el pueblo estaba al abrigo de una invasión. Pero, suponiendo que se prendiese fuego a los árboles que lo sostenían, su destrucción habría sido cuestión de unas horas. Ahora bien, los medios que aquellos primitivos habían empleado quizá contra sus vecinos, no era imposible que estos intentaran emplearlos contra ellos.

Desde los primeros clamores, Raggi y una treintena de guerreros, dirigiéndose hacia la escalera, descendieron con una rapidez simiesca. John Cort, Max Huber y Khamis, guiados por Lo-Mai, ganaron el lado del pueblo desde el que se divisaba el curso de agua.

Era una invasión contra las chozas establecidas en aquel lugar. Una banda, no de hipopótamos, sino de queropotamos, o más bien de potamoqueros, que son más particularmente los cerdos de río, acababan de lanzarse fuera de la arboleda y lo destrozaban todo a su paso.

Estos potamoqueros, a los que los bóeres llaman «bosch-wark» y los ingleses «bush-pigs», se encuentran en la región del cabo de Buena Esperanza, en Guinea, en el Congo, en el Camerún, y causan en ellos grandes daños. De menor talla que el jabalí europeo, tienen el pelaje más sedoso, el manto parduzco tirando a anaranjado, las orejas puntiagudas rematadas por un penacho de pelo, la crin negra mezclada con hilos blancos que les recorre el lomo, el hocico desarrollado, la piel levantada entre la nariz y el ojo por una protuberancia ósea en los machos. Estos porcinos son temibles, y lo eran tanto más cuanto que se encontraban en condiciones de superioridad numérica.

En efecto, aquel día se habrían contado bien un centenar de ellos precipitándose sobre la orilla izquierda del río. Así que la mayoría de las chozas habían sido ya derribadas antes de la llegada de Raggi y su tropa.

A través de las ramas de los últimos árboles, John Cort, Max Huber, Khamis y Llanga pudieron ser testigos de la lucha. Fue breve, pero no sin peligro. Los guerreros desplegaron en ella un gran valor. Sirviéndose de lanzas y hachuelas con preferencia a los arcos y las azagayas, cargaron con un ardor que igualaba la furia de los asaltantes. Los atacaron cuerpo a cuerpo, golpeándolos en la cabeza a hachazos, atravesándoles los flancos con sus lanzas. En fin, después de una hora de combate, aquellos animales estaban en

fuga, y arroyos de sangre se mezclaban con las aguas del pequeño río.

Max Huber bien había tenido la idea de tomar parte en la batalla. Traer su carabina y la de John Cort, descargarlas desde lo alto del pueblo sobre la banda, abrumar con una lluvia de balas a aquellos potamoqueros, para extrema sorpresa de los wagddis, no habría sido ni largo ni difícil. Pero el prudente John Cort, apoyado por el foreloper, calmó a su impetuoso amigo.

—No —le dijo—, reservémonos para intervenir en circunstancias más decisivas... Cuando se dispone del rayo, querido Max...

—Tiene usted razón, John, no hay que fulminar sino en el momento oportuno... Y, puesto que aún no es hora de tronar, iguardemos nuestro trueno!

Capítulo XVI — Su Majestad Msélo-Tala-Tala

Aquella jornada —o más bien aquella tarde del 15 de abril— iba a traer una alteración en los hábitos tan apacibles de los wagddis. Desde hacía tres semanas, ninguna ocasión se había presentado a los prisioneros de Ngala de retomar a través de la gran selva el camino del Ubangui. Vigilados de cerca, encerrados dentro de los límites infranqueables de aquel pueblo, no podían huir. Cierto es que les había sido posible —y más particularmente a John Cort— estudiar las costumbres de aquellos tipos situados entre el antropoide más perfeccionado y el hombre, observar por qué instintos pertenecían a la animalidad, por qué dosis de razón se acercaban a la raza humana. Era todo un tesoro de observaciones que verter en la discusión de las teorías darwinianas. Pero, para que el mundo científico se beneficiase de ellas, aún era preciso regresar a las rutas del Congo francés y volver a Libreville...

El tiempo era magnífico. Un sol poderoso inundaba de calor y claridad las copas que sombreaban el pueblo aéreo. Después de haber alcanzado casi el cenit a la hora de su culminación, la oblicuidad de sus rayos, aunque eran más de las tres, no disminuía su ardor.

Las relaciones de John Cort y Max Huber con los Maï habían sido frecuentes. No había pasado un día sin que aquella familia acudiese a su choza o ellos se hubiesen presentado en la suya. ¡Un verdadero intercambio de visitas! Solo faltaban las tarjetas. En cuanto al pequeño, apenas se separaba de Llanga y había cobrado un vivo afecto por el joven indígena.

Por desgracia, seguía siendo imposible comprender la lengua wagddiana, reducida a un corto número de palabras que bastaban para el corto número de ideas de aquellos primitivos. Si John Cort había logrado retener el significado de algunas, eso apenas le permitía conversar con los habitantes de Ngala. Lo que siempre le sorprendía era que diversas locuciones indígenas figurasen en el vocabulario wagddiano, una docena quizá. ¿No indicaba eso que los wagddis habían tenido relaciones con las tribus del Ubangui, aunque

no fuese más que un congoleño que nunca habría regresado al Congo? Hipótesis bastante plausible, habrá que convenir. Y además, alguna que otra palabra de origen alemán escapaba a veces de los labios de Lo-Maï, siempre tan incorrectamente pronunciada que costaba reconocerla.

Ahora bien, este era un punto que John Cort tenía por absolutamente inexplicable. En efecto, suponiendo que los indígenas y los wagddis se hubiesen encontrado ya, ¿era admisible que estos últimos hubiesen tenido relaciones con los alemanes del Camerún? En tal caso, el americano y el francés no habrían tenido las primicias de aquel descubrimiento. Aunque John Cort hablaba con bastante fluidez la lengua alemana, nunca había tenido ocasión de servirse de ella, puesto que Lo-Maï no conocía más que dos o tres palabras.

Entre otras locuciones tomadas de los indígenas, la de Msélo-Tala-Tala, que se aplicaba al soberano de aquella tribu, era la más frecuentemente empleada. Ya se sabe el deseo que sentían los dos amigos de ser recibidos por aquella Majestad invisible. Ciertamente es que, cada vez que pronunciaban aquel nombre, Lo-Maï inclinaba la cabeza en señal de profundo respeto. Además, cuando su paseo los llevaba ante la morada real, si manifestaban la intención de entrar, Lo-Maï los detenía, los empujaba a un lado, los arrastraba a derecha o izquierda. Les hacía comprender a su manera que nadie tenía derecho a cruzar el umbral de la morada sagrada.

Pues bien, sucedió que aquella tarde, poco antes de las tres, el ngoro, la ngora y el pequeño vinieron a buscar a Khamis y a sus compañeros.

Y, ante todo, hubo que observar que la familia se había engalanado con sus mejores ropas: el padre, tocado con un gorro de plumas y envuelto en su manto de corteza; la madre, con su falda de aquella tela de agulí de fabricación wagddiana, unas hojas verdes en el cabello, al cuello un collar de baratijas de vidrio y menudas chatarras; el niño, un ligero taparrabos ceñido a la cintura... «Sus galas de domingo», dijo Max Huber.

Y, al verlos a los tres tan «endomingados»:

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¿Han tenido la idea de hacernos una visita oficial?

—Es sin duda día de fiesta —respondió John Cort—. ¿Se trata, pues, de rendir homenaje a algún dios? Sería el punto interesante que resolvería la cuestión de la religiosidad.

Antes de que hubiese acabado la frase, Lo-Maï acababa de pronunciar como respuesta:

—Msélo-Tala-Tala...

—¡El padre Espejo! —tradujo Max Huber.

Y salió de la choza con la idea de que el rey de los wagddis pasaba en aquel momento.

¡Completa desilusión! Max Huber no entrevió siquiera la sombra de Su Majestad. No obstante, hubo que constatar que Ngala estaba en movimiento. De todas partes afluía una multitud tan alegre, tan engalanada como la familia Maï. Gran concurso de populacho: unos siguiendo procesionalmente las calles hacia el extremo oeste del pueblo, estos tomados de la mano como aldeanos de juerga, aquellos cabriolando como simios de un árbol a otro.

—Hay algo nuevo... —declaró John Cort deteniéndose en el umbral de la choza.

—Vamos a verlo —replicó Max Huber.

Y, volviéndose hacia Lo-Maï:

—¿Msélo-Tala-Tala? —repitió.

—¡Msélo-Tala-Tala! —respondió Lo-Maï cruzando los brazos mientras inclinaba la cabeza.

John Cort y Max Huber se vieron llevados a pensar que la población wagddiana iba a saludar a su soberano, el cual no tardaría en aparecer en toda su gloria.

Ellos, John Cort y Max Huber, no tenían trajes de ceremonia que ponerse. Estaban reducidos a su único atuendo de caza, bien gastado, bien sucio, a su ropa blanca que mantenían lo más limpia posible. Por consiguiente, ningún arreglo que hacer en honor de Su Majestad, y, como la familia Mai salía de la choza, la siguieron con Llanga.

En cuanto a Khamis, poco deseoso de mezclarse con toda aquella gente inferior, «se quedó solo en casa». Se ocupó de ordenar los utensilios, de velar por la preparación de la comida, de limpiar las armas de fuego. ¿No convenía estar preparados para cualquier eventualidad, y no se acercaba quizá la hora en que sería necesario hacer uso de ellas?

John Cort y Max Huber se dejaron, pues, guiar por Lo-Mai a través del pueblo lleno de animación. No existían calles en el verdadero sentido de la palabra. Las chozas, distribuidas al capricho de cada cual, se conformaban a la disposición de los árboles o más bien de las copas que las cobijaban.

La multitud era bastante compacta. Al menos un millar de wagddis se dirigían ahora hacia la parte de Ngala en cuyo extremo se alzaba la morada real.

—¡Es imposible parecerse más a una multitud humana! —observó John Cort—. Los mismos movimientos, la misma manera de manifestar su satisfacción con los gestos, con los gritos...

—Y con las muecas —añadió Max Huber—, ¡y eso es lo que emparenta a estos seres extraños con los cuadrumanos!

En efecto, los wagddis, de ordinario serios, reservados, poco comunicativos, nunca se habían mostrado tan expansivos ni tan gesticulantes. Y siempre aquella inexplicable indiferencia hacia los extranjeros, a los que no parecían prestar atención alguna, atención que habría sido molesta y obsesiva entre los denkas, los monbutus y demás tribus africanas.

¡Aquello no era muy «humano»!

Tras un largo paseo, Max Huber y John Cort llegaron a la plaza principal, que limitaban las ramas de los últimos árboles por el lado del oeste, y cuyas ramas verdeantes caían alrededor del palacio real.

Delante estaban formados los guerreros, con todas las armas fuera, vestidos con pieles de antílope sujetas por finas lianas, el jefe tocado con cabezas de steimbock cuyos cuernos les daban apariencia de rebaño. En cuanto al «coronel» Raggi, con casco de cabeza de búfalo, el arco al hombro, la hachuela al cinto, la lanza en la mano, desfilaba ante el ejército wagddiano.

—Probablemente —dijo John Cort— el soberano se dispone a pasar revista a sus tropas...

—Y si no viene —replicó Max Huber—, es que no se deja ver jamás por sus fieles súbditos... No se imagina uno el prestigio que la invisibilidad da a un monarca, y quizá este...

Dirigiéndose a Lo-Mai, haciéndose entender por un gesto:

—¿Va a salir Msélo-Tala-Tala?

Signo afirmativo de Lo-Mai, que pareció decir:

—Más tarde... más tarde...

—Poco importa —replicó Max Huber—, con tal de que se nos permita contemplar al fin su faz augusta...

—Y, mientras tanto —respondió John Cort—, no nos perdamos nada de este espectáculo.

He aquí lo que ambos pudieron observar entonces de más curioso.

El centro de la plaza, enteramente desprovisto de árboles, quedaba libre en un espacio de media hectárea. La multitud lo llenaba con el propósito, sin duda, de tomar parte en la fiesta hasta el momento en que el soberano apareciese en el umbral de su palacio. ¿Se prosternaría entonces ante él? ¿Se desharía en adoraciones?

—Después de todo —hizo observar John Cort—, no habría que tener en cuenta esas adoraciones desde el punto de vista de la

religiosidad, pues, al fin y al cabo, no se dirigirían más que a un hombre...

—A menos —replicó Max Huber— que ese hombre no sea de madera o de piedra... Si ese potentado no es más que un ídolo del tipo de las que veneran los naturales de la Polinesia...

—En ese caso, querido Max, no les faltaría ya nada a los habitantes de Ngala de lo que completa al ser humano... Tendrían derecho a ser clasificados entre los hombres tanto como esos naturales de los que habla usted...

—¡Admitiendo que estos lo merezcan! —respondió Max Huber, en un tono poco halagüeño para la raza polinesia.

—Desde luego, Max, puesto que creen en la existencia de alguna divinidad, y jamás se le ha ocurrido ni se le ocurrirá a nadie la idea de clasificarlos entre los animales, ¡fuese incluso entre los que ocupan el primer rango de la animalidad!

Gracias a la familia de Lo-Mai, Max Huber, John Cort y Llanga pudieron situarse de modo que lo viesen todo.

Cuando la multitud hubo dejado libre el centro de la plaza, los jóvenes wagddis de ambos sexos se pusieron a bailar, mientras los más viejos comenzaban a beber, como los héroes de una kermés holandesa.

Lo que aquellos silvícolas absorbían eran bebidas fermentadas y especiadas elaboradas con vainas de tamarindo. Y debían de ser extremadamente alcohólicas, pues las cabezas no tardaron en calentarse y las piernas en tambalearse de forma inquietante.

Aquellas danzas no recordaban en nada las nobles figuras del pasepié o del minué, sin llegar tampoco al paroxismo de los contorneos y las aberturas de piernas en boga en los bailes populares de los suburbios parisinos. En total, se hacían más muecas que contorsiones, y también más volteretas. En una palabra, en aquellas actitudes coreográficas se encontraba menos al hombre que al mono. Y, entiéndase bien, no al mono adiestrado para las

exhibiciones de feria, no... al mono entregado a sus instintos naturales.

Además, las danzas no se ejecutaban con acompañamiento de clamores públicos. Era al son de instrumentos de lo más rudimentario: calabazas cubiertas con una piel sonora y golpeadas a golpe redoblado, tallos huecos, tallados en forma de silbato, en los que una docena de vigorosos ejecutantes soplaban a reventarse los pulmones. ¡No! ¡Jamás cencerrada más ensordecedora desgarró unos oídos de blancos!

—No parecen tener el sentido del compás... —observó John Cort.

—Ni el de la tonalidad —respondió Max Huber.

—En suma, son sensibles a la música, querido Max.

—Y los animales también lo son, querido John, algunos al menos. En mi opinión, la música es un arte inferior que se dirige a un sentido inferior. En cambio, ya se trate de pintura, de escultura, de literatura, ningún animal experimenta su encanto, ¡y nunca se ha visto siquiera a los más inteligentes mostrarse emocionados ante un cuadro o al oír la tirada de un poeta!

Fuera como fuese, los wagddis se acercaban al hombre, no solo porque sentían los efectos de la música, sino porque ellos mismos ponían aquel arte en práctica.

Pasaron así dos horas, con extrema impaciencia de Max Huber. Lo que lo sacaba de quicio era que S. M. Msélo-Tala-Tala no se dignase molestarse para recibir el homenaje de sus súbditos.

Sin embargo, la fiesta continuaba con redoble de gritos y danzas. Las bebidas provocaban los furores de la embriaguez, y cabía preguntarse qué escenas de desorden amenazaban con seguirse, cuando, de pronto, el tumulto cesó.

Cada cual se calmó, se acuclilló, se inmovilizó. Un silencio absoluto sucedió a las ruidosas manifestaciones, al estruendo ensordecedor de los tamtanes, al silbido sobreagudo de las flautas.

En aquel momento, la puerta de la morada real se abrió, y los guerreros formaron dos filas a cada lado.

—¡Por fin! —dijo Max Huber—. Vamos a verlo, pues, a este soberano de silvícolas.

No fue Su Majestad quien salió de la choza. Una especie de mueble, recubierto por un tapiz de follaje, fue traído al centro de la plaza. Y icuál no fue la muy natural sorpresa de los dos amigos al reconocer en aquel mueble un vulgar organillo callejero! Muy probablemente, aquel instrumento sagrado solo figuraba en las grandes ceremonias de Ngala, y los wagddis escuchaban sin duda sus melodías más o menos variadas con un arrobamiento de diletantes.

—¡Pero si es el organillo del doctor Johausen! —dijo John Cort.

—No puede ser sino esa mecánica antediluviana —replicó Max Huber—. Y ahora me explico cómo, la noche de nuestra llegada bajo el pueblo de Ngala, tuve la vaga impresión de oír el implacable vals del *Freischütz* por encima de mi cabeza.

—¿Y no nos dijo usted nada de eso, Max?

—Creí que lo había soñado, John.

—En cuanto a ese organillo —añadió John Cort—, son ciertamente los wagddis quienes lo trajeron de la cabaña del doctor...

—¡Y después de maltratar a ese pobre hombre! —añadió Max Huber.

Un soberbio wagddi —evidentemente el director de orquesta del lugar— fue a colocarse ante el instrumento y comenzó a girar la manivela.

Al instante, el vals en cuestión, al que le faltaban sin duda algunas notas, comenzó a devanarse para muy real placer de la concurrencia.

Era un concierto que sucedía a los ejercicios coreográficos. Los oyentes lo escuchaban meneando la cabeza, a contratiempo, es

cierto. De hecho, no parecía que experimentasen esa impresión giratoria que un vals comunica a los civilizados del viejo y del nuevo mundo.

Y, gravemente, como penetrado de la importancia de sus funciones, el wagddi seguía maniobrando su caja de música.

Pero, en Ngala, ¿se sabía que el organillo contuviera otros aires? Es lo que se preguntaba John Cort. En efecto, el azar no podría haber hecho descubrir a aquellos primitivos por qué procedimiento, pulsando un botón, se sustituía la pieza de Weber por otra.

Fuese como fuese, después de media hora consagrada al vals del *Freischütz*, el ejecutante pulsó un resorte lateral, tal como lo habría hecho un músico callejero con el instrumento colgado de su correa.

—¡Ah! ¡Esto ya es demasiado! —exclamó Max Huber.

Demasiado, en verdad, a menos que alguien hubiera enseñado a aquellos silvícolas el secreto del mecanismo y cómo se podían extraer de aquel mueble barbaresco todas las melodías encerradas en su seno.

Después, la manivela se puso de nuevo en movimiento. Y entonces a la melodía alemana sucedió una francesa, una de las más populares, la lastimera canción de *La Grâce de Dieu*.

Se conoce esta «obra maestra» de Loïsa Puget. Nadie ignora que la estrofa se desarrolla en la menor durante dieciséis compases, y que el estribillo retoma en la mayor, siguiendo todas las tradiciones del arte de aquella época.

—¡Ah! ¡El desgraciado! ¡Ah! ¡El miserable! —aulló Max Huber, cuyas exclamaciones provocaron murmullos muy significativos entre la concurrencia.

—¿Qué miserable? —preguntó John Cort—. ¿El que toca el organillo?

—¡No! ¡El que lo fabricó! Para economizar notas, ino ha metido en su caja ni los do ni los sol sostenidos! ¡Y ese estribillo, que debería

sonar en la mayor, resulta que lo toca en do mayor!

—Eso... ¡es un crimen! —declaró John Cort riendo.

—¡Y estos bárbaros que no se dan cuenta... que no dan un brinco como debería brincar todo ser dotado de oído humano!

¡No! ¡Aquella abominación, los wagddis no sentían todo su horror! ¡Aceptaban aquella criminal sustitución de un modo por otro! Si no aplaudían, pese a tener unas enormes manos de claqueurs, su actitud no dejaba de revelar un profundo éxtasis.

—Solo eso —dijo Max Huber— merece que se los rebaje al rango de las bestias.

Hubo motivos para creer que aquel organillo no contenía más piezas que el vals alemán y la canción francesa. Invariablemente se sucedieron durante media hora. Los demás aires estaban verosímilmente estropeados. Por fortuna, como el instrumento poseía las notas requeridas en lo tocante al vals, no le provocaba a Max Huber las náuseas que le había causado la estrofa de la romanza.

Cuando aquel concierto hubo terminado, las danzas se reanudaron con más brío, las bebidas corrieron más abundantes que nunca por las gargantas wagddianas. El sol acababa de descender tras las copas del poniente, y algunas antorchas se encendieron entre las ramas, de modo que iluminasen la plaza que el breve crepúsculo iba a sumir pronto en la sombra.

Max Huber y John Cort ya tenían bastante y pensaban en regresar a su choza, cuando Lo-Maï pronunció este nombre:

—Msélo-Tala-Tala.

¿Era cierto? ¿Iba Su Majestad a venir a recibir las adoraciones de su pueblo? ¿Se dignaba al fin salir de su divina invisibilidad? John Cort y Max Huber se guardaron mucho de irse.

En efecto, un movimiento se producía del lado de la morada real, al que respondió un sordo rumor de la concurrencia. La puerta se

abrió, una escolta de guerreros se formó, y el jefe Raggi se puso a la cabeza del cortejo.

Casi al instante apareció un trono —un viejo diván cubierto de telas y follaje— sostenido por cuatro porteadores, y sobre el cual se pavoneaba Su Majestad.

Era un personaje de unos sesenta años, coronado de verdor, con la cabellera y la barba blancas, de una corpulencia considerable, y cuyo peso debía de ser gravoso para los robustos hombros de sus servidores.

El cortejo se puso en marcha, de manera que diese la vuelta a la plaza.

La multitud se inclinaba hasta el suelo, silenciosa, como hipnotizada por la augusta presencia de Msélo-Tala-Tala.

El soberano parecía harto indiferente, por lo demás, a los homenajes que recibía, que le eran debidos, a los que probablemente estaba habituado. Apenas se dignaba mover la cabeza en señal de satisfacción. Ni un gesto, salvo en dos o tres ocasiones para rascarse la nariz, una nariz larga que coronaban unas gruesas gafas, lo que justificaba su sobrenombre de «Padre Espejo».

Los dos amigos lo observaron con extrema atención cuando pasó ante ellos.

—Pero... ¡es un hombre! —afirmó John Cort.

—¿Un hombre? —replicó Max Huber.

—Sí... un hombre... y... lo que es más... ¡un blanco!

—¿Un blanco?

Sí, sin lugar a dudas, lo que se paseaba allí sobre su sedia gestatoria era un ser diferente de aquellos wagddis sobre los que reinaba, y no un indígena de las tribus del alto Ubanguí... Imposible equivocarse: era un blanco, ¡un representante cualificado de la raza humana!

—Y nuestra presencia no produce ningún efecto en él —dijo Max Huber—, ¡y ni siquiera parece advertirnos! ¡Diablos! No nos parecemos, sin embargo, a estos medio simios de Ngala, ¡y, por haber vivido entre ellos durante tres semanas, no hemos perdido todavía, me imagino, figura de hombres!

Y estuvo a punto de gritar:

—¡Eh! Señor mío... allá arriba... háganos el honor de mirar...

En aquel instante, John Cort le agarró del brazo y, con una voz que denotaba el colmo de la sorpresa:

—Lo reconozco... —dijo.

—¿Lo reconoce?

—¡Sí! ¡Es el doctor Johausen!

Capítulo XVII — ¡En qué estado el doctor Johausen!

John Cort había encontrado en otro tiempo al doctor Johausen en Libreville. No podía equivocarse: era sin duda alguna dicho doctor quien reinaba sobre aquella tribu wagddiana.

Su historia, nada más fácil que resumir su comienzo en unas líneas, e incluso reconstruirla entera. Los hechos se encadenaban sin interrupción por aquel camino que iba de la jaula forestal al pueblo de Ngala.

Tres años antes, aquel alemán, deseoso de retomar la tentativa poco seria y, en todo caso, fracasada del profesor Garner, dejó Malimba con una escolta de negros, llevando consigo material, municiones y víveres para un tiempo bastante largo. Lo que pretendía hacer al este del Camerún, no se ignoraba. Había formado el inverosímil proyecto de establecerse entre los simios a fin de estudiar su lenguaje. Pero hacia qué lado contaba dirigirse, no se lo había confiado a nadie, siendo muy original, muy maniático y, por emplear una palabra que los franceses usan frecuentemente, medio chiflado.

Los descubrimientos de Khamis y sus compañeros durante su viaje de regreso probaban indubitablemente que el doctor había alcanzado en la selva el lugar por donde corría el río bautizado con su nombre por Max Huber. Había construido una balsa y, después de despedir a su escolta, se había embarcado en ella con un indígena que permaneció a su servicio. Luego, ambos descendieron el río hasta el pantano en cuyo extremo fue establecida la cabaña enrejada al abrigo de los árboles de la orilla derecha.

Ahí se detenían los datos ciertos relativos a las aventuras del doctor Johausen. En cuanto a lo que había seguido, las hipótesis se convertían ahora en certezas.

Se recordará que Khamis, al registrar la jaula vacía entonces, había puesto la mano sobre una cajita de latón que contenía un cuaderno de notas. Ahora bien, aquellas notas se reducían a unas líneas trazadas a lápiz, en diversas fechas, desde la del 27 de julio de 1894 hasta la del 24 de agosto del mismo año.

Quedaba, pues, demostrado que el doctor había desembarcado el 29 de julio, acabado su instalación el 13 de agosto, habitado su jaula hasta el 25 del mismo mes, o sea, en total, trece días completos.

¿Por qué la había abandonado? ¿Fue por voluntad propia? Evidentemente, no. Que los wagddis se aventuraban a veces hasta las orillas del río, Khamis, John Cort y Max Huber sabían a qué atenerse a ese respecto. Aquellos fuegos que iluminaban la linde de la selva a la llegada de la caravana, ¿no eran ellos quienes los paseaban de árbol en árbol? De ahí la conclusión de que aquellos primitivos descubrieron la cabaña del profesor, de que se apoderaron de su persona y de su material, de que todo fue transportado al pueblo aéreo.

En cuanto al criado indígena, se habría dado a la fuga sin duda a través de la selva. Si hubiese sido conducido a Ngala, John Cort, Max Huber y Khamis ya se lo habrían encontrado, puesto que no era rey y no habitaba la morada real. Además, habría figurado en la

ceremonia de aquel día junto a su amo en calidad de dignatario, ¿y por qué no de primer ministro?

Así pues, los wagddis no habían tratado al doctor Johausen peor que a Khamis y a sus compañeros. Muy probablemente impresionados por su superioridad intelectual, lo habían convertido en su soberano, cosa que habría podido sucederle a John Cort o a Max Huber si la plaza no hubiese estado ya ocupada. De modo que, desde hacía tres años, el doctor Johausen, el padre Espejo —había sido él sin duda quien enseñó esta locución a sus súbditos— ocupaba el trono wagddiano bajo el nombre de Msélo-Tala-Tala.

Esto explicaba gran número de cosas hasta entonces bastante inexplicables: cómo varias palabras de la lengua congoleña figuraban en el lenguaje de aquellos primitivos, y también dos o tres palabras de la lengua alemana; cómo el manejo del organillo callejero les era familiar; cómo conocían la fabricación de ciertos utensilios; cómo cierto progreso se había extendido quizá a las costumbres de aquellos tipos situados en el primer peldaño de la escala humana.

He ahí lo que se dijeron los dos amigos cuando hubieron regresado a su choza.

Al instante, Khamis fue puesto al corriente.

—Lo que no me puedo explicar —añadió Max Huber— es que el doctor Johausen no se haya inquietado por la presencia de extranjeros en su capital... ¡Cómo! ¡No nos ha hecho comparecer ante él... y ni siquiera parece habernos advertido, durante la ceremonia, de que no nos parecemos a sus súbditos! ¡Pero vamos! No nos parecemos, sin embargo, a estos medio simios de Ngala, y, por haber vivido entre ellos durante tres semanas, ¡no hemos perdido aún, imagino, figura de hombres!

—Soy de su opinión, Max —respondió John Cort—, y me es imposible comprender por qué Msélo-Tala-Tala no nos ha mandado llamar todavía a su palacio...

—¿Quizá ignore que los wagddis han hecho prisioneros en esta parte de la selva? —observó el foreloper.

—Es posible, pero es cuando menos singular —declaró John Cort—. Hay aquí alguna circunstancia que se me escapa y que habrá que esclarecer...

—¿De qué modo? —preguntó Max Huber.

—¡Buscando bien, lo conseguiremos! —respondió John Cort.

De todo esto resultaba que el doctor Johausen, venido a la selva del Ubangui para vivir entre los simios, estaba en manos de una raza superior al antropoide y cuya existencia nadie sospechaba. No había tenido que tomarse la molestia de enseñarles a hablar, puesto que hablaban; se había limitado a enseñarles algunas palabras de la lengua congoleña y de la alemana. Luego, prodigándoles sus cuidados como médico, sin duda, debió de adquirir cierta popularidad que lo llevó al trono. Y, a decir verdad, ¿no había constatado ya John Cort que los habitantes de Ngala gozaban de una salud excelente, que no se contaba entre ellos un solo enfermo y, como ya se ha dicho, que ni un wagddi había fallecido desde la llegada de los extranjeros a Ngala?

Lo que cabía admitir, en todo caso, era que, aunque hubiese un médico en aquel pueblo —un médico al que habían hecho rey—, no parecía que la mortalidad se hubiera incrementado. Reflexión un tanto irreverente para la Facultad, que se permitió Max Huber.

Y ahora, ¿qué partido tomar? ¿La situación del doctor Johausen en Ngala no debía modificar la de los prisioneros? ¿Vacilaría aquel soberano de raza teutona en devolverles la libertad si se presentaban ante él y le pedían que los enviase de vuelta al Congo?

—No puedo creerlo —dijo Max Huber—, y nuestra conducta está trazada de antemano... Es muy posible que nuestra presencia haya sido ocultada a este doctor-rey... Admito incluso, aunque sea bastante inverosímil, que durante la ceremonia no nos haya distinguido entre la multitud... Pues bien, razón de más para penetrar en la morada real...

—¿Cuándo? —preguntó John Cort.

—Esta misma noche, y, puesto que es un soberano adorado por su pueblo, su pueblo le obedecerá, y, cuando nos haya devuelto la libertad, se nos acompañará hasta la frontera con los honores debidos a los semejantes de Su Majestad Wagddiana.

—¿Y si se niega?

—¿Por qué habría de negarse?

—Vaya usted a saber, querido Max... —respondió John Cort riendo—. ¡Razones diplomáticas, quizá!

—Pues bien, si se niega —exclamó Max Huber—, ¡le diré que a lo sumo era digno de reinar sobre los más inferiores de los macacos y que está por debajo del último de sus súbditos!

En suma, despojada de sus adornos fantasiosos, la propuesta merecía ser tomada en consideración.

La ocasión era propicia, por lo demás. Si la noche iba a interrumpir la fiesta, lo que se prolongaría, sin duda alguna, era el estado de embriaguez en que se hallaba la población del pueblo... ¿No había que aprovechar aquella circunstancia, que quizá no se repitiera en mucho tiempo? De aquellos wagddis medio borrachos, unos estarían dormidos en sus chozas, otros dispersos por las profundidades de la selva... Los propios guerreros no habían temido deshonorar su uniforme bebiendo hasta perder la cabeza... La morada real estaría menos severamente custodiada, y no debía de ser difícil llegar hasta los aposentos de Msélo-Tala-Tala...

Habiendo obtenido este proyecto la aprobación de Khamis, siempre de buen consejo, se esperó a que la noche estuviese cerrada y la embriaguez más completa en el pueblo. Huelga decir que Kollo, autorizado a unirse al festejo, no había regresado.

Hacia las nueve, Max Huber, John Cort, Llanga y el foreloper salieron de su choza.

Ngala estaba a oscuras, desprovista de todo alumbrado municipal. Los últimos resplandores de las antorchas resinosas, dispuestas en los árboles, acababan de apagarse. A lo lejos, tanto a su nivel como

por debajo de Ngala, se propagaban rumores confusos, del lado opuesto a la vivienda del doctor Johausen.

John Cort, Max Huber y Khamis, previendo el caso en que les fuese posible huir aquella misma noche con o sin la conformidad de Su Majestad, se habían provisto de sus carabinas, y todos los cartuchos de la caja llenaban sus bolsillos. En efecto, si eran sorprendidos, quizá sería necesario hacer hablar a las armas de fuego, un lenguaje que los wagddis no debían de conocer.

Los cuatro fueron así entre las chozas, la mayoría de las cuales estaban vacías. Cuando llegaron a la plaza, sumida en las tinieblas, estaba desierta.

Una sola claridad salía de la ventana de la morada del soberano.

—Nadie —observó John Cort.

Nadie, efectivamente, ni siquiera ante la morada de Msélo-Tala-Tala.

Raggi y sus guerreros habían abandonado su puesto, y, aquella noche, el soberano no estaría bien custodiado.

Podía ser, sin embargo, que hubiese algunos «chambelanes de servicio» junto a Su Majestad y que fuese difícil burlar su vigilancia.

No obstante, Khamis y sus compañeros consideraban la ocasión demasiado tentadora. Una feliz casualidad les había permitido alcanzar la morada real sin ser vistos, y se dispusieron a penetrar en ella.

Reptando a lo largo de las ramas, Llanga pudo avanzar hasta la puerta y constató que bastaba con empujarla para entrar. John Cort, Max Huber y Khamis se reunieron con él al instante. Durante unos minutos, antes de entrar, prestaron oído, dispuestos a retirarse si era preciso.

Ningún ruido se dejaba oír ni dentro ni fuera.

Fue Max Huber quien, el primero, cruzó el umbral. Sus compañeros lo siguieron y cerraron la puerta tras de sí.

Aquella vivienda comprendía dos estancias contiguas, que formaban todo el aposento de Msélo-Tala-Tala.

Nadie en la primera, completamente a oscuras.

Khamis aplicó el ojo a la puerta que comunicaba con la segunda estancia, puerta bastante mal ajustada a través de la cual se filtraban algunos resplandores.

El doctor Johausen estaba allí, medio recostado en un diván.

Evidentemente, aquel mueble y algunos otros que amueblaban la estancia provenían del material de la jaula y habían sido trasladados a Ngala junto con su propietario.

—Entremos —dijo Max Huber.

Al ruido que hicieron, el doctor Johausen, volviendo la cabeza, se incorporó... Quizá acababan de sacarlo de un profundo sueño... Fuera como fuese, no pareció que la presencia de los visitantes produjera en él efecto alguno.

—Doctor Johausen, mis compañeros y yo venimos a ofrecer nuestros respetos a Vuestra Majestad... —dijo John Cort en alemán.

El doctor no respondió nada... ¿Es que no había entendido? ¿Es que había olvidado su propia lengua después de tres años de estancia entre los wagddis?

—¿Me oye usted? —prosiguió John Cort—. Somos extranjeros que hemos sido conducidos al pueblo de Ngala...

Ninguna respuesta.

A aquellos extranjeros, el monarca wagddiano parecía mirarlos sin verlos, escucharlos sin oírlos. No hacía un movimiento, ni un gesto, como si estuviese en un estado de completo embotamiento.

Max Huber se acercó y, poco respetuoso hacia aquel soberano del África central, lo tomó por los hombros y lo sacudió vigorosamente.

Su Majestad hizo una mueca que no habría desautorizado el más gesticulante de los mandriles del Ubangui.

Max Huber lo sacudió de nuevo.

Su Majestad le sacó la lengua.

—¿Es que está loco? —dijo John Cort.

—¡Loco de atar, pardiez! —declaró Max Huber.

Sí... el doctor Johausen estaba en absoluta demencia. Ya medio desequilibrado en el momento de su partida del Camerún, había acabado de perder la razón desde su llegada a Ngala. ¿Y quién sabe si no fue precisamente aquella degeneración mental lo que le valió ser proclamado rey de los wagddis? ¿Acaso, entre los indios del Lejano Oeste, entre los salvajes de Oceanía, la locura no es más honrada que la cordura, y el loco no pasa, a los ojos de aquellos indígenas, por un ser sagrado, un depositario de la potencia divina?

La verdad era que el pobre doctor estaba desprovisto de toda intelectualidad. Y he ahí por qué no se preocupaba por la presencia de los cuatro extranjeros en el pueblo, cómo no había reconocido en dos de ellos a individuos de su especie, tan diferente de la raza wagddiana.

—No hay más que un partido que tomar —dijo Khamis—. No podemos contar con la intervención de este inconsciente para que nos devuelva la libertad...

—¡Desde luego que no! —afirmó John Cort.

—Y estos animales no nos dejarán marcharnos nunca... —añadió Max Huber—. Así que, puesto que la ocasión se presenta de huir, huyamos...

—Al instante —dijo Khamis—. Aprovechemos la noche...

—Y el estado en que se encuentra todo este mundo de medio simios... —declaró Max Huber.

—Vengan —dijo Khamis dirigiéndose hacia la primera estancia—. Intentemos alcanzar la escalera y lancémonos a través de la selva...

—Convenido —replicó Max Huber—, pero... el doctor...

—¿El doctor? —repitió Khamis.

—No podemos dejarlo en su soberanía wagddiana... Nuestro deber es liberarlo...

—Sí, por supuesto, querido Max —aprobó John Cort—. Pero este desgraciado ha perdido la razón... resistirá quizá... ¿Y si se niega a seguirnos?

—Intentémoslo de todas formas —respondió Max Huber acercándose al doctor.

Aquel hombre gordo —es fácil de imaginar— no debía de ser fácil de desplazar, y, si no se prestaba a ello, ¿cómo conseguir empujarlo fuera de la choza?

Khamis y John Cort, uniéndose a Max Huber, agarraron al doctor por el brazo.

Este, todavía muy vigoroso, los rechazó y se recostó cuan largo era, pataleando como un crustáceo al que han puesto boca arriba.

—¡Diablos! —dijo Max Huber—. Él solo pesa tanto como toda la Triple Alianza...

—¿Doctor Johausen? —gritó una última vez John Cort.

Su Majestad Msélo-Tala-Tala, por toda respuesta, se rascó de la forma más simiesca...

—Decididamente —dijo Max Huber—, inada que obtener de esta bestia humana! Se ha vuelto simio... ¡que siga siendo simio y que siga reinando sobre simios!

No quedó más que abandonar la morada real. Por desgracia, sin dejar de hacer muecas, Su Majestad se había puesto a gritar, y tan fuerte que debía de haber sido oída si había wagddis en las cercanías.

Por otra parte, perder unos segundos era exponerse a dejar pasar una ocasión tan favorable... Raggi y sus guerreros iban quizá a acudir... La situación de los extranjeros, sorprendidos en la morada

de Msélo-Tala-Tala, se agravaría, y tendrían que renunciar a toda esperanza de recobrar su libertad...

Khamis y sus compañeros abandonaron, pues, al doctor Johausen y, abriendo la puerta, se lanzaron al exterior.

Capítulo XVIII — Brusco desenlace

La suerte se declaraba a favor de los fugitivos. Todo aquel alboroto en el interior de la vivienda no había atraído a nadie. Desierta la plaza, desiertas las calles que desembocaban en ella. Pero la dificultad estaba en orientarse en medio de aquel dédalo oscuro, en circular entre las ramas, en alcanzar por el camino más corto la escalera de Ngala.

De pronto, un wagddi se presentó ante Khamis y sus compañeros.

Era Lo-Mai, acompañado de su hijo. El pequeño, que los había seguido mientras se dirigían a la morada de Msélo-Tala-Tala, había ido a avisar a su padre. Este, temiendo algún peligro para el foreloper y sus compañeros, se apresuró a reunirse con ellos. Comprendiendo entonces que buscaban huir, se ofreció a servirles de guía.

Fue una suerte, pues ninguno de ellos habría podido encontrar el camino de la escalera.

Pero, cuando llegaron a aquel punto, ¡cuál no fue su decepción!

La entrada estaba custodiada por Raggi y una docena de guerreros.

Forzar el paso, entre cuatro, ¿sería posible con esperanza de éxito?

Max Huber creyó llegado el momento de utilizar su carabina.

Raggi y otros dos acababan de abalanzarse sobre él...

Max Huber, retrocediendo unos pasos, disparó sobre el grupo.

Raggi, alcanzado en pleno pecho, cayó muerto en el acto.

Sin duda, los wagddis no conocían ni el uso de las armas de fuego ni sus efectos. La detonación y la caída de Raggi les causaron un espanto del que no es posible dar idea. Un rayo fulminando la plaza durante la ceremonia de aquel día los habría aterrorizado menos. Aquella docena de guerreros se dispersó, unos volviendo al pueblo, otros precipitándose escalera abajo con una presteza de cuadrumanos.

El camino quedó libre en un instante.

—¡Abajo! —gritó Khamis.

No había más que seguir a Lo-Maï y al pequeño, que tomaron la delantera. John Cort, Max Huber, Llanga y el foreloper se dejaron por así decirlo deslizar, sin encontrar obstáculo. Después de pasar bajo el pueblo aéreo, se dirigieron hacia la orilla del río, la alcanzaron en pocos minutos, desataron una de las canoas y se embarcaron con el padre y el hijo.

Pero entonces se encendieron antorchas por todas partes, y de todas partes acudieron un gran número de wagddis que vagaban por los alrededores del pueblo. Gritos de cólera, gritos de amenaza fueron respaldados por una nube de flechas.

—Vamos —dijo John Cort—, ¡no hay más remedio!

Max Huber y él se echaron las carabinas al hombro, mientras Khamis y Llanga maniobraban para apartar la canoa de la orilla.

Una doble detonación resonó. Dos wagddis cayeron, y la multitud aullante se dispersó.

En aquel momento, la canoa fue atrapada por la corriente y desapareció aguas abajo al amparo de una hilera de grandes árboles.

No hay por qué relatar —al menos en detalle— lo que fue aquella navegación hacia el suroeste de la gran selva. Si existían otros pueblos aéreos, los dos amigos no debían saber nada al respecto.

Como las municiones no faltaban, la alimentación quedaría asegurada por el producto de la caza, y las diversas clases de antílopes abundaban en aquellas regiones vecinas del Ubangui.

La noche siguiente, Khamis amarró la canoa a un árbol de la orilla.

Durante aquel trayecto, John Cort y Max Huber no habían escatimado las muestras de agradecimiento a Lo-Maï, por quien sentían una simpatía enteramente humana.

En cuanto a Llanga y al niño, era entre ellos una verdadera amistad fraternal. ¿Cómo habría podido el joven indígena percibir las diferencias antropológicas que lo situaban por encima de aquel pequeño ser?

John Cort y Max Huber tenían la firme esperanza de lograr que Lo-Maï los acompañase hasta Libreville. El regreso sería fácil descendiendo aquel río, que debía de ser uno de los afluentes del Ubangui. Lo esencial era que su curso no estuviese obstruido ni por rápidos ni por cascadas.

Fue la tarde del 16 de abril cuando la embarcación hizo alto, después de una navegación de quince horas. Khamis estimaba que se habían cubierto de cuarenta a cincuenta kilómetros desde la víspera.

Se convino en que la noche se pasaría en aquel lugar. Organizado el campamento, terminada la cena, con Lo-Maï velando, los demás se durmieron con un sueño reparador que no fue perturbado en modo alguno.

Al despertar, Khamis hizo los preparativos de partida, y la canoa no tenía más que lanzarse a la corriente.

En aquel momento, Lo-Maï, que sostenía a su hijo de una mano, esperaba en la orilla.

John Cort y Max Huber se reunieron con él y lo apremiaron para que los siguiera.

Lo-Maï, sacudiendo la cabeza, señaló con una mano el curso del río y con la otra las espesas profundidades de la selva.

Los dos amigos insistieron, y sus gestos bastaban para hacerse comprender. Querían llevarse a Lo-Maï y a Li-Maï con ellos, a Libreville...

Al mismo tiempo, Llanga colmaba al niño de caricias, abrazándolo, estrechándolo entre sus brazos... Intentaba arrastrarlo hacia la canoa...

Li-Maï no pronunció más que una palabra:

—iNgora!

Sí... su madre, que se había quedado en el pueblo, y junto a la cual su padre y él querían regresar... ¡Era la familia, que nada podía separar!

Se hicieron los adioses definitivos, después de que la comida de Lo-Maï y del pequeño quedó asegurada para su regreso hasta Ngala.

John Cort y Max Huber no ocultaron su emoción al pensar que no volverían a ver jamás a aquellas dos criaturas afectuosas y buenas, por inferior que fuese su raza...

En cuanto a Llanga, no pudo contener el llanto, y gruesas lágrimas humedecieron también los ojos del padre y del hijo.

—Y bien —dijo John Cort—, ¿creerá usted ahora, querido Max, que estos pobres seres están emparentados con la humanidad?

—Sí, John, ¡puesto que tienen, como el hombre, la sonrisa y las lágrimas!

La canoa tomó el hilo de la corriente y, en el recodo de la orilla, Khamis y sus compañeros pudieron enviar un último adiós a Lo-Maï y a su hijo.

Las jornadas del 18, 19, 20 y 21 de abril fueron empleadas en descender el río hasta su confluencia con el Ubangui. Siendo la corriente muy rápida, hubo razones para estimar en cerca de trescientos kilómetros el recorrido hecho desde el pueblo de Ngala.

El foreloper y sus compañeros se encontraban entonces a la altura de los rápidos de Zongo, más o menos en el ángulo que forma el río al torcer hacia el sur. Aquellos rápidos habría sido imposible franquearlos en canoa, y, para reanudar la navegación aguas abajo, se haría necesario un porteo. Ciertamente es que el itinerario permitía seguir a pie la orilla izquierda del Ubangui en aquella parte limítrofe entre el Congo independiente y el Congo francés. Pero a aquella marcha penosa debía ser infinitamente preferible la canoa. ¿No era tiempo ganado, fatiga ahorrada?

Muy afortunadamente, Khamis pudo evitar aquella dura operación del porteo.

Aguas abajo de los rápidos de Zongo, el Ubangui es navegable hasta su confluencia con el Congo. Las embarcaciones no son raras que trafican en aquella región donde no faltan ni las aldeas, ni los poblados, ni los establecimientos de misioneros. Aquellos quinientos kilómetros que los separaban de la meta, John Cort, Max Huber, Khamis y Llanga los cubrieron a bordo de una de esas anchas embarcaciones a las que el remolque a vapor comienza a prestar ayuda.

Fue el 26 de abril cuando se detuvieron cerca de un poblado de la orilla derecha. Repuestos de sus fatigas, en buena salud, no les restaban más que cien kilómetros para alcanzar Libreville.

Una caravana fue organizada de inmediato por los cuidados del foreloper y, marchando directamente hacia el oeste, atravesó aquellas largas llanuras congoleñas en veinticuatro días.

El 20 de mayo, John Cort, Max Huber, Khamis y Llanga hacían su entrada en la factoría, a las puertas del poblado, donde sus amigos, muy inquietos por una ausencia tan prolongada, sin noticias de ellos desde hacía cerca de seis meses, los recibieron con los brazos abiertos.

Ni Khamis ni el joven indígena debían ya separarse de John Cort y de Max Huber. ¿No estaba Llanga adoptado por ellos, y no había sido el foreloper su abnegado guía durante aquel azaroso viaje?

¿Y el doctor Johausen? ¿Y aquel pueblo aéreo de Ngala, perdido bajo los macizos de la gran selva?

Pues bien, tarde o temprano, una expedición deberá tomar con aquellos extraños wagddis un contacto más íntimo, en interés de la ciencia antropológica moderna.

En cuanto al doctor alemán, está loco, y, admitiendo que la razón le vuelva y lo lleven de regreso a Malimba, ¿quién sabe si no echará de menos el tiempo en que reinaba bajo el nombre de Msélo-Tala-Tala, y si, gracias a él, aquella tribu de primitivos no pasará un día bajo el protectorado del Imperio alemán?

Sin embargo, sería posible que Inglaterra...

FIN

NOTAS

[1] Fue en el cuaternario inferior de Sumatra donde el señor E. Dubois, médico militar holandés en Batavia, encontró un cráneo, un fémur y un diente en buen estado de conservación. Siendo la capacidad de la caja craneal muy superior a la del gorila más grande, e inferior a la del hombre, aquel ser parece haber sido realmente el intermediario entre el antroipoide y el hombre. Así pues, para establecer las consecuencias de este descubrimiento, se proyecta un viaje a Java que sería emprendido por un joven sabio americano, el doctor Walters, financiado por el millonario Vanderbilt.

[2] Padre, en alemán.

[3] Expresión de Quatrefages.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB